

ENSAYO

El síndrome del placer

Ramiro Guerra



El síndrome del placer



RAMIRO GUERRA (La Habana, 1929).

Iniciador de la danza contemporánea en Cuba en 1959. Ha sido bailarín, coreógrafo, promotor y maestro de las primeras generaciones de esta técnica en el país. Investigador, ensayista y crítico, ha publicado, entre otros libros: *Apreciación de la danza* (1968), *Una metodología para la enseñanza de la danza moderna* (1969), *Coordenadas danzarias* (2000) y *Eros baila. Danza y sexualidad* (Premio de Ensayo Alejo Carpentier, 2000).

El síndrome del placer

Ramiro Guerra

EDITORIAL  opina
SANTA CLARA, CUBA

Edición: Georgina Pérez Palmés / Diseño y Diagramación: Leonardo Orozco / Ilustración de cubierta: Basada en El número 4 de Erté (Romain de Tirtoff) / Impresión y Acabado: Combinado Poligráfico, Villa Clara / Tirada: 1200 ejemplares.

© Ramiro Guerra, 2003
© Sobre la presente edición:
Editorial Capiro, 2003

ISBN 959-265-020-9

Editorial Capiro: Gaveta Postal 19, Santa Clara 1, Cuba, CP 50100
email: ecapiro@cenit.cult.cu / www.cubaliteraria.com

EL SÍNDROME DEL PLACER

Frecuentemente, se oye, varias veces por día a través de la radio, una voz femenina, de carácter autoritario, pero al mismo tiempo maternal, que dice: «Ante el SIDA no queda más remedio que hablar claro. Las relaciones anales... etcétera, etcétera.» En otras ocasiones, la misma locutora hace referencia al coito interrumpido o la *fellatio*. Este *spot* radial nos revela, de golpe, que una nueva era se nos ha venido encima, presidida por un inminente peligro: el de una enfermedad que ha marcado tenebrosamente las últimas décadas del siglo xx, es hasta el momento incurable y que, además, proviene y se desarrolla dentro del campo de una de las más íntimas áreas del individuo: la sexualidad.

Que el tema del sexo, hoy por hoy, deba tratarse sin tapujos, ni subterfugios, no es ninguna novedad. La segunda mitad del siglo ha presentado una constante: la de develar tabúes con respecto a esa temática, que, por otra parte, tiene mucho que ver con los orígenes de la vida. La génesis del ser animal proviene de la actividad del emparejamiento entre individuos de sexo dispar, el femenino y el masculino. Óvulo y espermatozoide, producidos por los órganos sexuales de la mujer y el hombre son capaces de engendrar otros organismos similares. Este hecho está, a su vez, compulsado por el deseo y el placer en la unión de los órganos genitales de ambos sexos.

Pero ese placer no está indisolublemente ligado sólo a la voluntad de procreación, sino que se amplía hacia otras áreas para constituir una compleja red de relaciones eróticas que se denomina sexualidad. Cuando esa textura se extiende a nivel social se conformará un sistema de ideas y de normas de conducta que podremos llamar la cultura del sexo.

Esta cultura del sexo ofrece un constante movimiento de acción y retroacción en cuanto a dichas ideas, que a veces se apoyan unas a las otras, pero que, en otras ocasiones, establecen fuertes fricciones con luchas y rechazos entre sí. Las religiones, los conflictos socio-económicos y otros aspectos culturales harán constantes interpenetraciones en la cultura de la sexualidad, conformando complejos sistemas de acción que han determinado su evolución y desarrollo.

La historicidad de la sexualidad resulta un tema apasionante. La humanidad, en su devenir a través de los tiempos, ha portado ese impulso vital que día a día lo compulsa hacia el mundo circundante en busca de placer. Y ese desarrollo del mismo ha recibido el nombre de amor. De esa manera, se ha adquirido la costumbre de decir *hacer el amor* cuando una pareja se entrega al placer del sexo.

Muchos y muchos acontecimientos han regido la vida sexual de los pueblos a través de las épocas históricas. Desde las bandadas de penes volantes como pájaros alados, pintados en las paredes de los burdeles de Pompeya, hasta los grabados de *El pintor en su atelier* con los juegos eróticos de una pareja, atisbada por el propio Picasso, tras los cortinajes, en plena acción de voyerismo; desde el adolescente de enorme falo rodeado por un círculo de mujeres en las pinturas rupestres hasta la enorme cantidad de figuras desnudas de *El jardín de las delicias*, del Bosco; desde la creación del *sex-símbol* de las estrellas de Hollywood hasta

las imágenes de las revistas y videos pornos, la iconografía sexual ha sido un fuerte agente de fantasía erótica. Posiblemente, el hombre sea el único ser de la naturaleza capaz de enriquecer su sexualidad con la imaginación. A ello se debe la posibilidad del invento de refinados manejos eróticos capaces de crear, más allá del emparejamiento, posibilidades de fantasías mentales que pueden suplirlo por medio de complejos códigos de excitación.

Se ha dicho que existen especies animales con conductas individuales y colectivas específicas referidas al emparejamiento. El pavo real se excita y excita a sus hembras con la abertura de su imponente cola de plumas, la cual hace vibrar espasmódicamente, mientras las pavas se agitan alrededor en forma alborotada. En la época de celo, los ciervos de grandes astas se entregan a luchas, que frecuentemente son mortales, por enredarse los cuernos de unos con los de los otros, por la hembra, que será del vencedor. Manadas de cangrejos salen a las arenas de las playas en las noches de plenilunio para emparejarse. También se dice que las aves zancudas efectúan un tipo de acción, muy parecida a la danza, en el momento anterior a la unión de las parejas en forma de cuadrillas, y que las palomas con sus cucurreos hacen bien patente una situación de romance. Y aun se llega a hablar de juegos eróticos respecto a aquéllos efectuados por los peces en que se denotan ciertos códigos de seducción alrededor de la cópula. Pero es el ser humano el que ha sabido desarrollar las más amplias técnicas que van desde el cortejo hasta la autosatisfacción individual, desde los más sutiles códigos de excitación hasta la más atrevida provocación, capaz de llenar a la sexualidad de hondos matices mucho más complejos que la simple unión para la perpetuación de la especie.

Eros y Tanatos

Esos extremos de acción imaginativa han llegado al máximo de establecer un ligamen entre el sexo y la muerte, de manera que se utiliza al primero como un exorcismo contra la segunda. La cerámica mochica, cultura coetánea a la de los incas, muestra fuerte imaginería sexual en relación con la muerte. Tanto en su alfarería como en pinturas y textiles, se encuentran escenas con figuras cadavéricas, llamadas carcanchas, con el miembro erecto, mientras otra le hace prácticas orales; o también aparecen en acciones sexuales de tipo sodomítico y de besos linguales entre parejas. A partir de la creencia de una vida más allá de la muerte, los mochicas, al igual que los hindúes, hacen que las clases nobles se hagan enterrar con sus más hermosas mujeres vivas.

Igualmente, los caldeos y asirios poseyeron esas ideas. Sardanápalo, rey de Nínive, llevó una vida voluptuosa y afeminada, según los historiógrafos. Pero supo defender, con gran valor, la ciudad contra sus enemigos hasta que por fin fue vencido. Entonces, hizo encender una enorme hoguera en uno de los patios del palacio en la cual mandó arrojar sus

tesoros, sus mujeres y sus eunucos. Al final, se arrojó él mismo, tras lo cual su imperio fue desmembrado.

El mito de Osiris en el Antiguo Egipto cuenta cómo Isis, hermana y esposa del dios, tras haber sido éste asesinado, incansablemente buscó sus miembros dispersos por el Nilo y el mar Mediterráneo. Por fin, los encontró todos, menos el órgano genital. Los enlazó, cubrió de vendajes y, después, por medios sobrenaturales, se hizo embarazar para darle un hijo al fallecido. Éste, uno de los más antiguos mitos referentes a la sexualidad, revela la necesidad de la extensión del individuo más allá de su muerte a través de la descendencia. Isis debió perpetuar la progenie del esposo real, a pesar de su desaparición física. Así se crea la primera momificación, que no es más que el intento de mantener el cuerpo, a despecho del tiempo, entre vendajes. Isis, con ello, continuará la dinastía de Osiris, quien a partir de entonces será el dios de la muerte que va a presidir ese reino oculto



Osiris itifálico. Papiro del Nuevo Imperio, en el Egipto Antiguo.

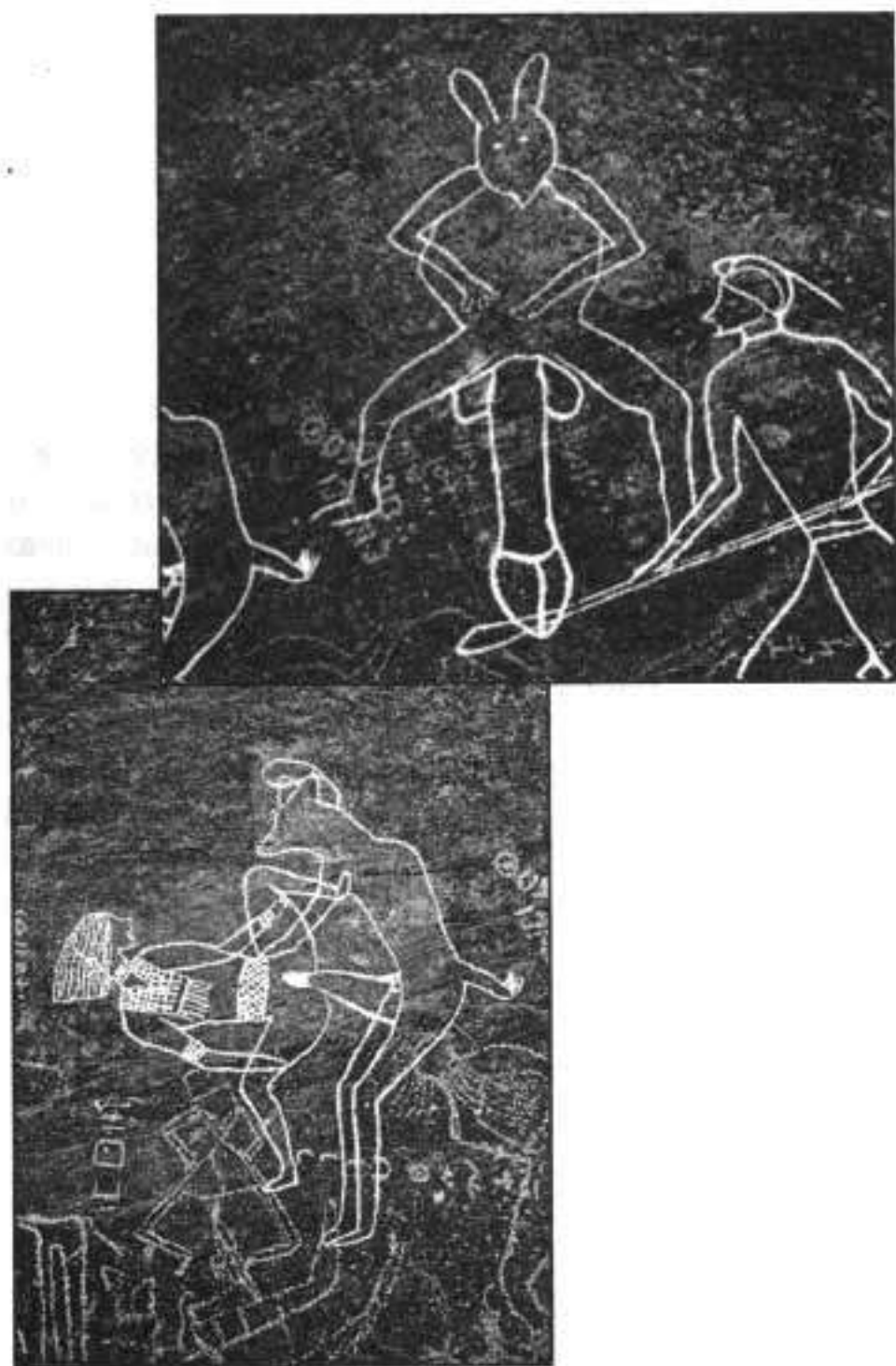
tan importante para la religión egipcia. La imagen de Osiris itifálico deja bien claro el símbolo del sexo más allá del tiempo en la momificada figura del dios con el pene erecto.

Sexualidad sin culpa

Por otra parte, parece quedar fuera de toda duda el hecho de que para las culturas primitivas, la sexualidad está libre de trabas, excepto en el caso de los tabúes socio-religiosos que pueden limitarla por momentos, épocas o circunstancias específicamente sociales.

Con esto se quiere decir que el intercambio sexual fuera de la unión matrimonial es ampliamente reconocido, aunque existan normas que pueden prohibir, temporal o permanentemente, las relaciones sexuales por razones de parentesco, endogamia o exogamia. La sexualidad viene a formar parte del concepto de fecundación que rige a la naturaleza en su totalidad. Por ello, la mentalidad primitiva la practica como una de las funciones naturales del cuerpo, solamente posible de limitar por razones de índole sociológicas. Según Gustave Welter, en su obra *El amor entre los primitivos*: «Niños, adolescentes, adultos, jóvenes y viejos sólo ven en la sexualidad el funcionamiento normal de ciertos órganos, la satisfacción necesaria de un instinto natural», y agrega, además, que: «la religión no levanta sospecha contra ella».

Matriarcado, patriarcado, monogamia, poligamia y poliandria, endogamia y exogamia, son términos que dentro de la sociología denotan que la sexualidad juega un papel bien importante en la vida de los hombres en sociedad. La mujer, como eje social de los grupos humanos, aún sin asentamientos definitivos, posee una libertad sexual que luego le será



Pinturas rupestres en África:
Personaje itifálico enmascarado (superior).
Escena de acoplamiento ritual (inferior).

suprimida por el patriarcado y el poder social que ello implicó entre las comunidades primitivas. Esta situación determinó que el hombre pudiera tener, al mismo tiempo, varias mujeres o esposas, al igual que había ocurrido con la mujer en la época del matriarcado, en que ésta ostentaba ese derecho y por lo cual la descendencia ocurría por vía materna. Entre los antiguos incas la poligamia era restringida sólo a los nobles, pues al resto poblacional se le imponía la monogamia o el derecho a tener una sola esposa. Esto hace bien patente las relaciones que desde la Antigüedad han tenido la sexualidad, la política y el Estado.

El escoger mujer dentro de su propio grupo social ofrecía el peligro del incesto, extrema consanguinidad nada propicia para el desarrollo de la especie humana. Así, el varón fue en busca de sus mujeres a otras tribus, expandiéndose territorialmente las relaciones sexuales. Sin embargo, en el Antiguo Egipto fue considerado el matrimonio entre hermanos como de razón de Estado, al propiciar la consolidación de las dinastías entre las familias reales.

La unión sexual de un solo hombre con una sola mujer, al constituirse en núcleo familiar, ha sido considerada como un progreso social en relación con la poligamia. Esto no basta para que algunas culturas la consideren aún con vigencia, como la islámica y la hindú.

Algunas de estas situaciones de la sexualidad con respecto al núcleo social, han quedado plasmadas en mitos y leyendas, tales como el del rapto de las sabinas en los albores de la Antigüedad romana o el combate mítico de los lapitas contra los centauros para robarles las mujeres.

El rechazo al incesto ha sido plasmado en los mitos de Edipo, entre madre e hijo, y en el de Electra, entre hija y padre. Estas situaciones incestuosas han quedado como arquetipos del subconsciente en las teorías del psicoanálisis,

técnica de curación psiquiátrica que Sigmund Freud desarrolló a partir del siglo XIX.

El fin del matriarcado aparece bien definido en el mito abakuá en que la Sikanekua de la tribu Efik, dueña del poder del dios Ekué, es asesinada por los hombres del grupo Efok, quienes, poseedores de los tambores rituales, instauraron el poder masculino y llevaron al ceremonial religioso el sagrado ajusticiamiento femenino que debía consolidar el poder patriarcal.

En América, a la llegada del español, pudo ser aún detectado, en la costa norte del Perú, un gobierno femenino o ginecocracia, centrado en manos de una matrona, conocida como *capullana* o *tallapona*. Esto, por supuesto, en terri-



El rapto de las sabinas, de JACQUES-LOUIS DAVID, Museo del Louvre.

torios ajenos a la cultura incaica en la cual el patriarcado poseía un fuerte poder en los mitos solares.

¿Amor versus sexo?

Una vasta panorámica de la sexualidad y su cultura parece querer demostrar que la especie humana, una vez asegurado el instinto básico de la perpetuación de la especie con la unión de la pareja masculina y femenina, extendió el impulso del placer hacia otras manifestaciones eróticas que plantearon alternativas. Consolidada la célula básica familiar, hubo una ampliación hacia otras experiencias que manifestaron más profusamente el contenido vital que la experiencia usual ofrece. Diferentes normas de expandir tal instinto fueron más allá de la convencionalidad de la pareja hombre-mujer: experiencias con el mismo sexo, con el propio cuerpo, con partes ajenas a la copulación, entre diferentes edades, con otras especies animales, etcétera.

La forma en que todo ello ha sido aceptado, rechazado o simplemente tolerado por los códigos de la civilización, a través del tiempo, constituye el enjambre y la textura de la cultura de la sexualidad.

Queda claro, por supuesto, que estos códigos han ejercido un tipo de control sobre el instinto del placer, sin el cual, desde luego, no hubiera sido posible la vida en sociedad. Así es como muchas coerciones han llegado a limitar al individuo en cuanto a esa expresión vital. Está fuera de toda duda que una individualidad sin límite al placer instintivo podría muy bien constituirse en un enemigo de sí mismo y de la colectividad en que vive.

Desde fines del siglo pasado, psicólogos y sociólogos se han dado a la tarea de encontrar el nexo entre el instinto sexual y el desarrollo de la personalidad del ser humano y la sociedad. Existen quienes piensan que la sublimación de la sexualidad puede dar por resultado un incremento en el desarrollo creativo del hombre y la sociedad. Esto significa decir, poco más o menos, que en el desarrollo individual, las energías sexuales pueden convertirse en una creatividad intelectual capaz de reflejarse en la evolución de las ciencias y de las artes. Herbert Marcuse, en su *Eros y civilización*, partiendo de las teorías freudianas, expone que el erotismo humano, dirigido hacia fines más altos que el simple placer físico, ha podido llevar al desarrollo de las altas civilizaciones. Por otra parte, sin pretender penetrar demasiado en esas consideraciones, es irrefutable que el instinto sexual ha podido devenir en algo más alto que en placer físico. A esto se le ha llamado sentimiento amoroso, a través del cual se ponen en juego no solamente los impulsos físicos del cuerpo de los amantes, sino también afectos y tendencias psíquicas más cercanas a lo espiritual. Es indudable que ese sentimiento ha sido sujeto de gran cantidad de manifestaciones dentro del mundo artístico. Desde el *Cantar de los cantares* bíblico, el amor ha resultado una temática, al parecer, inagotable. Entre los más famosos libros de la literatura universal, el asunto amoroso juega un papel importantísimo: *Las mil y una noches*, *El Decamerón*, de Boccacio, *La divina comedia*, de Dante o el *Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, han presentado el tema del amor, bien en forma idealizada, humorística, como historia de aventuras o de trágicos acontecimientos como en *Romeo y Julieta* o el *Otelo*, ambas de Shakespeare. Entre los más hermosos cuentos infantiles, *La Cenicienta*, *La bella durmiente* o *La bella y la bestia*, por citar sólo algunos, el amor constituye eje te-

mático principal. La ópera, uno de los más altos géneros musicales de todos los tiempos, está llena de argumentos amorosos con personajes trágicos o de comedia. Entre los primeros pueden citarse *Lucía de Lammermoor*, de Donizetti o la *Carmen*, de Bizet, prototipos bien diferenciados de heroínas trágicas dentro del tema del amor. Entre los segundos aparecen el *Falstaff*, de Verdi o *Las bodas del Fígaro*, de Mozart, entre otras muchas.

La cancionística universal, desde los trovadores medievales y los madrigalistas del Renacimiento hasta la antigua y nueva trova cubana, se empareja con las canciones de Los Beatles y las del *rock* más contemporáneo para tratar este asunto. El bolero, por su parte, es una bien sensible contribución del Nuevo Mundo a la cultura universal, con respecto a la sublimación del Eros, con el carácter intimista de sus textos y la sensualidad de su ritmo acompañante. Y esto por citar sólo algunas vertientes de la temática amorosa, porque si se entra en otra como la del arte cinematográfico se encontrará toda una amplia gama de ideales amorosos, personificados en las estrellas filmicas. De Greta Garbo a Marilyn Monroe, de Rodolfo Valentino a Humphrey Bogart, la famosa *fábrica de sueños* que es la industria del cine se ha preocupado por alimentar esa necesidad que tienen los grandes públicos de encontrar arquetipos que materialicen sus ideales eróticos. El cinematógrafo ha sabido, como ningún otro, elaborar toda una galaxia de astros y estrellas de mayor o menor magnitud, capaces de alimentar las apetencias de romanticismo de la numerosa audiencia a través de historias que, generalmente, terminan con el llamado *happy ending*. La sublimación amorosa ha llegado también hasta los ámbitos del misticismo, siendo el amor divino una fuerte temática de la poesía del Siglo de Oro español. Santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz han dejado poderosas muestras de ese género literario, así como fray Luis de León.

Quizás pueda atribuirse a Platón el llevar a términos filosóficos el concepto del amor desvinculado del sexo, lo que desarrolló en algunos de sus famosos *Diálogos* y que ha dado lugar al conocido término de amor platónico, con el que se amplía el sentimiento amoroso hasta los confines de la profunda amistad sin intereses sexuales ni materiales.

Mario Vargas Llosa, quien opina que: «Sin erotismo no hay gran literatura», ha tenido a bien dejar sobre este tema las siguientes aseveraciones:

Se podría hacer una selección preciosa con textos eróticos procedentes de libros que no sólo no son eróticos, sino que difícilmente podrían concebirse como eróticos, por ejemplo, algunos textos religiosos, los místicos. Muchas cosas de san Juan de la Cruz pueden leerse en clave erótica. Si uno los lee con un espíritu laico le pueden inflamar extraordinariamente. Lo mismo podría decirse del *Cantar de los Cantares*. De hecho el misticismo ha estado siempre muy cerca del erotismo.

Del caudal lírico amoroso bíblico de dicho *Cantar*, san Juan de la Cruz y fray Luis de León, en sus versiones, comentarios y paráfrasis han legado obras maestras de la lengua española, referentes a ese amor sublimado, del que, por primera vez, parece haber vislumbrado y dejado constancia, el ya referido filósofo Platón.

Veamos algunos de esos fragmentos de los poetas místicos españoles, acerca de los que Jorge Zalamea, en su ensayo *La poesía ignorada y olvidada*, dijo: «Basta oír, basta entregarse a esta hilación de palabras, para sentir y comprender que nunca estuvo más cerca el lenguaje humano de esos ángeles o demonios que habitan en nuestro corazón y allí pugnan por inducirnos y vencernos.»

Así, san Juan de la Cruz, en su paráfrasis del *Cantar* nos dejó dicho:

*En una noche oscura
Con ansias de amores inflamada
¡Oh, dichosa ventura!
Salí sin ser notada
Estando ya mi casa sosegada*

*Gocémonos, amado
Y vámonos a oír con tu hermosura
Al monte y al collado
Do mana el agua pura:
Entremos más adentro en la espesura*

*Y luego a las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos
Que están bien escondidas.
Y allí nos entraremos
Y el mosto de granada gustaremos*

*Allí me mostrarás
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías,
Allí tú, vida mía
Aquello que me diste el otro día*

Fray Luis de León, en su versión del *Cantar*, traduce exactamente este versículo: «Tus dos pechos como dos cabritos mellizos que están paciendo entre las azucenas». Además, en sus comentarios dice del verso:

No se puede decir cosa más bella ni a más a propósito que comparar los pechos hermosos de la Esposa a dos cabritos mellizos, los cuales, además de la ternura que tienen por ser cabritos y de la igualdad por ser

mellizos, y demás de ser cosa linda y apacible, llena de regocijo y alegría, tienen consigo un no sé qué de travesura y buen donaire, con que roban y llevan tras sí los ojos de los que los miran, poniéndoles afición de llegarse a ellos y de tratarlos entre las manos, que todo son cosas bien convenientes y que se hallan así en los pechos hermosos a quienes se comparan. Dicen que pacen entre las azucenas, porque con ser ellos lindos de suyo, allí lo parecen más, y queda así más encarecida y más loada la belleza de la Esposa en esta parte.

En opinión muy acertada de Zalamea, el comentario es más pagano que el mismo texto original, pues, como diría un confesor, hay «una delectación morosa» en aquel trato entre manos y senos que fray Luis subraya y una pizca de salacidad cuando atribuye a los pechos de la amada «un no sé qué de travesura y buen donaire».

En una famosa escultura del italiano Bernini, el barroco europeo nos muestra a santa Teresa en un raptó extático, casi a punto del desfallecimiento, ante la figura de un hermoso ángel que le dirige al pecho una larga y aguda flecha. Este grupo emana una suprema sensualidad bajo el manto del misticismo español que bien muestra un fuerte hálito de erotismo. El historiador del arte José Pijoan, hablando de Bernini, dice:

Acaso su obra más estimada, sea, sin embargo, el *Éxtasis de Santa Teresa de Jesús*, en la Capilla Cornaro, en Santa María della Vittoria. Toda la capilla es un derroche fastuoso de jaspes de colores, combinados de la manera más barroca. En las dos paredes, como en sendos balcones, asoman los individuos de la familia Cornaro, en mármol blanco. En el altar, labrada con finura incomparable, está la santa en éxtasis; un ángel barroco se le aparece para herirla con el dardo del amor.

Es importante hacer notar la efébrica expresión de gozo en la sonriente cara del ángel, así como el gesto de descubrir los pliegues del manto que cubre el seno de la santa con su mano derecha, mientras dirige los dardos agresivamente con el brazo izquierdo en una plena desnudez que se extiende hasta gran parte del angelical torso.

No debe olvidarse que santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz y fray Luis de León, como otros grandes literatos del siglo XVI (Cervantes y Quevedo), fueron procesados por el Santo Oficio de la Inquisición, debiendo cumplir penas de prisión por sus atrevidas exposiciones artísticas y literarias.

Nuestra época, tan ajena a los raptos místicos, no ha escapado a esa tentación de confundir, unir o trastocar el amor divino con el humano, aún frecuentemente con trágicas consecuencias. Multitud de sectas han surgido alrededor de las grandes religiones todavía vivas, como el Cristianismo, el Islamismo, el Hinduismo, el Budismo y el Judaísmo. «Más de 300 sectas operan en España. (Éstas) ofrecen a los jóvenes desengañados con la iglesia oficial una experiencia directa con el más allá, pero muchas veces son un callejón sin salida», nos informa *El País*, 20 años (número semanal extra), publicado en 1996. Son dados los nombres de las más populares, tales como New Age, Cienciología, Hare Krishna, Moon, Davidianos, Templo Solar, Templo del Pueblo, etcétera. Algunas de ellas han ofrecido hecatombes suicidas encabezadas por su líder fundador, siendo una de las más espectaculares la de Jonestown, en Guyana, cuyo guía, Jim Jones, en 1978, indujo a novecientos trece acólitos a la muerte. Las investigaciones llevadas a cabo sobre el caso sacaron a la luz hondas relaciones de tipo sexual entre sus miembros y el líder.

Recientemente, un filme, *Holly Smoke* (*Humo sagrado*), de la cineasta australiana Jane Campion, brillante

directora de *El piano*, trata el tema con profundidad e interés para millones de gentes que no sospechan la tenebrosa red que, como sutil tela de araña, puede destruir, dentro de la confusión, a muchas personas ávidas de un *confort* espiritual dentro de esta difícil época que nos ha tocado vivir.

Paul Taylor, coreógrafo estadounidense, en una de sus obras, *Speaking Tongue (Hablando lenguas)*, nos ofrece también un fresco de esos espacios pseudomísticos dentro de una comunidad dominada por una fuerte personalidad que controla la vida espiritual y los cuerpos de algunas decenas de acólitos. *The Shakers (Los tembladores)* fue también una obra donde Doris Humphrey tocó la temática de esas sectas religiosas que florecieron en la América a raíz de la instauración de los Estados Unidos, y que Arthur Miller trata con fuerte dramatismo en su obra *Las brujas de Salem*. En dicha obra Miller expone como la intolerancia religiosa, las restricciones sexuales y la política de los primeros fundadores de la nación se mezclaron para crear un acontecimiento que se hizo histórico por sus injustas manipulaciones del poder, favorecido a su vez por el fanatismo religioso que pudo hacer eclosión a través del hecho de un vulgar adulterio.

Sexo-familia-religión

A partir de que la familia, por el patriarcado, quedó asegurada como núcleo de poder dentro de las sociedades primitivas, como en sus manos estaba el control de la descendencia de los bienes paternos, pertenecientes al núcleo familiar, de donde además provenían, la mujer va a ocupar en la so-

ciudad un nivel cada vez más precario. El matrimonio, institución de carácter eminentemente social, se convertirá en protector de la familia y vendrá a regular la actividad sexual de sus componentes.

Las religiones de la Antigüedad, ya constituidas y controladas por el sacerdocio masculino, en ocasiones, colocarán, junto a un dios supremo, a una diosa consorte, con el fin de dar seguimiento al ciclo ecológico del día y la noche, regidos por el astro solar diurno y el lunar nocturno, quienes marcarán la doble presencia de la masculinidad y la femineidad en el gobierno de las cosas divinas y las humanas. Zeus y Hera o Júpiter y Juno, reinarán en lo alto del panteón greco-romano; así como Inti-Raimi, personificación del sol, lo hará junto a la Pachamama lunar en la religión incaica.

No dejarán, sin embargo, de aparecer fuertes divinidades femeninas en algunas religiones, como es el caso de la diosa Kali en el Brahmanismo o el de Coatlicue en la religión azteca, ambas deidades de la tierra y de la muerte. O también Yemayá y Oshún en el panteón yoruba, divinidades de la maternidad y la femineidad, respectivamente.

Algunos mitos que sustentaron religiones, como la de Creta, establecieron una diosa tierra como jefa principal, con características iguales a las que más tarde los griegos aplicaron a Gea, hija de Cronos y perteneciente, por tanto, a la raza de los titanes. Esta diosa cretense lo era de la fertilidad y no fue adorada en templos, sino en grutas o cavernas, en lo alto de las montañas, en las praderas florecidas o debajo de los árboles sagrados; en donde se construían pilares simbólicos o también en habitaciones con pequeños altares dentro del palacio real. Aunque de menor importancia, en este caso existía asimismo un dios masculino, contemplado como hijo de la diosa y, en ocasiones, como consorte. Entre los pueblos semíticos existió igualmente una divinidad femenina

suprema, que fue llamada Astarté o Ishtar, reina de los cielos y madre de todos los demás dioses.

El Islamismo parece ser la única religión que confiere a Dios un carácter andrógino. Así, a partir de ello, según el *Corán*, su libro sagrado, se deja saber que Adán, junto con todos los animales, vegetales y minerales, fue producto de una autoeyaculación divina. El primer hombre, sin embargo, conspiró junto con los ángeles infieles, y Dios le castigó con el desdoblamiento de su ser en Aish, el principio masculino, y en Aisha, el femenino. Este desdoblamiento llevó al primer coito que engendró a la familia humana, y a la cumplimentación de la ley divina de la procreación, conservadora de la vida.

El mayor declinamiento de la presencia femenina en las religiones antiguas aparece en dicho Islamismo y también en el Judaísmo. En el primero, Alá es dios absoluto sin santo alguno que lo rodee: solamente su profeta Mahoma posee jerarquía divina. Concomitante con ello, la mujer fue enclaustrada y su rostro velado, como absoluta propiedad de un marido que, junto con otras esposas, la encerró dentro de los harenes o serrillos. El enlace matrimonial adquirió gran importancia como norma posesiva de la poligamia. Antes del matrimonio, los hombres jóvenes no podrían tener contacto alguno con mujeres, de ahí que buscaran expansión sexual entre ellos mismos con prácticas homosexuales. Las mujeres de un mismo esposo deberían esperar pacientemente a que su marido les ofreciera los favores de la vida sexual. En el Judaísmo monogámico, además, la mujer debía venir avalada por la virginidad, lo que suponía estar libre de haber sido tocada con anterioridad por la sexualidad masculina. De esta manera, la mujer como personalidad total queda relegada a un plano secundario, situación que se hará patente con mayor claridad en el Cristianismo. Esto definirá uno

de los rasgos en que se hace evidente el rechazo de la sexualidad como realización plena del hombre y de la mujer, con sus consiguientes códigos y patrones de conducta que irán a marcar de modo bien profundo a la cultura occidental.

A partir de estos cánones, la virginidad femenina deberá ser ofrecida como holocausto al marido en la noche de bodas, por la ruptura de la transparente membrana del himen. Aún hoy existen comunidades rurales esclavas en las cuales, hasta que el novio no muestre a la familia y amigos las sábanas ensangrentadas del lecho de bodas, no se considera consumado el matrimonio. En Suecia, sin embargo, desde hace ya bastantes décadas, las madres hacen romper por intervención quirúrgica el himen de sus niñas, para evitarles la humillación nupcial. Por otra parte, entre los antiguos incas, la novia era despojada de su virginidad antes de ser entregada en matrimonio. Esto era efectuado, bien por algún miembro masculino de la familia o, si no lo había, la propia madre con sus dedos desvirgaba a la desposada.

El aparente triunfo de la masculinidad sobre la mujer en la cultura occidental llevó también a la convicción de que a partir del rompimiento del himen, cualquier penetración futura ajena al lazo matrimonial podría ser ocultada por falta de huellas de comprobación. Esto último ocasionó excesos tales como el de los caballeros de las Cruzadas, que dejaban a sus esposas dentro de horribles escafandras de hierro alrededor de la pelvis, las llaves de cuyas cerraduras se llevaban ellos a las guerras santas. Éstos fueron los llamados cinturones de castidad, los cuales pueden ser vistos en el Museo de Cluny en París.

Este convencionalismo prematrimonial de la virginidad, por supuesto que podía ser violado al entregarse la mujer a otros tipos de satisfacción sexual, siempre que mantuviera intacto el himen para el incauto novio.

De aquí en lo adelante, puede llegarse a la conclusión de que uno de los tópicos, y el no menos provocativo, por cierto, de la cultura de la sexualidad, es la instauración de la primacía masculina, paralela a la supeditación de la mujer, lo que ha dado como resultado la subcultura del machismo. La heterosexualidad masculina es norma irrevocable de esta postura, considerándose como desviaciones de la misma cualquier eventualidad diferenciante, como puede ser la homosexualidad, tanto masculina como femenina.

Las dinastías de la Antigüedad supieron asegurar la supremacía de la masculinidad, ligando al varón monarca con los dioses y así establecer su descendencia divina que, a su vez, proviene de una alta jerarquía cósmica masculina como puede ser la solar. Ésta fue una eficaz manera de asegurar el poder del varón en las civilizaciones arcaicas, tanto las orientales como las americanas. Los libros sagrados se dedicarán a perpetuar esa hegemonía desde tiempos remotos. Tanto el *Corán*, la *Torah*, el *Rig-veda*, como los *Sutras* y la *Biblia* pueden considerarse libros religiosos totalmente masculinizantes.

La mujer como objeto mercantil

La hegemonía del varón trajo también como consecuencia la conversión de la mujer en bien económico, propiedad esencial del hombre. En algunas altas organizaciones tribales, la mujer se convierte en una especie de moneda con la cual el jefe puede adquirir productos en el mercado comunitario con otras tribus. Los incas, por su parte, ofrecían como preciados regalos a las más nobles de sus bellas doncellas, las *ñustas*, quienes serán guardadas dentro de especializados

gineceos. Esta costumbre de regalar doncellas escogidas es aún cultivada por soberanos y jefes de tribus africanas.

Pronto va a surgir otra institución, producto de la inferioridad de esepreciado, aunque despreciado, ser social que es la mujer. Ésta va a ser la prostitución o comercio sexual a cambio de dinero. La ejercitación de este oficio, que se dice es el más antiguo de la mujer dentro de la civilización, poseerá ciertas características bien diferenciadas, según las diferentes culturas étnicas.

Así, por ejemplo, la cortesana griega o *hetaira* y las *geishas* japonesas vienen a ser mujeres cultas dentro del ámbito general de pobreza intelectual de la mujer en la Antigüedad. Especialmente la *geisha*, que recibe una educación para ejercer su oficio, no está obligada necesariamente a entregar su cuerpo por el pago de sus servicios, que se basan, principalmente en entretener al cliente con sus conocimientos de tocadora de instrumentos, cantante y danzarina, así como de una buena conversación. La prostitución, en medio del servilismo femenino de largos siglos, fue frecuentemente una oportunidad para que la mujer se hiciese notar de forma importante dentro de una sociedad que la desplaza totalmente. Aspasia, cortesana muy renombrada en Grecia, fue amante, esposa y consejera de Pericles; las *demi-mondaines* francesas del siglo XIX se constituían en mujeres bien apreciadas en los salones de París donde se mostraban elegantemente vestidas y enjoyadas, escoltadas por sus protectores y amantes, miembros todos de la pujante burguesía instaurada por el industrialismo naciente. En el siglo XX la prostitución comienza a ser relegada hacia el marginado mundo de la miseria. El cine neorrealista italiano de la postguerra ha reivindicado, de cierta manera, a esas pobres mujerzuelas, revelando con sus tiernas prostitutas en ropas



Pintura mural en los prostibulos de Pompeya (superior).
Monedas para acceso a los prostibulos encontradas en las excavaciones pompeyanas (inferior).

interiores una faceta de humanidad más allá de su despreciado oficio callejero

Por otra parte, Boris de Rachewiltz, en *Eros Noir*, nos da a conocer otro concepto de la prostitución dentro de los pueblos negros del África, bien diferenciado del occidental, excepto en aquellas regiones donde el colonialismo ha adquirido preponderancia en cuanto al desarrollo industrial. Allí existen las llamadas *esposas de la aldea*, quienes poseen una consideración poliándrica y disfrutan de gran estimación. En Ghana, por ejemplo, se les considera portadoras de un trabajo útil a la comunidad. En otras partes de la misma África, algunas mujeres huyen de la brutalidad de sus maridos, prefiriendo ejercer este oficio por las aldeas. Con ello adquieren una cierta independencia, y cuando, de tiempo en tiempo, regresan a sus pueblos gozan de gran reputación. Las viudas también suelen ejercer este tipo de oficio, y algunas madres, para mejorar sus finanzas, ofrecen sus hijas a amantes sucesivos, incluso, algunos maridos incitan a sus mujeres al ejercicio de este trabajo, del cual sacan ganancias.

Entre los incas puede citarse el oficio de las llamadas *pampahuarmi*, palabra quechua con que se designa a las ramera, como algo conceptualmente bien distinto a la acepción que se tiene en Occidente. Se ha hablado de edificios levantados en Copacabana, donde se efectuaban las grandes celebraciones religiosas anuales y hermosas mujeres se ofrecían a todos los que concurrían al lugar. Este libre ejercicio de la sexualidad no estaba regido por recompensa alguna, sino que era un tipo de aporte social igual al de la mita masculina en que, cada año, los hombres debían prestar a la comunidad sus servicios como agricultores, artesanos y demás. Actualmente, en el Cuzco, durante las fechas de grandes celebraciones, se mantiene este tipo de licencia sexual entre las mujeres indígenas, a pesar del control monogámico

establecido por la familia, como institución estatal. El hombre soltero común era rechazado y no se le conferían tierras hasta que no contrajera matrimonio y, por lo tanto, se instaurara como célula social familiar. La política del Tihuantisuyo controlaba bien la actividad de sus componentes sociales, lo cual



Ilustración contemporánea de RAMA KISHAN SHARMAN para el *Kama Sutra* de un grupo masculino disputándose sexualmente a una mujer.

no quiere decir que las altas clases se privaran en absoluto de aquello a que limitaban al pueblo, incluyendo el incesto real, ya que la poligamia era admitida entre ellas.

En Babilonia, el culto presidido por Astarté preveía que toda mujer debía, por lo menos una vez en su vida, dedicar un tiempo a prostituirse en el templo, como ofrenda a la diosa. Dentro del pueblo hebreo existieron, bajo la denominación de *zaria*, *nakria* o *kedesche*, las prostitutas. Eran, además, bailarinas y músicas; se paseaban por las calles o se sentaban a las puertas de sus casas llamando con gestos a los transeúntes. En Roma existieron infinidad de burdeles y entre las ruinas pompeyanas puede verse todavía la disposición en celdas o habitáculos en que se ejercía el oficio, en medio de paredes llenas de pinturas eróticas. Hasta llegó a acuñarse una moneda, para uso relativo en estos lugares, de la cual han sido halladas muestras en las excavaciones. Las meretrices romanas vestían un ropaje especial de color amarillo. Pierre Louys en su novela *Afrodita*, basada en las antiguas costumbres de Alejandría, describe cómo en el malecón del puerto y ante el famoso faro, las cortesanas, desde las más célebres hasta las más miserables, se paseaban delante del gran muro de cerámica, sobre el cual escribían sus nombres. Bajo ellos, los clientes ponían el suyo y el precio propuesto. Si el mismo era aceptado, ellas se mantenían de pie ante la oferta, cuyo nombre y cantidad habían sido considerados como dignos.

En Francia, en la época de Luis XIV, la prostitución de las damas y doncellas de la nobleza rayó en el escándalo. En el siglo XVIII, los grabados de William Hogarth sobre *La carrera del libertino* muestran la vida de los grandes burdeles londinenses. Marcel Proust, en su libro *En busca del tiempo perdido*, describe las lujosas casas de prostitución de París y los balnearios veraniegos a fines del

siglo XIX. A ellos, además de las pupilas estables, acudían camareras de la aristocracia, actrices y vástagos de las familias burguesas para prostituirse. Charlie Morel, el hermoso violinista que se hacía amar platónicamente por el barón de Charlus, no tenía inconveniente en asistir a uno de esos lugares cuando alguien como el príncipe de Guermantes, conocido casualmente, le ofrecía dinero por pasar una noche con él.

El siglo XX va a ofrecer imágenes bien diferentes del oficio de la prostitución, uno de los más desgarradores es testificado por Curzio Malaparte, en su obra *La piel*, ante la eventualidad de la caída del fascismo en Italia y la entrada de las tropas de ocupación en Roma.

Códigos sexuales

En la Antigüedad existen famosos códigos escritos sobre el erotismo. Dichos libros fueron hechos para la educación sexual, desde luego, de las clases nobles. Uno de ellos, proveniente de la India, es el *Ananga Ranga*, de Kalyana Malla, aparecido en el siglo XVI, aunque el más conocido y famoso es el *Kama Sutra*, de Vatsyayana, que vivió aproximadamente entre los siglos I y VI de nuestra era. En estos tratados sobre el sexo se incluyen detalladas descripciones sobre maneras y posturas utilizables en el coito, no solamente para la pareja unida matrimonialmente, sino también para las relaciones con cortesanas y mujeres públicas. Y hasta existe un capítulo que revela las técnicas de la *fellatio* entre hombres, prácticas en uso por los eunucos masajistas con su clientela masculina.



Kama Sutra. Ilustraciones contemporáneas para el libro por RAMA KISHAN SHARMAN, Jaipur, usando el estilo antiguo.



Cerámica mochica del Antiguo Perú:
Carcancha, imagen fálica de la muerte (superior).
Antiguo huaco con pareja en acción oral sexual (inferior).

En el Islam existe un libro secreto sobre esas materias, llamado *Ktab*. En el mismo aparecen las posturas coitales permitidas por la ley. Al respecto, el profeta Mahoma dijo: «El redondos y abultados senos, sus amplias caderas o sus finos talles». Estos templos exhiben sus paredes literalmente tapizadas de figuras escultóricas plenas de una rica gestualidad erótica, inspirada en un misticismo que se basa en la acción sexual como una liberación de las energías fundamentales en obediencia a las leyes cósmicas en búsqueda de un éxtasis. Esta exaltación de la alegría carnal se hace imagen sublimada del universal deseo de unión, de la fusión de la dualidad con la unidad divina dentro del Hinduismo, una de las más antiguas religiones de la India.

Pero, quizás, la más imponente muestra de la sexualidad dentro de las culturas del pasado la ofrece la civilización chimú o mochica del Perú Antiguo. Su cerámica o huacos, su pintura en las vasijas y en los tejidos nos brindan un panorama de la vida sexual que va desde la más íntima secretividad familiar en la cotidianidad hasta las relaciones homosexuales, la zoofilia, la paidofilia con un vasto catálogo de posturas coitales, así como otras prácticas sexuales como el onanismo o masturbación, el sexo oral, el anal y escenas de autocastración y de fantasías eróticas entre seres vivos y muertos o mitológicos. El desconcierto de nuestra época ante esas muestras ha ido tan lejos como para declararlas *espe-luznantes cerámicas eróticas*. Otros las han calificado como manifestaciones artísticas bajo los efectos de la coca o una especie de psicosis cocaínica. Los más benévolos las han catalogado como humoradas eróticas. Federico Kauffman en *Comportamiento sexual en el Antiguo Perú* hace un exhaustivo estudio de la materia, aclarando cómo la magia religiosa, la vida cotidiana y la fantasía erótica, junto con un posible culto fálico, han podido dejar como legado tan amplio

tesoro de información sobre la conducta sexual de una cultura de nivel arcaico. Esta civilización tuvo su expansión en la costa norte del Perú entre los siglos IV y IX de nuestra era, conviviendo con la inca, la cual, proviniendo del Cuzco, logró imponerse y absorber a la primera, cultural y políticamente, en 1438, para más tarde desmoronarse con la conquista española, en el siglo XVI.

La homosexualidad en la Antigüedad

Entre las alternativas de la sexualidad, ajenas a la procreación, quizás la homosexualidad sea la que ocupe el primer lugar en importancia social, ya que la misma socava instituciones como la familia, núcleo tan fundamental al desarrollo de las civilizaciones. Hombres o mujeres que puedan satisfacer sus instintos sexuales entre miembros de un mismo sexo pueden ser rechazados en determinados momentos de desarrollos histórico-sociales. Por lo general, en las culturas tribales y arcaicas, la homosexualidad era admitida y aparece en mitos tales como el de Júpiter convertido en águila para robar al bello Ganimedes; Apolo y su amor por Jacinto, al cual accidentalmente mata y convierte luego en flor para perpetuar su memoria y Heracles o Hércules, el héroe famoso de quien se dice que, a pesar de sus numerosas aventuras femeninas, según Plutarco, no podría nombrarse el número de sus amantes masculinos: tantos fueron ellos.

En las culturas griegas y romanas parece haber existido un alto grado de tolerancia en cuanto a la homosexualidad.

Se tiene amplia noticia de que figuras importantes como Julio César, Felipe II de Macedonia y su hijo Alejandro Magno, hombres todos de estado y guerreros connotados, la practicaron. Platón, Aristóteles y Sócrates, filósofos y pensadores, dejaron constancia de esa modalidad en sus vidas y escritos. Poetas como Anacreonte, Xenofonte y Píndaro legaron obras en que volcaban sus preferencias sexuales. La poesía amorosa de Safo representa un alto exponente literario en



Temática homosexual en escultura helénica, *Pan y Dafnis*.

relación con el amor entre mujeres. Por eso, el nombre de Lesbos, la isla donde vivió, ha quedado como denominación derivada en el vocablo de lesbianas, usado para nombrar a las cultivadoras de esa modalidad entre mujeres. El *Satyricon*, de Petronio, considerada como la primera gran obra de la novelística latina, presenta deshinibidamente a la mayoría de sus personajes como homosexuales moviéndose dentro de sus conflictos amorosos, mientras otros que aparecen son bisexuales, y los heterosexuales, por su parte, muestran una amplia tolerancia hacia la dualidad sexual de los protagonistas, al extremo de que pretenden hacerlos sus amantes conociendo sus hábitos eróticos.

En el ya citado *Eros Noir*, de Boris de Rachewiltz, se mencionan esas prácticas entre los pueblos negros africanos. Se hacen constar algunas ocasionales, como la costumbre de los muchachos imberbes de masturbarse unos a los otros, adquirida al dormir juntos desde su niñez y que luego desaparece cuando comienzan a tener contactos con mujeres. Entre estas situaciones ocasionales, puede también citarse el caso de grupos enteros de mujeres que se entregan al tribadismo entre ellas cuando sus maridos parten a la guerra. Otros casos más institucionalizados son aquéllos de los altos señores del oasis de Siwa que intercambian sus hijos para esos placeres, y si alguno no accede es considerado como de conducta extravagante. También entre los lango aparecen hombres que viven como mujeres con otros hombres, se visten como tales y hasta simulan la menstruación. Existen, igualmente, mujeres que libremente hacen vida homosexual. Dentro de los bobos, mujeres estériles, ricas y de edad avanzada, esposan jóvenes muchachas, inclusive con el pago de una dote. Dichas jóvenes encuentran, a su vez, en la casa, vigorosos hombres con los cuales pueden libremente emparejarse, sin que, por supuesto, ellos tengan ningún derecho sobre ellas,

ni sobre los hijos que puedan nacer de esas uniones. Entre mujeres de los grupos mbounda y nama, aparece la costumbre de utilizar un pene artificial para masturbarse recíprocamente entre ellas. Dentro de las del zandé, algunas emplean un falo de madera que una de ellas adhiere a su pelvis por un cordel, aunque si el marido sorprende a su mujer en esas prácticas, generalmente, le inflinge una buena corrección.

Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia general y natural de las Indias*, con una estrecha perspectiva moral bien enraizada en la del conquistador, testifica la presencia de la homosexualidad entre los indios de las Antillas. Sus crónicas dicen así: «[...] tomando a la materia de este pecado abominable contra natura, muy usado entre los indios de esta isla [...]».

También se refiere al hecho de que: «[...] en alguna parte de estas indias traían por joyel un hombre sobre otro, en aquel diabólico é nefando acto de Sodoma, hechos de oro de relieve». Más adelante dice: «Y así habéis de saber que el que de ellos es paciente ó toma cargo de ser mujer, en aquel bestial é descomulgado acto, le dan oficio de mujer é trae naguas, como mujer.»

Bernal Díaz del Castillo, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, da noticias de la existencia de grupos sacerdotales que ejercían entre ellos esas prácticas: «...aquellos papas eran hijos de principales y no tenían mujeres, más tenían el maldito oficio de sodomías...». Por otra parte, hace mención de ídolos de barro «...que al parecer estaban haciendo sodomías...». Frecuentemente, además, alude a la costumbre en general de los indios de Yucatán en relación con la homosexualidad, al extremo de que «...tenían muchachos a ganar en aquel maldito oficio...».

Pedro Ceiza de León, en *La crónica de Perú*, informa de antiguos mitos, tal como aquél de la legendaria existencia



Dos vistas de una vasija ática con tema de amor homosexual.

de una raza de gigantes que convivían entre sí sexualmente. Asimismo, cuenta de adoratorios o templos oráculos en que los nobles y señores principales tenían relaciones sexuales con sus sacerdotes o cuidadores el día de sacrificios o fiestas solemnes, constituyéndose así en una especie de homosexualidad religiosa. También da noticias de la existencia de una ciudad, la de Huaylas o Guaylas, cuyos habitantes se entregaban a las prácticas homosexuales entre sí; por eso eran llamados hualayos los que se mostraban como homosexuales dentro de esas comunidades. Igualmente, se hace eco de guerreros, que al igual que los antiguos espartanos, ejercían la homosexualidad entre ellos, ya que pensaban que las relaciones con mujeres mermaba su agresividad en el combate. Por otra parte, en tiempos de guerra, ingerían anafrodisíacos para controlar sus apetencias eróticas en los días de batalla.

El Cristianismo, heredero del Judaísmo, ha sido, quizás, con la sola excepción del Islamismo, la religión que más abiertamente ha rechazado la sexualidad, y por consecuencia la homosexualidad. San Pablo, en sus *Cartas a los corintios* dice: «¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No erréis, que ni las fornicaciones, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones....»

Claramente se puede ver que entre todas las causas de pecado, aquéllas que se refieren a la sexualidad son las primeras a considerar junto con lo concerniente a la adhesión a otras religiones llamadas idólatras. Con ello queda bien claro que el sexo sólo será permitido dentro de la alianza matrimonial y que, además, dentro de ella, según palabras del propio Jehová dirigidas a la mujer después de instaurarse el pecado original: «Multiplicaré tus trabajos y miserias en tus preñeces: con dolor parirás los hijos y estarás bajo la potestad o mando de tu marido y él te dominará.» (Génesis, versículo 16, capítulo 3).



Escenas homoeróticas en vasijas etruscas.

La inferioridad de la mujer queda bien patentizada en estas sentencias y en muchas otras, como en las que se establece la consideración de inmunda dentro de sus días de menstruación (Levítico, capítulo 15, versículo 19 a 33).

El pueblo hebreo, pequeño, errante y diezmado por guerras y cautiverios, necesitaba constantemente del aumento de su población. Así, los libros sagrados del *Antiguo Testamento* hacen interminables listas de hijos engendrados por los santos varones que solían vivir cientos de años (Matusalén vivió novecientos sesenta y nueve) y que escogidos por Dios debían procrear para agrandar las doce tribus de Israel en que se basaba la existencia del pueblo judío. La institución del matrimonio, como es natural, estuvo bien protegida al extremo de que una mujer que cometiera adulterio era condenada a ser lapidada por la multitud.

Continuando estos preceptos, el Cristianismo y sus normas se han constituido por más de veinte siglos en el regulador de la sexualidad en la civilización occidental. Se hizo heredero de las mejores normas de las religiones orientales, sin embargo, cayó en excesos restrictivos en relación con la vida sexual de sus seguidores, tratando de abolir todo lo concerniente a la sensorialidad física, para exaltar el poder de la divinidad. «Mas el cuerpo no es para la fornicación sino para el Señor y el Señor para el cuerpo», se dice en la Epístola de san Pablo. El término de fornicación servirá para denominar el ejercicio de la lujuria, uno de los siete pecados capitales, junto a la avaricia, la pereza, la envidia, la ira, la soberbia y la gula. En las Tablas de Moisés se concretará el horror a la expansión de la sexualidad en el sexto mandamiento que dice: «No fornicarás.»

Quizás el más flagrante atentado bíblico a la sexualidad aparezca en la institucionalización del pecado original, a partir

de la expulsión de Adán y Eva del paraíso. Es innegable que la falta cometida parece haber sido la del acoplamiento sexual de la primera pareja, aunque el relato mítico lo transforma en la metáfora de la manzana ofrecida por Eva a Adán, instigada por la serpiente que moraba en el Árbol del Bien y del Mal. No resulta difícil interpretar estas imágenes a través del coito efectuado por la pareja, al descubrir las posibilidades de sus cuerpos, a los cuales les habían sido conferidos los órganos sexuales. Es algo irrefutable que la cabeza de la serpiente es lo más parecido que pueda imaginarse al glánde pénico y que la manzana lo sea de la cavidad vaginal femenina. Que el mito haya separado al hombre y a la mujer de sus atributos sexuales es cuestión de retórica moralista. Yendo, pues, a la lógica de la fábula, fue el pene de Adán el que tentó a Eva para que ésta le entregara la fruta que los complementaría como pareja. Luego, si hubiera que buscar un culpable, habría que encontrarlo en Adán y no en Eva, la que ha sido acusada, por el contrario, como instigadora del hecho.

Por otra parte, el disfrute del paraíso debió estar supeditado al estado de continencia, a pesar de haber sido creado el cuerpo de la primera pareja con órganos compulsivos hacia lo contrario y mantenidos en plena desnudez para que pudieran ser bien notados. Más razonable habría sido si la pareja hubiera gozado de una naturaleza asexuada. Si en esta situación hubiera inventado subterfugios aberrantes para gozar del sexo, quizás podría haber sido una buena causante de violación del equilibrio de la naturaleza. No es por lo tanto permisible la creación de un pecado original producto de un acto tan natural como aquél para el cual los cuerpos habían sido conformados. Más bien, el pecado original parece ser, no el acto efectuado por Adán y Eva, sino el invento de este mito que gozó el carácter de dogma por diez siglos, hasta que se estimara, por la misma Iglesia, como leyenda,

después de haber creado fuertes códigos de represión de una de las más vitales fuerzas humanas. Esto parece ser el tema del tríptico gótico *El jardín de las delicias*, de Hieronymus Bosch, cuya tabla central está habitada por varios cientos de figuras desnudas, de ambos sexos, aunque de asexualizada apariencia. En medio de alucinantes construcciones, extrañas vegetaciones, lagos fantásticos y animales de raras configuraciones, varias centenas de personajes inventan placeres eróticos sin acoplamientos posibles. Desde el cuerpo que se sumerge en una enorme fresa, hasta el *voyeur* que mira a través de una celosía vegetal, desde las mujeres-lotos bañándose en una laguna, rodeadas de desenfundada cabalgata de hombres desnudos, hasta el homosexual que coloca inocentemente una flor en la cavidad anal de su compañero en posición cuadrúpeda, todos exploran la sexualidad en exóticas formas dentro de la otredad que el pecado original les ha impuesto. Por otra parte, las dos tablas laterales del tríptico están dedicadas a mostrar horrendas e infamantes imágenes de los condenados dentro de las más insoñadas pesadillas infernales, franqueadas por monstruos de la represiva imaginería medieval, mostrada por uno de los más conspicuos artistas de la época, el Bosco, quien fue capaz de revelar toda la angustia del pecado, especialmente la referida a la sexualidad en la larga noche del Medioevo. Y también anunció la impugnación de esa ideología, constituyéndose en heraldo de las ideas renacentistas de la cual surgió la Reforma como expediente de liberación.

Imaginería diabólica medieval

La era medieval hizo que conventos y monasterios se llenaran de monjas y frailes, alejados de la vida mundana para

dedicarse a una total abstención de la sexualidad, producto del voto de castidad hecho a la Iglesia. Todo parece indicar que en las religiones de la Antigüedad el celibato no había sido norma de obligatoriedad dentro del sacerdocio. La misma *Biblia* dice en el Levítico sobre los sacerdotes: «Y tomará él mujer con su virginidad. Viuda o repudiada, o infa-



Escena demoniaca en que figuras diabólicas torturan a un santo en un fragmento de una de *Las tentaciones de san Antonio*, del Bosco.

me, o ramera, éstas no tomará: más tomará virgen de sus pueblos por mujer.» No fue hasta Gregorio VII, papa entre 1073 y 1095, que el celibato fue norma indispensable del sacerdocio, tanto masculino como femenino.

Los demonios de la lujuria frecuentemente hicieron presa de monjes y monjas. Entre los más espectaculares de estos acontecimientos aparece aquél en que una congregación completa de monjas debió caer dentro de esas posesiones demoníacas. En documentos de la época, han quedado constancias de esos brotes colectivos en que Behemont, Balaam, Isaacaron, Gresil, Aman, Asmodeus, Beguerit, Leviatan y Rabillo, todas figuras infernales, hacían caer en trances demoníacos desde la abadesa hasta la última de las monjas. En uno de esos documentos se hacía constar que el lunes fornicaban con animales, el martes, entre ellas mismas, el miércoles, con las imágenes sagradas y así sucesivamente.

La pintura gótica en algunas de sus mas altas figuras como Van de Goers, Peter Breughel y el Bosco, llamado «el hacedor de diablos», plasmó todo un bestiario satánico de homúnculos animalescos, monstruos grotescos de un mundo infraterrenal dedicados a atormentar a san Antonio, san Jerónimo, san Juan Bautista, y otros santos eremitas con lujuriosas tentaciones.

El fanatismo de la castidad va a tomar insospechada boga en los primeros siglos del Cristianismo. Altos patriarcas de la Iglesia romana de Oriente deciden convertirse en eunucos para así mejor resistir los poderes de la carne. Valerio, filósofo de la Arabia, para salvarse de los embates de la concupiscencia se hace castrar. Su doctrina creó seguidores, los valerianos, quienes por grado o por fuerza mutilaban, no sólo a los pertenecientes a su secta, sino también a sus amigos, sus visitantes y aun a los extranjeros que se aventuraban por sus predios. Tal fue la tormenta desatada por la represión de la sexualidad entre el sacerdocio, en los

primeros tiempos de la instauración del Cristianismo en el poder ideológico de la civilización europea.

Renunciación monjil

Esta fuerte coerción de la sexualidad ejercida por la Iglesia dentro de su sacerdocio hizo que a partir de la época medieval se crearan numerosas sectas que, sin renunciar a la vocación sacerdotal, quisieron vivir al servicio de Dios practicando las normas del Cristianismo primitivo de libertad sexual, al mismo tiempo que consideraban los excesos sexuales del clero católico. Eugene Relgis, en su *Historia sexual de la humanidad*, habla de algunos de estos grupos que cultivaron la poliandria y la poligamia, guiados por algún líder, como Tauchelin radicado en Amberes, en 1100 y Guillermo de Cornelis, en el siglo XIII, además de los llamados valdenses en el norte de Francia y Flandes. Los turlupinos y los picardo o adamitas hacían procesiones desnudos en señal de protesta, y se dice que los famosos templarios, secta guerrera masculina, practicaban la homosexualidad entre ellos. Los laoiistas o libertinos proclamaron en Amberes el amor libre con la poliandria y la poligamia. Cuando fueron exterminados en Alemania, en 1544, se dispersaron por Holanda, Francia e Inglaterra.

Aún en el siglo XVIII, en Rusia, hubo hombres y mujeres bajo la denominación de scopitas o castrados que siguiendo la interpretación del versículo 12, capítulo XIX del Evangelio de san Mateo que decía: «Hay eunucos que, para el reino celestial, llegaron en ese estado», se mutilaban los senos las mujeres, y castraban los hombres. Subsistieron

hasta el siglo XIX en Rusia y luego emigraron a Rumanía, apareciendo nuevamente en la ya Unión Soviética, en 1930, en los alrededores de Leningrado. Los dujobores también fueron perseguidos en Rusia por sus desfiles en plena desnudez. Emigraron a Canadá, donde resultaron encarcelados por tales procesiones. Eran abstemios, vegetarianos y vivían en común en colonias cooperativas.

En los Estados Unidos, José Smith creó, en 1827, la secta de los mormones, que ejercían la poligamia con el consentimiento de sus esposas. Sufrieron persecuciones hasta lograr que su territorio se constituyera como el Estado de Utah con renuncia a la poligamia, aunque se dice que los ricos la mantenían bajo secreto.

El exacerbado control de la sexualidad no podía menos que explotar estrepitosamente con el advenimiento del llamado Renacimiento, período que se caracterizó culturalmente por una vuelta a los ideales de la Antigüedad. A partir de ese momento, como debía esperarse, la permisibilidad sexual, con frecuencia, devino en absoluta licencia. Italia, considerada como la cuna de este movimiento, se hizo famosa por la elegancia y el sensual y desenfrenado erotismo que, a su vez, exportó al resto de Europa. Francia, prontamente, estuvo en disposición de hacerle la competencia. En poco tiempo, también Inglaterra y los Países Bajos se pusieron al día en esos nuevos ideales de la cultura. Sólo España pretendió mantenerse dentro del rigor del Catolicismo, aunque en América se entregó al pillaje sexual con las indígenas y africanas exportadas como esclavas, poblando prontamente con mestizos el nuevo continente.

Azotes venéreos intercontinentales

A partir de documentos de la Antigüedad se ha podido detectar la aparición de la primera enfermedad venérea, la gonorrea o blenorragia, la descripción de cuyos síntomas aun hasta en la *Biblia* pueden hallarse. El segundo azote venéreo, la sífilis, aparecerá en esta época del Renacimiento. Fue llamada por los italianos el *mal francés* y por los franceses el *mal italiano*. La realidad, por otra parte, consistió en que fueron los españoles los que la introdujeron en los mismos barcos que cargaban el oro, producto de la conquista del Nuevo Mundo. La llama y otros animales eran portadores de ese virus, transmitido al indígena que cohabitaba con ellos en momentos determinados. Éstos se la contagiaban a sus mujeres y ellas a los conquistadores. Ceiza de León informa sobre los bubos que padecían los soldados españoles en el Perú, mientras que Bernal Díaz del Castillo, llamándoles bubas, les hace referencia en la conquista de México: «...algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas o humores, les dolieron los muslos del bajar». Una especie de venganza ecológica parecía cumplirse ante la depredación de las Américas por la rapacidad europea.

Ya desde la Antigüedad, aparecen en los mitos griegos las relaciones sexuales entre dioses, convertidos en animales, y los seres humanos. Júpiter se transforma en cisne para seducir a Leda y en toro para raptar a Europa. Pasifae, reina de Creta, tuvo relaciones sexuales con el mítico toro de Minos, de cuya unión nació el famoso minotauro. Durante los tiempos históricos, se sabe que Calígula gustaba de introducir en su lecho a su caballo favorito. Ya desde la *Biblia* se condenan actos de ese tipo: «Ni con ningún animal tendrás ayuntamiento mancillándote con él; ni mujer alguna

se pondrá delante de animal; para ayuntarse con él: es confusión.» (Levítico, capítulo 18, versículo 23) Se puede constatar que la zoofilia aparece también en la cerámica chimú del Antiguo Perú. En el siglo XVIII se pusieron en boga los bien entrenados perritos pekineses con los cuales las damas francesas e inglesas se propiciaban placeres íntimos. Yeguas, chivas y cabras son bien estimadas para goces sexuales por pastores y campesinos. Se constata que en diferentes grupos étnicos de África, las relaciones con animales ha sido considerada, ocasionalmente, como parte de ritos de fertilidad y atracción a la caza. En uno de estos casos se constituye el coito ritual con antílopes y ovejas, para propiciar el éxito de la cacería. Además, pueden agregarse los efectuados en el curso de las ceremonias de iniciación entre varones. También se hacen prácticas sexuales con la hembra del asno y las vacas, con las cuales se supone adquirir potencia sexual. Los jóvenes pastores suelen relacionarse de esa forma con sus rebaños, aunque son reprendidos y castigados por los adultos cuando los sorprenden. Vargas Llosa, en su novela *La ciudad y los perros*, muestra en uno de sus capítulos a un grupo de adolescentes de una escuela militar que se entrega a placeres sexuales con gallinas.

En los siglos XIV y XV, el Renacimiento impondrá un gusto por la sexualidad que ayudará a sacar a la cultura europea del severo ascetismo medieval. En Italia, las familias de los Sforza, los Este, los Borgias, los Urbino y otras, van a detentar el poder y desarrollar en sus predios de Florencia, Verona, Venecia y Milán, una filosofía hedonista en que el placer va a tener un lugar importante en la vida política y en el arte de las vestimentas, la arquitectura, y las fiestas y banquetes que se constituyen en espectáculos donde la sexualidad tendrá una fuerte presencia. Las más altas jerarquías, como pudiera ser aun la del papado, no pondrán impedimento para la libre

permisibilidad sexual de la época. La sexualidad renacentista va a intervenir en la política: Enrique VIII de Inglaterra utilizará el matrimonio como medio de alcanzar alianza con las otras monarquías europeas, lo que no impedirá que cuando deje de sentirse complacido por una esposa la repudie o busque la manera de hacerla subir al cadalso. Cuando se vio interferido por la Iglesia para seguir llevando a cabo sus cambios matrimoniales, rompió con el Vaticano y creó una Iglesia estatal inglesa, la Anglicana, de la cual él fue jefe, incorporándola al movimiento reformista luterano que se había levantado en contra del Catolicismo romano.

Honra y donjuanismo

En el siglo xvii, España se constituye en fuerte baluarte de la Contrareforma imponiendo un severo ascetismo, dando otra vuelta de tuerca al usual control del instinto sexual por la Iglesia. El honor y la honra van a constituirse en la escafandra moralizante bajo la cual el español renacentista tratará de controlar su fuerte sexualidad mediterránea. Esta honra, por supuesto, relacionada con el sexo, tendrá en la mujer su mayor depositaria. Una española que fuera seducida antes del matrimonio habría perdido su honra y la habría hecho perder a su familia, haciendo valedera la posibilidad de venganza por cualquiera de los miembros masculinos de la misma. El arquetipo machista de la época será definido por el seductor y burlador de mujeres que vendrá a tener el nombre de *Don Juan*. Tirso de Molina, Lope de Vega, Zorrilla, Molière, Pushkin delinearán los perfiles de este varón, perseguidor de mujeres

que, al final, caerá en la trampa de la condenación eterna impuesta por el dogma. Este tipo psicológico que tiene como sujeto el llamado donjuanismo, ha llegado a ser foco de interés para los psicólogos contemporáneos que se han dado a la tarea de desentrañar las tendencias subconscientes del mismo, para llegar a la conclusión de que esa incapacidad de fijar sus instintos sexuales en una sola mujer posee una tendencia marcadamente homosexual.

Por otra parte, algunos soberanos de la época fueron claros exponentes de la homosexualidad, dentro de la realeza europea. En Francia, Enrique III se hacía notar por un gusto extravagantemente afeminado en sus costumbres y en el vestir, de forma tal que, según asevera Agripa de Aubigné:

[...] nunca se sabía cuando uno miraba a Enrique III, si estaba en presencia de un rey disfrazado de mujer o de un hombre disfrazado de reina. Él, lo mismo que sus favoritos y cortesanos, se acicalaban todos, se rizaban, se perfumaban y se empolvaban como meretrices; se ponían perendengues y zarcillos en las orejas, andaban a menudos pasos contoneándose y hacían otras mil monadas, de tal suerte que se comprende que Escévola de Santa Marta afirmara que en París, era muy difícil distinguir entre mujeres y hombres. [...] De vez en cuando, el rey daba fiestas en las cuales todos los cortesanos se presentaban con trajes de seda verde; los hombres vestidos de mujer y las mujeres de hombre.

Cristopher Marlowe, el dramaturgo isabelino, escribió un drama sobre Eduardo II de Inglaterra en que se mezcla su amor por el favorito Gaveston con una sangrienta lucha por el poder en medio de una larga guerra civil. Bertold Brecht se inspiró en esa obra para escribir *La vida del rey Eduardo II de Inglaterra*. Dereck Jarman, cineasta defensor de



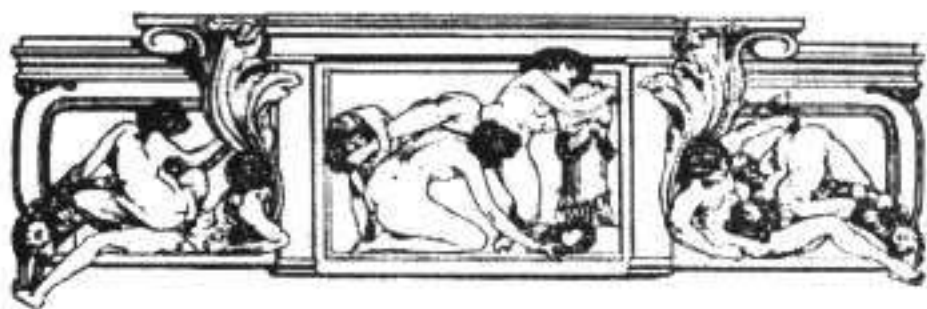
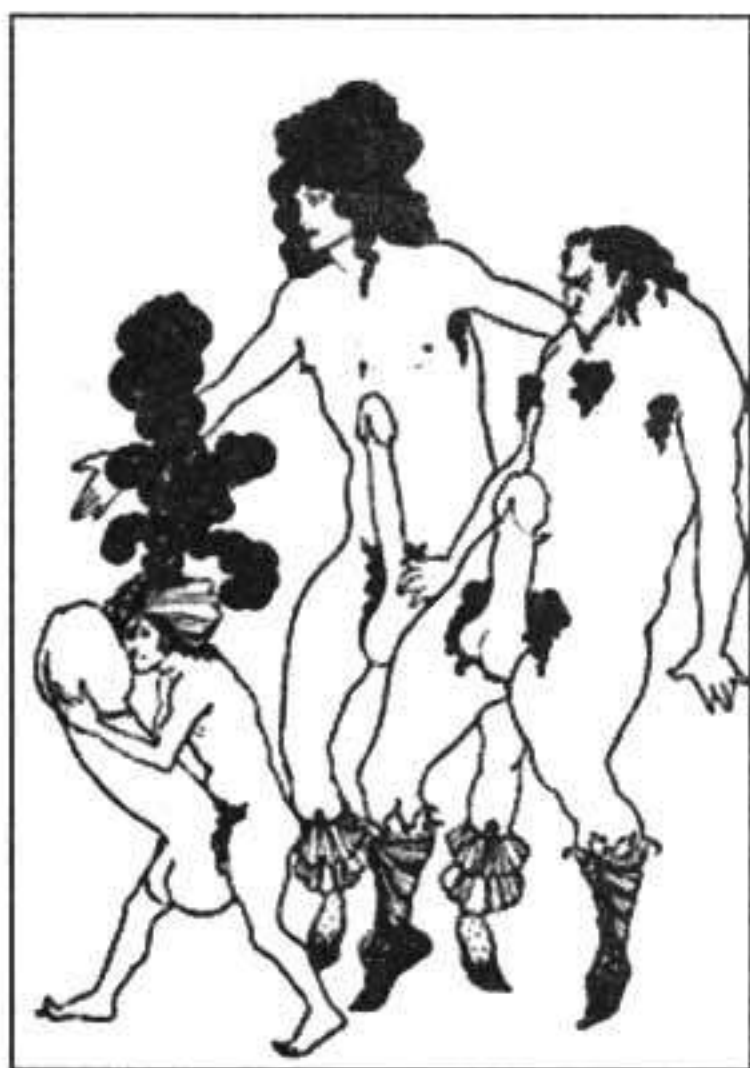
Cuadro de la Escuela de Fontainebleau, en el Museo del Louvre (superior).
La virgen y el niño con ángeles, de JEAN FOUQUET, en el Museo de Amberes
 (inferior).

los derechos de las minorías *gay* inglesas, ha llevado ese tema a un filme delirante y desgarrador.

Durante los siglos xvii y xviii, Francia se va a imponer culturalmente en la moda europea y sus costumbres palaciegas se van a importar a las otras cortes del continente. Una fuerte permisibilidad sexual impregnada de refinada elegancia con la marca de las cortes parisienses y de los salones de la aristocracia, marcarán el comportamiento del buen gusto conocido como el *chic* parisiense. Los Luises de las dinastías reinantes no tomarán las drásticas posiciones de Enrique VIII al cambiar intermitentemente de esposas. En este caso, se asegurarán las alianzas políticas con otros países a través de matrimonios santificados por la Iglesia, aunque la consorte no tenga que ver con sus gustos personales. El lugar de éstas será ocupado por las amantes reales, quienes, abiertamente reconocidas por el mundo cortesano se pasearán por los salones. Desde la culta y aristocrática madame Pompadour, hasta la iletrada y de baja estofa madame Dubarry, el capítulo de las queridas monárquicas es extenso.

Un curioso cuadro de la escuela de Fontainebleau nos muestra a la duquesa de Villars, junto a su hermana Gabrielle d'Estreés, amante de Enrique IV de Francia, desnudas ambas en una bañera. La primera toca un pezón de los pechos de la segunda, anunciando simbólicamente el próximo nacimiento de un hijo del rey, con lo cual se testifica para la posteridad el importante rol que frecuentemente podía tener una amante real.

La virgen y el niño con ángeles, de Jean Fouquet, hecho para la iglesia de Melun, a pesar de mantener una serenidad de tipo gótico, es un cuadro mezcla de voluptuosidad y desacralización renacentista. La modelo fue Agnes Sorel, amante de Carlos VII de Francia, quien muestra un turgente y abultado seno completamente desnudo que ofrece al



El embajador de Lacedemonia, 1896, de AUBREY BEARDSLEY. Ilustración para *Lysistrata* (superior).

Sección ornamental con que VON BAYROS acostumbraba frecuentemente a adornar sus dibujos (inferior).

niño, quien atrevidamente, con el pequeño pene erecto lo observa con detenimiento. La sacra pareja está rodeada de ángeles de extrañas coloraciones rojas y azules, uno de los cuales, con su mano no visible detrás del infante, sugiere una imagen de escondida masturbación. Esta obra pictórica manifiesta un desplazamiento de poder del mundo espiritual eclesiástico medieval al temporal mundano, usando los códigos góticos para plasmar la idea de paganización que propugnó el Renacimiento con su vuelta a la alegría del vivir de la Antigüedad.

El varón libertino se impondrá con gran complacencia de la aristocracia, hasta el punto de que cuando el caballero Casanova publica sus memorias, las damas que en la misma aparecen, se sentirán halagadas por haber sido escogidas por el insigne seductor en su veloz carrera de amoríos. Los matrimonios de ancianos nobles con doncellas adolescentes se ponen de moda en la Francia de la época, dando lugar a que Molière dedique una de sus obras a ese tema denigrante para los sentimientos femeninos, en aras de los intereses financieros de sus familias. Son también los tiempos en que el marqués de Sade escribe obras plenas de sadomasoquistas fantasías y se atreve a profetizar a los dirigentes de la Revolución francesa que la revolución sexual del futuro tendría muchas más consecuencias en la humanidad que las revoluciones políticas.

La literatura costumbrista del siglo XVIII francés nos muestra ampliamente la licencia de las costumbres en obras como *Manon Lescaut*, del abate Prevost o *Las amistades peligrosas*, de Pierre Choderlos de Lanclos. El cuento de Perrault, *La caperucita roja*, se dice que fue escrito, no tanto para niños como contra los rapaces depredadores de salón, perseguidores de inexpertas e ingenuas jóvenes. La elegante licencia y el libertinaje del salón parisiense, anterior

a la Revolución francesa, han servido a artistas de otras épocas para evocar un humor erótico que salva a sus obras del escollo pornográfico. Dentro de ellos pueden nombrarse al marqués Von Bayros, artista del siglo XIX, en cuyos dibujos aparecen las ondulaciones del art nouveau, y a Aubrey Beardsley, también inmerso en esa temática sexual libertina. Ellos exaltan los poderes del placer erótico hasta sus últimas consecuencias, como son la flagelación y el dolor físico. Von Bayros, especialmente, ha sido considerado como un erotólogo de sensibilidad muy paralela a la del marqués de Sade.

En nuestros días, Francisco Nieva, entrega una novelística y dramaturgia teatral enmarcadas en la atmósfera licenciosa,



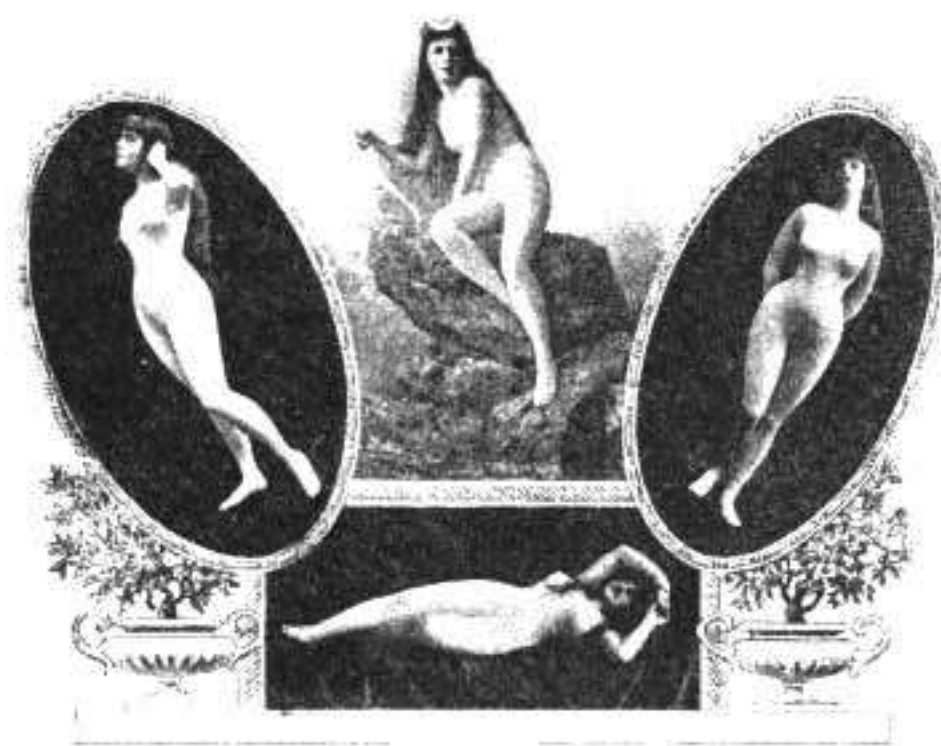
Dos dibujos eróticos de VON BAYROS con su correspondiente enmarcada ornamentación.

refinada y elegante del siglo XVIII. Su *Viaje a Pantaéllica* es una novela de delirante erotismo, no exento de desbordada fantasía, en que se recrea un libertinaje sexual a la manera de un rococó contemporáneo. En *Los viajes forman a la juventud* (réplica de la historia del mancebo de Pérgamo de el *Satyricon* de Petronio), aparece un diálogo teatral lleno de ingenioso humor y malicia dieciochesca, modelo de un erotismo literario de alto calibre, en que un abate mentor inicia a su educando en los placeres homosexuales, usando una retórica barroca con la que plasma en imágenes de sabor clásico los placeres de ese tipo de sexualidad, mientras las experimenta y las hace experimentar por su alumno, a manera de una clase en vivo. En *El baile de los ardientes*, un joven aristócrata de escasa fortuna viaja a Nápoles, bajo el dominio fantasmal del poder español en Italia durante el siglo XVIII, con el fin de tratar de desposar una de las feas hijas de un señor local. Allí se encuentra que el Cabriconde, padre de sus candidatas, es el que lo solicita como consorte. Un proceso iniciatorio de duras pruebas lo va a llevar a enfrentarse con aquella realidad que se le impone y que terminará por admitir. Esta obra, junto con *Los españoles bajo tierra* y *Salvatore Rosa*, van a constituir la trilogía napolitana catalogada dentro del teatro de Nieva como «teatro furioso de farsa y de calamidad».

¿Egalité, liberté et fraternité?

Es evidente que la Revolución francesa, a pesar de haber cambiado en muchos aspectos el desarrollo de la sociedad occidental, no alteró en absoluto los estamentos de la

sexualidad, establecidos por siglos. Los derechos del hombre y el ciudadano fueron enunciados bien claramente, sin tener en cuenta a la mujer como ciudadana, por ejemplo. La ausencia de derechos civiles tales como los del sufragio, el derecho al trabajo, a la administración de sus bienes, entre otras cosas, no estuvieron comprendidos dentro de los principios de la instauración del régimen burgués. La mujer siguió siendo solamente la depositaria del semen masculino, y sólo el ámbito del hogar, santificado por el matrimonio, le fue conferido como territorio de acción. Basado en esto, aparece la solterona, mujer que por alguna u otra razón llega a una alta edad sin haber sido *llevada al altar* y que se va a



Imágenes femeninas de artistas de los *café-concerts* parisienses del siglo XIX con sus disimulados desnudos de mallas totales en el cuerpo.

convertir en un personaje tragicómico (se quedará para vestir santos), durante el siglo XIX y parte del XX. El núcleo familiar sigue siendo protector de la sociedad, la que, a partir de entonces, construirá sus pilares sobre la ganancia de bienes materiales. La competencia, el negocio y el dinero serán los dioses de la nueva religión.

La moral de la burguesía naciente en el siglo XIX apretará los tornillos de la represión sexual a través de la honra, virtud de la cual la mujer deberá ser la primera guardiana. Entiéndase por virtud la amplia procreación de hijos, seguida de la virginidad pre matrimonial, la fidelidad al marido y la total sumisión al hogar. La caballerosidad masculina gustará del ceremonial del duelo por cualquier ofensa contra el honor, en el que frecuentemente se juega la reputación de una mujer, o bien del hombre que la representa, ya fuera el marido, el padre o el hermano.

La doble moral se constituirá, además, en prole del siglo. Una honorable familia (diez o más hijos suele ser el supernumerario) estará respaldada por fuertes convenciones institucionalizadas por legislaciones vigentes del Derecho de Familia que bien la protegen, tanto desde el punto de vista económico, como del moral. Al lado de esa sacrosanta célula social existen otras vías de expansión sexual que el marido, si guarda bien las apariencias, podrá gozar a manera de una doble vida. Las cortesanas de los salones parisienses pasaban con sus joyas y propiedades de uno a otro señor de negocio, según nos testimonia Emilio Zola, en su novela *La curée*. También en *Nana*, del mismo autor, se describe la vida de los prostíbulos de lujo y de menos lujo donde se vende el placer sexual a la nueva clase. Un delirante ejemplo de doble moral puede detectarse en el texto del reglamento de un burdel, situado en el Palais Royal parisiense, y que cita Eugene Relgis en su ya mencionada

obra *Historia sexual de la humanidad*. El mismo dice en una curiosa mezcolanza de moralidad y mercantilismo prostibulario: «Cualquier muchacha o mujer que quiera sacar provecho de sus encantos debe considerarse como una comerciante y no tener en vista más que sus intereses y ganancias.» Siendo éste el primer artículo del citado reglamento, cierra el documento con el último que expresa: «A pesar de todas las ventajas aparentes de su situación, ella tendrá que estar convencida de que su profesión es la más infame y humillante de todas; en consecuencia, ella procurará hacer todo lo posible por abandonarla.»

La moral victoriana, llamada así por haber sido impuesta a sus súbditos por la reina Victoria de Inglaterra, en el siglo XIX, se constituye en uno de los más cerrados códigos morales contra la sexualidad que haya experimentado la cultura anglosajona. Oscar Wilde, el famoso literato inglés, se atrevió a enfrentar dicha moral, haciendo evidente su homosexualidad. Ello le costó un escándalo ante los tribunales londinenses que le amargó los últimos años de su existencia.

Una oculta fraternidad

Marcel Proust, en su libro *En busca del tiempo perdido*, obra que revolucionó la literatura del siglo XIX, reconstruye las peligrosas piruetas, subterfugios y escaramuzas que la sociedad francesa de la época debía efectuar para encubrir con las apariencias la doble moral imperante. Crea el llamado «complejo de Albertina» literario que hacía cambiar la personalidad de un personaje para heterosexualizar la homosexualidad del mismo. Por otra parte, hace una profunda

y reflexiva descripción del mundo soterrado del *vicio de la inversión* (término decimonónico para la homosexualidad) desde los aspectos más luminosos de la sublimación amorosa hasta los más sórdidos del sadomasoquismo. Una visión clasista de ese mundo lo lleva a este tipo de concepción sobre los homosexuales:

Raza sobre la que pesa una maldición y que debe vivir en la mentira y el perjurio, puesto que sabe que su deseo, lo que para toda criatura constituye la máxima dulzura del vivir, es tenido por punible y vergonzoso, por inconfesable; que debe renegar de su Dios ya que, siendo aún cristiano, cuando comparece como acusado ante el tribunal, delante de Cristo y en su nombre, ha de defenderse como de una calumnia de lo que es su vida misma.

Más adelante, ahondando en la universalidad del fenómeno, lo describe de esta forma:

[...] formando una francmasonería mucho más extendida, más eficaz y menos sospechosa que la de las logias, porque se apoya en una identidad de gustos, de necesidades, de costumbres, de peligros, de aprendizajes, de saber, de tráfico y de glosario, en la cual los propios miembros que no desean conocerse se reconocen inmediatamente por signos naturales o de convención, involuntarios o deliberados, los que al mendigo indican uno de sus semejantes en el gran señor a quien cierra la puerta de su coche, al padre en el novio de su hija, al que ha querido curarse, confesarse o defenderse en el médico, sacerdote o abogado a quien ha requerido; obligados todos a proteger su derecho, pero teniendo su parte de un secreto de los demás que el resto de la humanidad no sospecha y que hace

que las más inverosímiles novelas de aventuras parezcan verdaderas, porque en esta vida romántica y anacrónica el embajador es amigo del forzado; el príncipe, con una cierta libertad de modales que da la educación aristocrática y que un pequeño burgués tembloroso no tendría al salir de casa de la duquesa, va a tratarse con el apache: parte condenada de la colectividad humana, pero parte importante, de la que se sospecha allí donde no se manifiesta, insolente e impune allí donde no se la adivina; que cuenta con adeptos en todas partes, entre el pueblo, el ejército, el presidio y el toro; que vive, en fin, por lo menos un gran número en intimidad acariciadora y peligrosa con los hombres de la otra raza, provocándolos, jugando con ellos a hablar de su vicio como si no fuera suyo, juego fácil para la ceguera o falsedad de los otros, juego que puede prolongarse años hasta el día del escándalo, cuando los domadores son devorados; obligados hasta ese momento de ocultar su vida, a apartar las miradas de donde quisieran, fijarlas allí de donde desearían apartarlas, a cambiar en su vocabulario el género de muchos adjetivos, traba social ligera en comparación con la traba interior que su vicio, o lo que impropriamente se llama así, les impone, no tanto respecto a los demás como a sí mismos y de tal modo que a ellos mismos no les parezca un vicio.

Posiblemente, existan pocos documentos tan convincentes como éstos de la obra de Proust que revelen el mundo subterráneo, invisible y oculto, pero existente, de la homosexualidad en la sociedad de principios de la era industrial. Emilio Zola se vio bien tentado de escribir sobre el tema, pero desistió por temor al escándalo. Recapacitando sobre ello, selló su intención con esta idea que revela el sentir de la

época: «Todo lo que respecta al sexo tiene que ver con la propia vida social. Un invertido es un desorganizador de la familia, de la nación, de la humanidad. El hombre y la mujer no están ciertamente aquí abajo más que para hacer niños. Desde el día que dejan de hacer aquello para lo cual han sido hechos atentan contra la vida.» Ésta es, bien clara, la perspectiva conceptual de la moral del siglo XIX, al lado de la cual era natural que surgieran minorías disidentes que tuvieran otros puntos de vista sobre la sexualidad, a costa de vivir en una especie de clandestinidad social.

Pero un poderoso vocero de esa marginalidad surge en Walt Whitman, quien revolucionará la poesía de la época, con su mezcla de panteísmo místico, de ideales socialistas en busca de una verdadera democracia y de «la institución del tierno amor de los camaradas», como hace constar en su *Hojas de hierba*, *Calamus*, obra de la cual dijo: «Es un libro para las clases al margen de la ley. Las otras clases no tienen necesidad de poeta alguno.»

Los tres Villalobos

En 1850, un naturalista y fisiólogo inglés, Charles Darwin, lanza su teoría sobre la evolución de las especies revelando que el hombre, en el proceso evolutivo de la naturaleza, procede del mono. Esto echó abajo, de un golpe, el mito de la creación, según el Génesis bíblico, en que el hombre había sido creado por Dios a su imagen y semejanza, lo cual dejó bien claro que la más alta divinidad hebrea era del género masculino. A partir de entonces, desde luego, el nacimiento de Eva, la primera mujer, surgida de la costilla de Adán se hizo cada vez más risible.

Otro estremecimiento de la moral del siglo XIX, fue la hipótesis del austriaco Sigmund Freud, quien con su teoría del subconsciente estableció que los misteriosos arcanos de la sexualidad eran fuertes energías en la personalidad del ser humano y que el control de las mismas por la normativa social era capaz de crear profundas dislocaciones, tanto en el individuo como en las sociedades en que se desenvolvían. Así, se reconoció una fuerte carga erótica en la conducta humana, por arriba de las divisiones genéricas entre masculinidad y femineidad.

También a fines del siglo, Malthus, un economista inglés, preocupado por la superpoblación en los grandes núcleos urbanos del mundo, lanza el aviso de que era necesario controlar la natalidad. Este enunciado estremeció también la moral aparentemente inmovible del sistema burgués, ya que planteaba la necesidad de parar el ritmo de procreación impremeditadamente mantenido por el hombre desde principios de la humanidad. Según las doctrinas malthusianas, el Estado debía tomar cartas en el asunto y planificar los posibles crecimientos poblacionales de las futuras sociedades del orbe.

Darwin, Freud y Malthus pusieron el dedo sobre la llaga, en uno de los problemas básicos del hombre, siempre oculto bajo la secretividad del lecho, el de la sexualidad, la cual, por otra parte, había sido bien tergiversada por las concepciones pecaminosas sobre la misma, instauradas por la finisecular religión judeocristiana.

La sublimación del instinto erótico en el sentimiento amoroso, sin embargo, va a constituir una de las más poderosas fuentes de inspiración del Romanticismo, tendencia estilística surgida en el siglo XIX, sin dejar de tener sus raíces en períodos anteriores. La mujer, convertida en ser inasible y puro, será objeto de exaltado sentimentalismo. La literatura amorosa va a dar altos exponentes en el género, estable-

ciéndose una decidida contradicción con la posición de la mujer en la realidad de las sociedades de la época. El escapismo de esta corriente será uno de los rasgos de la poética romántica, lo que estará en consonancia con otro rasgo de esa estética, como fue la desilusión por los fracasos de ideales espirituales en choque con la cruda ideología financiera del régimen capitalista.

La sublimación erótica marcusiana

Así las cosas, entra sigilosamente el siglo xx en la historia, en medio de la presión de todos los marginados sexuales, ignorados, por supuesto, dentro del sistema burgués imperante. La Primera Guerra Mundial hará despertar con sus cañones hacia una nueva era. En política, surgirá el Comunismo buscando nuevas soluciones sociales; en arte, las vanguardias explorarán constantemente dentro de la novedad y lo original; en costumbres, hábitos y modas, la sexualidad va a presionar hacia nuevos códigos. A partir de los años veinte, comienzan a sucederse, sin interrupción, acontecimientos vibrantes de emancipación de las viejas ataduras represivas. Para bien comprender este fenómeno, ciertas ideas expresadas por el ya citado Herbert Marcuse, en su *Eros y civilización*, son de gran utilidad. Ellas pueden resumirse en el hecho de que el individuo ha necesitado, hasta el momento, renunciar a su instinto del placer en aras de la realidad, compulsado por necesidades de orden social que le han permitido, por otra parte, un progreso en su desarrollo. Pero eso ha sido al precio de la creación de una civilización represiva que ha establecido una dominación coercitiva y sistemática sobre sus procesos psicológicos. Así se

ha creado una cultura política (entiéndase, medios para lograr un fin), decididamente compulsiva hacia la absorción del individuo por el Estado. Actualmente, producto de esa situación, los problemas psicológicos se han convertido en problemas políticos.

Según propias palabras de Marcuse: «[...] el desorden privado refleja [...] el desorden de la totalidad y la curación del desorden personal depende más directamente que antes de la curación del desorden general». A su vez, según parece ocurrir, las circunstancias de nuestra época así lo testifican, por lo que sigue diciendo:

...los mismos logros de la civilización represiva parecen crear las precondiciones necesarias para la abolición de la represión. [Hoy por hoy] uno puede hablar de una «desublimación represiva», liberación de la sexualidad en modos y formas que reducen y debilitan la energía erótica. También en este proceso, la sexualidad se extiende sobre dimensiones y relaciones antiguamente prohibidas. Esta situación ha dado lugar a la metódica introducción de la sexualidad en los negocios, la política, la propaganda, etc. El grado en que la sexualidad alcanza un definitivo valor en las ventas o llega a ser un signo de prestigio y de que se respetan las reglas del juego, determinan su transformación en un instrumento de la cohesión social.

Ejemplo de todo esto puede testificarse con el erotismo de la moda, tanto femenino como masculino. También lo es la situación del atractivo erótico desplegado por los artistas dentro del arte cinematográfico en que negocio, política, propaganda y otros elementos confluyen estrepitosamente en nuestros días. Dicho aspecto igualmente se manifiesta en toda la multiplicidad de las formas de diversión y de descanso y está acompañado por los métodos de

destrucción de la vida privada, el desprecio por la forma, la incapacidad para tolerar el silencio, la orgullosa exhibición de la crudeza y la vitalidad. Todo esto es la liberación de la represión.

Esta última situación de liberación de la energía erótica acumulada por largos siglos, a partir de la instauración de los valores judeocristianos, parece ser la de la sexualidad en el mundo contemporáneo

¿El sexo débil?

La mujer fue la primera instigadora que rompió con el mito del sexo débil, imagen que bien definía un tipo de inferioridad. Desde los primeros años del siglo rechazó la moda del corsé. Se cortó los cabellos para dejar de ser, según el filósofo Schopenhauer y el retrógado poeta Vargas Vila, «un ser de cabellos largos e ideas cortas». Así estuvo lista también para probar que podía tener ideas largas a la manera inversa de la pretensión masculina imperante en la imagen físico-intelectual que le había sido conferida. Ya desde fines del siglo pasado, grupos de mujeres llamadas feministas, se habían dejado sentir en Europa, especialmente en Inglaterra. Ellas proclamaron en ruidosos *meetings* su derecho al sufragio con el cual adquirirían la posibilidad, negada hasta el momento, de inmiscuirse en los asuntos de la política estatal con su voto electoral. La moda fue una de las premisas que se planteó la mujer en el siglo xx. Abajo el corsé, abajo el miriñaque, abajo el cabello largo, abajo las faldas largas. Según María Elena Molinet, en su incisivo libro sobre la moda *La piel prohibida*, en el Congreso General de Asociaciones Femeninas Americanas de 1914, que reunió tres mil



La moda femenina impuesta en la década de los veinte.

delegadas, una de las primeras cuestiones que se debatió fue la de la reforma de la moda, aprobándose una resolución que declaraba la moda del momento exagerada, poco fina y antiestética.

A partir de ese congreso, el proceso de fuertes cambios en la moda femenina se aceleró. En la década de los veinte, se subieron las faldas hasta la rodilla (algo no visto desde la Antigüedad griega) para mostrar la total pantorrilla de las mujeres, mientras que las mangas del vestido fueron suprimidas para enseñar completamente desnudos los brazos. A lo largo de los treinta, el escote del vestido en la parte posterior mostrará en su totalidad la espalda hasta la llamada *rabadilla*. Para los cuarenta aparecerá el escote *strapple* que suprimirá los tirantes de los hombros para lucir el busto hasta el borde de la prominencia de los senos, sólo posible por el *brassiere*, un ajustador especial que los hará más erectos que nunca, en beneficio de una mayor posibilidad de hacer a la mujer más deseable dentro de los términos de realce de los encantos femeninos que creó una jerga en que aparecieron términos tales como el de *it*, el de *omph* y, más tarde, el definitivo de *glamour* para definir la atracción sexual femenina, que fue convirtiéndose cada vez más intensamente en lo que hoy ha dado por llamarse objeto sexual dentro de las premisas de la psicología social.

Esta fue la era de los grandes *couturiers* parisienses, Schiaparelli, Christian Dior, Balenciaga, todos hombres, por cierto, con la especial excepción de Coco Chanel, quienes vinieron a crear el famoso *new look* con el que la mujer debió abandonar las vestimentas militarizadas de los años de la Segunda Guerra Mundial, caracterizadas por el traje sastre, el uso de hombreras para anchar la silueta y hacerla varonil, la cartera comando y los burdos zapatos de plataforma y tacones anchos.

La década de los cincuenta, va a poner en boga un nuevo aditamento de la moda que será la bikini, prenda de la cual María Elena Molinet nos dirá:

[...] cuya parte inferior resultaba muy breve, dejando fuera parte del vientre y las caderas; el ajustador era también bastante pequeño, para aquel tiempo. A esta trusa se le llamó bikini y representó un acto de terrorismo, pues bikini fue el atolón donde se hicieron los primeros experimentos de la atómica explosión. El escándalo estalló también como una bomba pero sólo provocó indignación en los pacatos y sonrisas en los demás, no dejando secuelas de muerte como el genocidio de Hiroshima y Nagasaki.

Luego ocurrió otro gran acontecimiento, del cual Molinet nos dará noticia en su libro de esta forma:

Desde el comienzo de la década del '60, las faldas empezaron a subir peligrosamente, llegando a un punto nunca alcanzado, cuando una desconocida costurera del barrio de Chelsea, en Londres, Mary Quand, empezó a vender a las jóvenes unos vestiditos cada vez más cortos, extendiéndose esta moda por todo el mundo, con el azoramiento de las gentes que funcionaban mentalmente igual que cuarenta años antes, en los '20, que gritaron y se llevaron las manos a la cabeza espantadas porque las mujeres llegaran a ser tan descocadas. Pero «al que no quiere caldo, la taza llena», al final de los '60, la minifalda se convirtió en mini-mini o microfalda y apenas tapó glúteos y pubis demostrando en la calle que las mujeres «tenían muslos además de piernas». Y aún más, la misma Mary Quand inventó el *hot-pan*, una especie del ya visto short deportivo, pero muy cortico y que no era más una prenda deportiva, sino que se utilizó para fiestas y para salir a la calle.

Ésta fue la época en que una distinguida joven de la más alta nobleza británica fue retratada en la calle en un momento en que soplab fuertemente el viento londinense, foto que pareció revelar la falta de una prenda interior necesaria que protegiera las intimidades femeninas. Desde luego, la publicación de esa foto, tomada por algún afiebrado *paparazzi*, fue prohibida en todo el United Kingdom británico.

La década de los sesenta, nos va a regalar otra insólita prenda de vestir que se convertirá en uniforme social de la llamada década asombrosa, que fue el pantalón estrecho de los *cowboys* norteamericanos, confeccionado de mezclilla azul, llamado *jeans* en los Estados Unidos, *vaquero*, en España y *pitusa*, en Cuba. Esta prenda de vestir, con su perfilamiento de la silueta, tanto masculina como femenina, será el padre-madre de la moda unisex, cuyo lema fue el de mostrar bien silueteadas las formas redondas de la cadera femenina y el redondeado estuche genital del hombre, haciendo recordar la afición masculina por la bragueta renacentista. Lanzada dicha moda por el mercado estadounidense invadirá prontamente el mundo de la mitad del siglo xx, en un derroche combinado de estilo práctico, emanado de las formas de vestir populares, junto a una estética de fantasía, que involucrará tanto a niños como a mayores, independiente, como se ha dicho ya, de sexo y, desde luego, de clase social, siendo quizás ésta su característica más curiosa en la historia de la moda universal. Desde las más empiringotadas damas de la alta burguesía hasta las simples jóvenes de barrio, incluyendo varones, por supuesto, no dejarán de tener en su ropero y de usar esa prenda indiscriminadamente en cualquier ocasión. Nadie se privará de tener un Levi's, Lee o Lois, marcas industriales que plantaron su nombre en las posaderas de la prenda, usando con gran buen humor los traseros de sus clientes como medio publicitario, al compás de un nuevo ritmo de caminar, peligrosamente

atractivo desde el punto de vista sexual y que pudo ser visto con asiduidad por calles y avenidas urbanas de las grandes y pequeñas ciudades del mundo de la segunda mitad el siglo y aun del nuevo milenio.

Desde un principio, primó en la mujer la idea de emular con el hombre: fumó, cruzó atrevidamente las piernas, usó pantalones y se esmeró en ser campeona deportiva, lo que comenzó con el aristocrático tennis para terminar, inclusive, con la lucha libre. Y también incursionó en las áreas profesionales, mostrando a la civilización occidental prominentes personalidades femeninas en el mundo científico y tecnológico, como pueden ser madame Kourí y Valentina Tereshkova. En la política, por otra parte, los nombres de Indira Gandhi, Corazón Aquino, Margaret Thatcher y Eva Perón han sido bien famosos, entre otras muchas.

El divorcio y la familia

La legislación sobre la separación matrimonial, conocida por divorcio, ya existía desde la Antigua Roma. El Cristianismo, sin embargo, estableció las normas de la indisolubilidad de ese vínculo, que estuvo respaldado por su carácter sacramental. La unión marital, pues, fue un yugo que por siglos mantuvo a la mujer bajo la total sujeción masculina familiar. No fue hasta fines del siglo XIX que gran parte de los países europeos (Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Dinamarca, Rusia, Suecia, Polonia) admitirán la separación de los cónyuges por la ley del divorcio. Hubo, sin embargo, algunos, como Italia, España y determinados países latinoamericanos, que bien se declararon retardados en admitir di-

cha legislación tan progresista. La libertad que implicó esta ley y que permitió a la mujer salir del asfixiante yugo familiar, además de la posibilidad de poder volver a contraer matrimonio, no fue en principio fácilmente reconocida. En Cuba, por ejemplo, en la década de los treinta, una mujer divorciada no era bien vista, lo cual no significó que algunas cubanas dejaran de afrontar tal situación. Junto a esto, se planteó el hecho de que ellas debían en su mayoría lanzarse a trabajar en la calle para ganar su sustento por sí mismas. Por supuesto, que la mujer no tenía sueldo comparable a los de los hombres, ni tampoco posibilidades de llegar a puestos de alta importancia. Su acceso a los estudios universitarios, aunque era admitido, ciertos esquemas socio-culturales no permitían a la mujer estudiar determinadas profesiones que se estimaban de fuerte índole masculina, tales como la medicina, la abogacía, o la arquitectura.

La Revolución rusa y la instauración del sistema socialista, contrariamente a la Revolución francesa del siglo XVIII, se preocupó por crear un estatus social, económico y político en relación con la mujer a la altura de la nueva sociedad que pretendió fundar. La incorporación de la mujer a la producción de bienes materiales, así como el acceso a las altas profesiones técnicas y científicas fue respaldada por reglamentaciones legales. El matrimonio oficial no fue considerado como la única posibilidad de vínculo familiar ante el Estado. Una pareja capaz de establecer un núcleo familiar no fue necesariamente aquella unida por un trámite legal. De esta manera, el llamado amor libre quedó moralmente admitido. Con ello, también se fue imponiendo la idea de la libertad sexual en la mujer, paralela a la del hombre, y las uniones voluntarias por mayor o menor tiempo, según la pareja estimare conveniente. El Estado se hizo cargo de la educación de los hijos de la nueva familia desde las más

primarias edades. Esta situación de amplitud en cuanto a la sexualidad y su libre protección estatal tuvo, sin embargo, la propensión, como es natural, de resquebrajar la institución de la familia. Los padres, bien ocupados en sus obligaciones laborales, debieron dejar a sus hijos que crecieran bajo la tutela educativa estatal. Los maestros, por calificados que fueran en sus tareas, no parecen haber tenido el control psicológico suficiente con respecto a las nuevas generaciones. Éste ha sido un punto bien debatido en cuanto a la apertura de la libertad sexual de la mujer bajo el sistema socialista, aun entre sus mismos instauradores.

Entre los antiguos pueblos del Perú existió una costumbre bastante institucionalizada, llamada *servinacui*, dentro de la cual una pareja se unía, a la manera de prueba pre matrimonial, conviviendo sexualmente bajo el mismo techo de sus familias por uno o dos años. Si esa situación resultaba efectiva, se llevaban a cabo los ritos ceremoniales al respecto. Si no, se conveniaba la separación. Si hubiere habido hijos, los varones quedaban en la familia paterna y las hembras, en la materna.

El sexo como deporte espectacular

Diversas circunstancias y acontecimientos del siglo xx van a ser el caldo de cultivo dentro del cual se efectúa lo que, ineludiblemente, será la revolución sexual del mundo moderno. Como es natural, casi dos milenios de represión sexual en cuanto a una tendencia instintiva tan fuerte en la naturaleza humana, no podría menos que producir la aparición de fuertes, extraños e insólitos resultados, hasta inclusive el peli-

gro de la pérdida del equilibrio ecológico del hombre con su sexualidad. Esto ha llegado al extremo de que importantes publicaciones del mundo, como la revista estadounidense *Times*, que en 1968 permitió que apareciera en sus páginas un reportaje con el título de «El sexo como deporte espectacular», donde se declara: «...estamos asistiendo a un tipo de caída de los valores judaicos-cristianos adquiridos por siglos».

Otra fuerte eventualidad que va a determinar la explosión sexual en la civilización occidental será el hecho de que, a mitad del siglo xx, la población mundial de la juventud formará el cincuenta por ciento de la población global del planeta. Según datos de la UNESCO, las estadísticas de dicho problema aparecen de esta forma:

La repartición por regiones geográficas muestra que 900 millones de ellos viven en los países en vías de desarrollo, contra 200 millones en Europa y en América del Norte. África cuenta con 103 millones de jóvenes, la América Latina con 89 millones, Asia con 700 millones, Europa con 135 millones y la América del Norte con 65 millones. ¡En una palabra, nunca ha sido tan joven la humanidad! (*Correo de la UNESCO*, julio-agosto de 1965.)

Para nadie es un secreto que la edad juvenil está fuertemente cargada de energía sexual y que éste es el momento en que la mayor propulsión de la misma es expelida en su entorno. Las nuevas generaciones, nacidas al calor de la ruptura que se ha producido desde los primeros decenios del siglo, se han liberado de tabúes seculares y han proporcionado puntos de vista bien diferenciados, hasta el momento, en lo que respecta al sexo. El amor desvinculado del convencionalismo legal del matrimonio como imposición social fue una de sus consecuencias. El derecho de la mujer a

tener la misma posibilidad que el hombre de ejercer su sexualidad fue otra. Jóvenes de ambos sexos, desde muy temprana edad, a partir de los años sesenta, se independizaron de la égida familiar: vivieron libremente sus vidas, tanto en el aspecto económico, como en cuanto a escoger compañeros con quien compartir su vida sexual.

Esto dio por resultado, como es natural, una fuerte explosión de la natalidad, la cual fue afrontada libremente por madres solteras que decidieron no sacrificar la maternidad por la unión conyugal. Por otro lado, las ciencias médicas proveyeron de procedimientos científicos para controlar la natalidad, tales como los preservativos masculinos, los diafragmas femeninos, las píldoras anticonceptivas y demás, que protegieran contra posibles embarazos. Inclusive, dentro del ámbito matrimonial, ha surgido la llamada tendencia a la planificación familiar. Según ésta, por razones de las complejidades de la vida moderna urbana, se ha sabido controlar la libre proliferación de la natalidad, siendo rara la pareja que decida tener más de dos hijos en el mundo actual, bien diferente al gusto por las grandes familias de diez o doce vástagos que imperaba en el siglo pasado. La vivienda ha sido otra causal de control de natalidad, así como el estatus económico general de la vida que tanto se ha elevado mundialmente. Sin embargo, nada de ello ha sido suficiente para impedir el aumento de la población, sobre todo en los países del llamado Tercer Mundo. El procedimiento del aborto se ha constituido en una fuerte acción, no siempre respaldada por los preceptos legales según los distintos países. La Iglesia, desde luego, basada en sus dogmáticos esquemas, jamás ha cedido un ápice en la convicción de que la sexualidad debe poseer como único fin la procreación y de que el recurso abortivo no pasa de ser un crimen contra la naturaleza.

La ciencia, por su parte, ha proveído de una serie de adminículos para evitar la concepción, tales como el co-

nocido condón de goma (hasta con sabores y colores), al que recientemente se ha sumado el femenino confeccionado de poliuretano, material más fino y que permite una mayor sensibilidad placentera. Además, se ha creado el DIU, dispositivo intrauterino que se aloja en el útero para impedir la implantación del óvulo y el diafragma, barrera que impide el paso del espermatozoide. Las píldoras anticonceptivas se ingieren por vía oral, y las hormonas inyectables también se han impuesto. El último adelanto en esta área lo constituye un implante hormonal subcutáneo de seis bastoncillos flexibles bajo la piel del brazo de la mujer con efecto por cinco años y una seguridad contra el embarazo de un noventa y nueve por ciento.

Ocio, rock y erotismo

La irrupción de la juventud en la cultura de mediados del siglo XX con su fuerte carga de sexualidad, se sintió en el área del ocio y las diversiones. Aquí va a imperar una fuerte agresividad contra el *establishment* existente. Entiéndase por *establishment* todo el amplio panorama de una civilización refinadamente represiva, no solamente en cuanto al sexo, sino también a otras muchas áreas de la vida pública y privada del individuo. Éstas incluirán desde el lenguaje cotidiano hasta los sistemas educacionales, abarcando los conceptos morales inherentes a ellos y a la libertad de expresión. El *jazz*, esa sonoridad surgida del interculturalismo entre el negro africano y el blanco occidental, se convierte en uno de los baluartes más agresivos y desacralizantes de la cultura convencional occidental. Surgido de los barrios más marginados de Nueva

Orléans, logra subir a los espacios más cosmopolitas y penetrar hasta el último resquicio de la información, a través de los medios masivos de comunicación como la radio, la televisión, el cine y el disco. La galaxia de cantantes de la década de los cincuenta va a tener su máxima figura en Elvis Presley, creador de un nuevo género jazzístico, el *rock*. Elvis, apodado Pelvis por sus violentos movimientos de cadera, mientras entonaba sus canciones, puede ser considerado uno de los símbolos culturales del siglo xx. También será el momento en que se establece el concepto de símbolo



John Lennon y Yoko Ono se muestran desnudos en la portada y contraportada de uno de sus discos (foto de la portada).

sexual, personificado en artistas que tocan la fibra erótica de las multitudes juveniles. Esta nueva modalidad, la del *rock*, colocará en la década de los sesenta en lo más alto del Olimpo cultural juvenil a Los Beatles, uno de cuyos integrantes, John Lennon, va a convertirse, por razón de los textos de sus canciones e ideas conceptuales acerca del mundo que le tocó vivir, en apóstol del sentir de la juventud de esos días. Su foto, desnudo junto a Yoko, su esposa, de frente en la portada, y de espaldas en la contraportada de uno de sus discos, constituye un manifiesto de autoafirmación dentro de la connotación erótica de la segunda mitad del siglo xx. Sépase que estos desnudos de Lennon y Yoko estaban bien alejados de una provocación sexual, ya que sus cuerpos no ofrecían el atractivo visual que se esperaba de ese tipo de recepción sensorial.

Desnudo y encuerez

El desnudo pasó a constituir dentro de la revolución sexual, un arma que no siempre dejará de tener dos filos: el de afirmación y rebeldía contra la convención de lo establecido dentro de la moral burguesa y el de la función erótica que puede convertirse en pornografía. Resulta claro que el desnudo posee un específico valor erótico dentro de una civilización que por siglos ha utilizado la vestimenta no sólo como abrigo y protección del cuerpo, sino como disfraz de hipocresía y de pudibundez. El cuerpo desnudo para las culturas primitivas no posee connotación erótica. Entre los aborígenes antillanos, no existía ese sentimiento de tener al aire *sus propias vergüenzas*, concepto que el conquistador

escandalizado le adjudicó a esa imagen. Fue éste, en realidad, el que sintió pudor al ver los genitales del indígena y pensó en la posibilidad de que los suyos estuvieran al descubierto, con lo cual, quizás, se revelarían íntimos secretos físicos que no todo el mundo estaría dispuesto a mostrar. Entre los pueblos de las Altas Tierras de Nueva Guinea, los indígenas, que viven desnudos, acostumbran a asirse mutuamente los testículos en gesto de confianza, hospitalidad y paz entre los miembros de las distintas tribus de la región.

La hoja de parra, impuesta en la leyenda bíblica a Adán y Eva para cubrir la desnudez de sus cuerpos, es una de las primeras muestras literarias en cuanto al pudor relacionado con la exhibición de los órganos genitales. El uso del desnudo fue bien utilizado en la Antigüedad y revelado en pinturas y esculturas, tanto del Antiguo Egipto, como de la Grecia clásica. El cuerpo desnudo resulta ser uno de los más bellos exponentes del humanismo antiguo, el cual siempre estuvo cargado de la sexualidad como elemento importante. El Cristianismo, con su aborrecimiento hacia el sexo, lo ha ocultado por siglos. Durante el Medioevo, estando controlada la pintura y la escultura por la Iglesia, se mostraron excepcionalmente figuras desnudas. Sólo los condenados de los tímpanos con sus juicios finales, alguna que otra Eva rampante, como la del antiguo portal de la iglesia de Saint-Lazare (Francia) y las obscenas figuras en las iglesias románicas de la cordillera cantábrica. En los capiteles de las columnatas adosadas a las paredes exteriores y en sus aleros, la iglesia de Cervatos de la Cueva, en Santander (España), exhibe un amplio catálogo de escenas de fuerte erotismo en figuras desnudas entregadas al pecado de la lujuria.

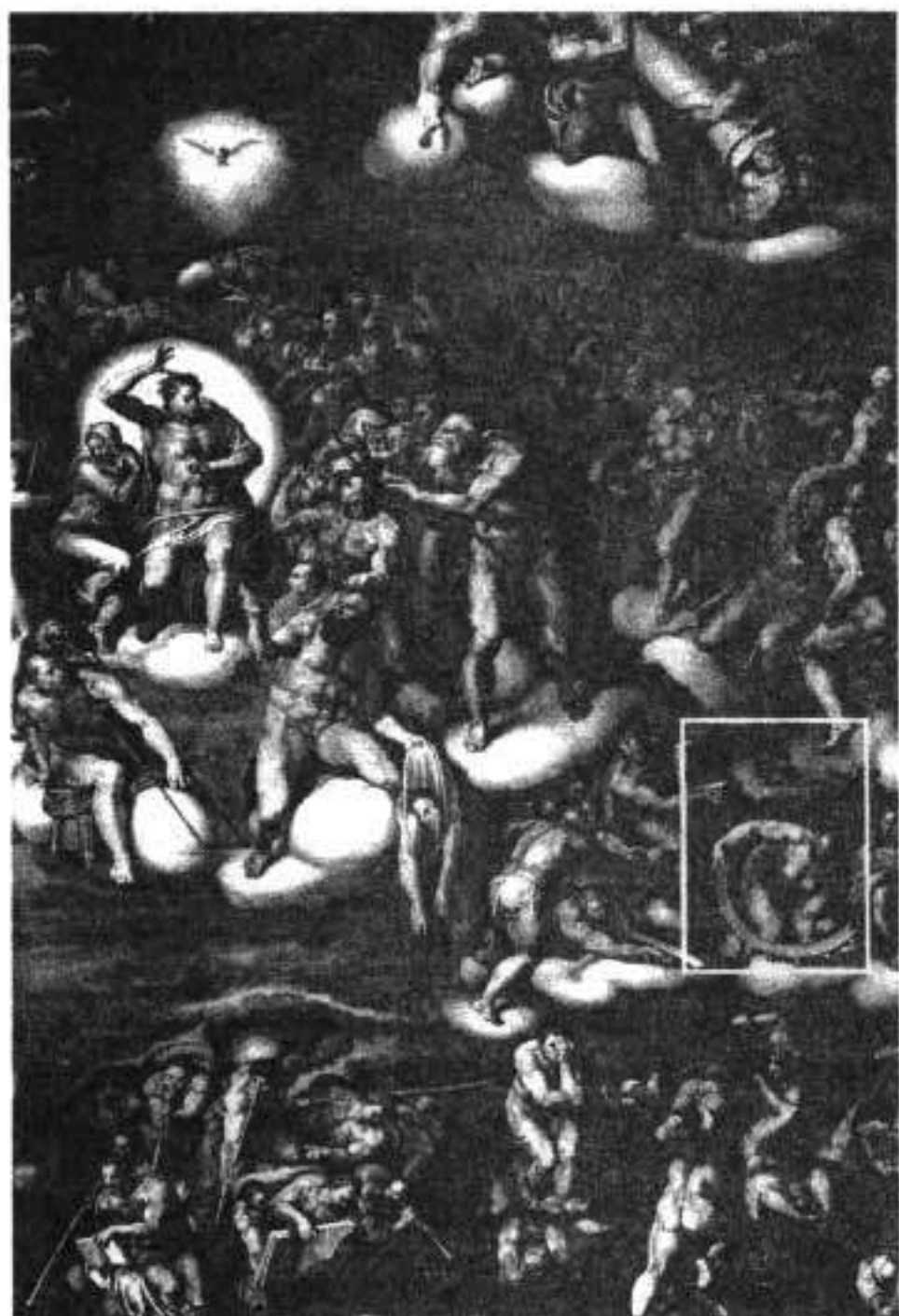
También en Francia, en las capillas del Pirineo y en las grandes catedrales (París, Chartres, Rouan, Reims), pasando

por las iglesias y monasterios provinciales, aparecen escenas licenciosas en los capiteles de sus columnatas o en los frisos y estatuas de sus dinteles y portones. Figuras onanísticas, hermafroditas, actos de autofelación, saltimbanquis desnudos que ofrecen su cara por debajo de sus piernas, de espaldas o con ellas abiertas mostrando el miembro erecto, imágenes zoomórficas con grandes genitales, gárgolas de senos abultados, escenas lúbricas entre monjes y monjas, coito entre animales, entre humanos y entre unos y otros pueden ser observadas por el ojo del visitante.

Aparecen también figuras femeninas que abren sus piernas para permitir la salida del agua por su agujero vaginal y Adán y Eva desnudos, con la manzana en sus manos, mientras salen canales de agua por sus genitales. En la catedral de Freyburg, uno de esos canales de desagüe posee un ingenioso tubo adicional que sale de la cavidad anal de una figura femenina desnuda en provocativa posición licenciosa que permite alejar el agua de las paredes del templo.

En *Les licenses de l'art chrétien*, el doctor G. J. Witkowski dice al respecto:

Estas esculturas, aparentemente obscenas eran perfectamente morales en su finalidad; ellas comportaban una preciosa enseñanza y recordaban la sanción penal a que se exponían los religiosos que caían en el pecado de la carne. Las imágenes, en sus figuras emblemáticas recordaban y glorificaban la virtud estigmatizando al vicio. Era una lección a la manera de los espartanos quienes para inspirar el disgusto hacia la ebriedad en sus hijos, emborrachaban ante ellos a los flotas. La iglesia siempre ha sido de la opinión de Pascal: «Se corrige a veces mejor por la visión del mal que por el ejemplo del bien.»



Escenas del *Juicio final*, en la Capilla Sixtina del Vaticano, después de su reciente restauración.

La segunda imagen es un detalle que muestra desnudo al cardenal Biagio de Cesena (página siguiente).



Si para el Renacimiento el desnudo fue caro, eso no impidió que Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina del Vaticano, no pudiera darse el gusto impunemente de presentar más de cuarenta santos desnudos, entre las cuatrocientas figuras de su *Juicio final*. Desde sus inicios, el gran fresco no se consideró digno de una capilla papal, sino más bien de baños

públicos o de burdeles. El cardenal Biagio de Cesena, maestro de ceremonia del papa, fue uno de los más encarnizados enemigos, cosa que irritó tanto a Miguel Ángel que lo hizo aparecer desnudo con orejas de asno y el cuerpo envuelto en una serpiente, cuya boca le muerde los genitales, dentro del ámbito infernal, por supuesto. Cuando el cardenal pidió al papa Pablo III que su efigie fuera borrada, éste, para salir del apuro, le dijo que su autoridad no se extendía a los infiernos, así que el asunto no era de su jurisdicción. El Concilio de Trento mandó, en 1565, a Daniele di Volterra que cubriera con taparrabos y vestimentas a las santas figuras, entre ellas a santa Catalina con sus senos colgantes, mientras trata de cargar la rueda de su suplicio, y a san Blas que la miraba fijamente. A él se le cambió la dirección de la cabeza, mientras que ella fue enfundada en una túnica verde. Hoy, después de la última restauración del Vaticano, treinta y ocho figuras han vuelto a aparecer como las pintó Miguel Ángel en su original desnudez, incluyendo a la citada santa y a san Blas, que le fue de nuevo cambiada la dirección de su cabeza y con ella la inquisitiva y tierna mirada. De entonces a acá, las artes plásticas se han extendido ampliamente fuera de las áreas eclesiásticas, y el desnudo en un cuadro o en una escultura ha llegado a constituirse prácticamente en una convención dentro de la cultura occidental, sin que por ello perturbe la represiva acción de una civilización acomodada a una doble moral. Cuando la revolución sexual se instaura en nuestro siglo, uno de los clamores fue el de la admisión del desnudo también en otras artes como el cine, el teatro y la danza, además de su permisibilidad en ocasionales situaciones de la vida pública urbana, ejemplo de lo cual es la celebración del primer día de primavera en Suecia, en que las familias salen por parques y avenidas desnudas, en saludo al equinoccio primaveral. Esto me ha sido contado por el

pintor amigo Manuel López Oliva, quien tuvo la oportunidad de vivirlo en una ocasión.

A partir de los años treinta se pusieron en boga, en gran parte de la Europa Occidental, los campos nudistas, a los cuales acudían en los meses veraniegos, familias completas, desde los más ancianos hasta los más niños, sometidos todos a un régimen alimenticio vegetariano y al contacto directo de sus cuerpos desnudos con el aire y el sol. A principios de la década de los sesenta, grupos amantes de los llamados *happenings*, gustaron de reunirse ocasionalmente en cualquier lugar céntrico de la ciudad, y allí, ante

Oh! Calcutta!



Reparto que representó el musical *¡Oh, Calcuta!*, en Oslo, Noruega, según foto del programa.

los ojos de un público callejero, se desnudaban. Tal fue, por ejemplo, aquél efectuado en Times Square, lugar en que coinciden las calles 42 y Broadway, en el mismo corazón del Manhattan newyorkino.

El desnudo prácticamente había desaparecido de la pintura occidental con motivo de la irrupción del abstraccionismo en las vanguardias plásticas. El cuerpo humano en su imagen iconográfica se había diluido en juegos formales de planos, líneas y colores que impusieron el cubismo y los demás *ismos* destructores de la figuratividad. Otras artes, sin embargo, se dieron a la tarea de rescatar el desnudo en imágenes más directas, como las de la fotografía y el arte cinematográfico, tan afín con la primera. Por supuesto, mucho ha llovido desde el inocente desnudo femenino de Heidy Lamar, en el filme *Éxtasis* de los años veinte, a la escena de *La ley del deseo*, de Almodóvar, en que se presentan acciones de amor homosexual entre cuerpos desnudos masculinos. Hoy por hoy, puede decirse que el desnudo en el cine ha franqueado las fronteras de la pornografía, sin que provoque más allá de alguna divertida risibilidad. La temática sexual ha implicado, desde siempre, excepto en recalcitrantes de retrógrada pudibundez, reacciones alegres que han transitado desde la sonrisa maliciosa hasta la explosiva carcajada. Cuando a Sally Winter, la distinguida actriz norteamericana, se le preguntó sobre el tema dijo: «...creo que es de mal gusto, vergonzante y dañino de todo lo americano. Pero si yo tuviera veintidós años y un gran cuerpo que mostrar, pensaría que sería artístico, de exquisito gusto, patriótico y, además, una progresista y aun religiosa experiencia». (Revista *Times*, julio de 1969.)

El desnudo irrumpe en la escena teatral de los años sesenta, cuando el Living Theater newyorkino, hace aparecer a todos sus actores por primera vez desnudos en la

historia del teatro estadounidense, y también en el mundial. Además, en su acto de violación del *establishment* cultural, invita al público a que se despoje de sus vestidos y participe activamente en su rebeldía.

La invasión nudista va a llegar a su climax newyorkino en la década de los sesenta con el estreno en Broadway de la comedia musical *¡Oh, Calcuta!*, presentada en su promoción como *elegancia erótica*. A través de toda la obra, los artistas aparecen enteramente desnudos. Varios *sketches* tienen que ver con masturbaciones masivas, raptos y violaciones, trueques maritales y otras formas de relaciones sexuales. La crítica de la época dijo que la obra, no solamente hizo alarde de una total falta de elegancia, sino que se convirtió en un punto de real antierotismo, pues la constante piel desnuda en la escena llevó al aburrimiento. Sin embargo, se mantuvo en cartelera por largo tiempo al precio de veinticinco dólares las butacas de las dos primeras filas, valor jamás alcanzado en aquellos tiempos de los años sesenta por un asiento en el teatro, ya fuera en Broadway o fuera del mismo.

Decididamente, en nuestros días, es necesario ya considerar el desnudo como un hecho cultural, cualquiera que sean sus implicaciones, tanto las positivas de liberación sexual y uso estético de la imagen corporal ajena a vestiduras, como las negativas, en cuanto al desarrollo de la fantasía pornográfica.

¡Viva la pequeña diferencia!

La recuperación del cuerpo desnudo como imagen icónica en las últimas décadas del siglo xx, no fue un proceso fácil, sobre

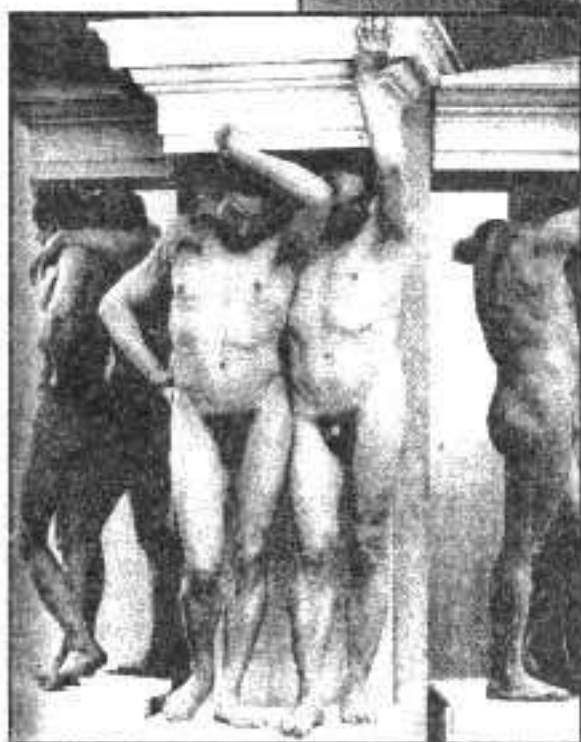
todo en el caso del desnudo masculino, el cual venía de pasar por restrictivas normas, rezagos de la moral novocentista, que lo consideró como antiestético, al extremo de instaurar el gusto de presentar mujeres desnudas junto a hombres vestidos en las artes plásticas, como efecto de la repulsa contra el cuerpo del varón. Vino a ser el arte fotográfico el encargado de imponer esa perdida imagen que en la Antigüedad, primero, y, después, en el Renacimiento se había constituido en el eje visual de la exposición del cuerpo sin vestimenta.

David Leddick, en un hermoso libro de imágenes fotográficas, *The Male Nude*, muestra el recorrido de esas imágenes desde fines del siglo XIX al XX, narrando a través de su texto dicho trayecto y cómo fue prácticamente imposible ver a un hombre desnudo en aquellos primeros años del siglo, a menos que ostentara una hoja de parra que ocultara sus genitales, y para eso sólo y estrictamente dentro de espectáculos teatrales como el del vodevil.

No fue hasta la aparición del arte fotográfico que esas imágenes se mostraron, aunque dentro de los límites de una atmósfera mitológica clásica o haciendo referencia a actividades atléticas y acciones físicas de tipo deportivo. Desde sus inicios, la fotografía descubrió el interés de hacer posar a modelos para vender sus imágenes a los artistas de las artes plásticas. Los modelos en vivo representaban un costo elevado para los pintores que así pudieran realizar estudios del cuerpo humano con menos esfuerzo. Acababa de nacer la fotografía del cuerpo desnudo. En cuclillas, con el cuerpo inclinado hacia delante, levantando pesas, luchando con otro hombre desnudo. Todas estas poses eran utilizadas como fuentes de inspiración por numerosos artistas, sobre todo en París.

La Primera Guerra Mundial, entre sus muchas consecuencias, estableció una manera de vestir mucho más informal y práctica, abandonando las ropas demasiado apretadas. El cine

presentó cada vez con más frecuencia cuerpos desnudos, usando algunas de sus grandes estrellas masculinas, como fueron Rodolfo Valentino y Ramón Novarro. El Naturismo se puso de moda y los campos nudistas proliferaron en los días veraniegos, rompiendo los tabúes, pues se constituían familias que convivían semanas completas en total desnudez unos delante de los otros, desde los abuelos hasta los niños más pequeños. Comenzaron también a aparecer publicaciones naturistas llenas de desnudos masculinos con loas a la musculatura lograda por la educación física, que se convirtió en un culto entre los jóvenes de los locos años de la década de los veinte. Las multitudes acudían a las playas en los meses veraniegos, tanto en Europa como en la América. Aunque al principio el traje de baño cubrió bastante la superficie corporal, rápidamente se fue sintetizando, y ya por la época de la Segunda Guerra Mundial, hombres y mujeres cubrían mínimamente sus genitales con las ya nombradas bikinis. El tostado de la piel se puso de moda, y lo que con anterioridad fue un signo de plebeyez, se convirtió en un fuerte atractivo sexy, tanto para las mujeres como para los hombres. La moda de ropas interiores masculinas se hizo cada vez más intrínsecamente pequeña a raíz del surgimiento de los calzoncillos llamados *atléticos*, los cuales dejaron de ser solamente un aditamento útil, por su uso higiénico, para convertirse en conformadores de las formas genitales masculinas, volviendo a adquirir aquellos gustos de la bragueta masculina del siglo xvii que tanto escandalizó a la moda europea y en igual magnitud gustó al sexo masculino a manera de alarde de una voluminosidad genital que no siempre se correspondía con la realidad. María Elena Molinet, en su inteligente exploración de la vestimenta a través de las épocas, penetrando en los aspectos psicológicos y sociológicos del traje, nos dice con humor irónico:



El desnudo masculino fotográfico:

Thomas, de ROBERT MAPPLETHORPE, 1986 (superior izquierda).

Revelation, de STANLEY STELLAR, 1990 (superior derecha).

Der Akt, de MAX KÖCH/OTTO RIETH, 1985 (inferior).

...tenía una pieza en el centro del frente, muy funcional, también denominada bragueta, como se llamaba la pieza de la calza medieval que tenía las mismas funciones y que se sujetaba con presillas, cordoncitos, nudos corredizos, berretes, etc. Medía unos diez o doce centímetros de largo, como *del tamaño de un melón pequeño* —dice un historiador— y era en realidad como una fundita que según Montaigne *dibujaba perfectamente lo que en lenguaje claro, ninguna persona educada se hubiese atrevido a nombrar*. Su influencia o su necesidad fue tanta que las armaduras de la época las tenían también, pero de metal y no desapareció en todo el siglo XVI, convirtiéndose en una de las partes de la vestimenta de ese momento, muy llamativa y representativa, pues los hombres trataban de ponerla bien de manifiesto, llegando a tener, aparte de su uso primario, otro más, como fue el de servir de bolsillo, donde se llevaba el pañuelo, el dinero y otras pertenencias. Un aditamento a la vestimenta masculina tan conspicuo suscitó durísimas críticas, entre éstas las relacionadas con su tamaño, ya que en verdad algunas veces se las rellenaban para que lucieran más grandes y llamativas y otras en cuanto a su *carácter repulsivo*. Rabelais la describe con regodeo inigualable en su *Gargantúa y Pantagruel*. La Iglesia lanzó anatemas terribles contra su tamaño y decoración y casi todos los historiadores de la vestimenta la han criticado. Varias deliciosas anécdotas se cuentan alrededor de tan discutida pieza, una de ellas es la que sucedió a un tal Juan de Schwerrichen, el cual se quejó en cierta oportunidad de haber guardado cincuenta monedas de oro en la bragueta, que le fueron robadas...

La fotografía del hombre desnudo se independizará de los temas mitológicos y atléticos, cuando la imagen del varón se

sentirá capaz de ejercer un tipo de seducción, a la manera que lo habían hecho las mujeres en las últimas décadas, aún vestidas, usando *sweaters* de tallas más pequeñas que las suyas que comprimirían las formas de sus senos para hacerlos lucir más exageradamente grandes.

Las fotos que exhibían cuerpos masculinos desnudos se impusieron y las galerías de arte, aunque trabajosamente al principio, llegaron a abrir sus puertas a exposiciones fotográficas de artistas de este arte que habían adquirido una notoriedad, aunque aún la censura imponía una buena dosis de restricción con respecto a la crítica. Un Tribunal Supremo estadounidense debió declarar que el cuerpo desnudo no era obsceno para que se ampliaran las posibilidades de que las galerías de arte se abrieran del todo al desnudo masculino. Sin embargo, pasados diez años de esa declaración del Tribunal Supremo, se abrió en Nueva York una exposición de ese tipo que fue atendida ampliamente por la prensa y sus críticos, quienes pensaron de esta manera con respecto a aquélla: «...pertenece al terreno de los homosexuales y de las mujeres feministas que desean ver a los hombres rebajados y vulnerables». Hubo un crítico que expresó: «¿No consideran Uds. que los órganos genitales del hombre tienen un aspecto un tanto... decorativos, como si se tratase de un accesorio puesto allí a guisa de detalle divertido?» Decididamente, el problema estaba en el pene y en que los hombres no parecían dispuestos a que sus genitales fueran materia de risibilidad, comenta Leddick en su citado libro *The Male Nude*.

La aparición de Robert Mapplethorpe en la escena de la fotografía de arte sería de un impacto tal que echará abajo las altas murallas de Jericó levantadas por la intolerancia victoriana. En apenas una década fue reconocido como una fuerza artística superior, gracias a su sabia utilización del

sex-appeal y a su agudo sentido para las relaciones públicas. Esto contando, por supuesto, con la apertura mental que la revolución sexual había producido en las últimas décadas del siglo xx. Pronto, muchos fotógrafos de los Estados Unidos y de Europa le siguieron los pasos, instaurando el desnudo masculino dentro de su antigua fuerza de convicción estética al hacer reconocer que el cuerpo masculino poseía la misma capacidad de convertirse en objeto sexual tan seductor como el de la mujer, todo respaldado por la fama de las esculturas griegas, romanas y renacentistas.

David Leddick cierra su texto de esta forma:

La transformación del cuerpo masculino en objeto sexual nos vincula estrechamente al Renacimiento y si nos remontamos todavía más a la Antigüedad. Resulta difícil decir si traduce la igualdad entre hombre y mujer, si anuncia una nueva forma de sexualidad polimórfica para el siglo que viene o si constituye una simple y refrescante bocanada de paganismo antes de una nueva oleada de represión y conservadurismo. Una cosa está clara: la liberación del cuerpo masculino sólo se ha conseguido gracias a la fotografía. Los hombres y mujeres que lo han hecho posible con su talento, su perseverancia, su valor, y a veces, sus fantasmas, merecen todo nuestro respeto. El tiempo seguirá, seguramente dándoles la razón.

Por la década de los cincuenta del siglo xx, la publicación *Selecciones del Readers's Digest* en lengua española velozmente difundió una cultura *ad hoc* de entretenimiento cultural con fondo político de penetración en Latinoamérica para ejercer una influencia ideológica claramente estadounidense, que más tarde retornó con otra publicación, el *Spunik* soviético para difundir, por su parte, los postulados culturales de este país. Recuerdo una historieta de *Selecciones*,

que sin ofender la moral pequeño burguesa latinoamericana de la clase a la cual iba dirigida, se tomó una libertad chistosa, basada en hechos más o menos sucedidos, pero que medían la temperatura erótica de la época. Así las cosas, apareció un relato sobre un *meeting* de feministas, efectuado en Inglaterra en que las mujeres concurrentes se dieron a la tarea de desprestigiar la posición masculina social imperante de hegemonía, en detrimento de la mujer en las primeras décadas del siglo. Una oradora, después de un violento discurso en pro del feminismo, terminó su locución con el siguiente estamento: «Tengamos en cuenta que lo que nos separa del hombre es sólo una pequeña diferencia.» Atronadores aplausos siguieron al lapidario final del discurso. Únicamente hubo una discordante voz juvenil que con acento bien norteamericano gritó agudamente: «¡Qué viva la pequeña diferencia!» Esa corta pero definitiva frase conmovió a la muchedumbre femenil y dejó en el aire una atmósfera de inquietud que socavó la unanimidad de conceptos emanados del *meeting*, según el relato.

La historia del desnudo masculino en el siglo xx ha parecido corroborar la opinión de la gentil voz disidente del relato narrado, por lo menos en cuanto a su estética.

Hedonismo narcisista

Todas estas situaciones con respecto al desnudo en los últimos tiempos están indisolublemente ligadas al resurgimiento de un culto al cuerpo bien perdido desde la Antigüedad y que está relacionado con un sentimiento hedonista que ha

invadido al hombre y, por supuesto, a su cultura como signo bien anticipatorio de una nueva manera de ver el mundo, proyectado hacia el nuevo milenio que estrena el año 2 000.

La liberación del cuerpo de la nueva era produce una tendencia hacia mantener una larga juventud con el consiguiente horror a la vejez que se ligará necesariamente a dietas drásticas y gimnasia inflexible. Los ejercicios, aeróbicos, de la disciplina organizada por Jane Fonda, aparecerán cada día en la pantalla del televisor como parte de los deberes diarios, especialmente de la llamada mujer moderna que trabaja, atiende la casa y a los hijos y, además, quiere mantenerse bella y joven como parte de su función de utilidad a la sociedad y a sí misma. Los gimnasios se abren por cualquier parte de los centros urbanos para que todo el mundo pueda acudir a ellos fácilmente. El resto deberá complimentarse con comidas ligeras apoyadas con vitaminas, jaleas reales, *gingsen*, tan recomendado para mantener la energía sexual, la melatonina, y ahora la *spirulina*, el alimento confeccionado a base de algas, anunciado ya desde el siglo pasado en los libros de Teosofía de madame Blavatsky como la comida del futuro. Los implantes de silicona han venido a la ayuda de las imperfecciones aumentando senos, corrigiendo narices y hasta orejas, al parecer, sin grandes riesgos para el organismo.

Si en un principio la mujer ha sido la iniciadora de esta cruzada contra las carencias físicas del ideal de belleza contemporánea y el mantenimiento de la juventud en guerra contra la vejez, el varón se ha incorporado festivamente al asunto, quizás, algo impulsado por sus compañeras, en opinión de algunos o para hacerle la competencia a ellas, según otros comenzando por el desodorante, luego con el perfume, y ahora resulta que hasta con los cosméticos, como

informa *El País* madrileño, en su recopilación del semanario dominical dedicado a los veinte años de esa publicación. Esta situación ha dado por resultado la creación de un mercado llamado unisex, el cual «los hombres pueden utilizar sin poner en entredicho su reputación».

Una consecuencia, estudiada por psicólogos y sexólogos españoles con respecto a este culto del cuerpo, ha sido que «espléndidos adultos en plenitud de facultades, simplemente, no tenían ganas. La inhibición del deseo sexual entró a formar parte del vocabulario de algunos adoradores del cuerpo» y según deja saber el psiquiatra español Francisco Pereña:

El deseo está muy degradado. No se desea al otro, sino lo que tiene el otro. Si no hay huellas en el cuerpo, si sólo es un utensilio de satisfacción personal, hay dificultades para realizar la sexualidad. En el encuentro con el otro sexo siempre hay algo traumático, y si a esta añadimos, que hay un predominio del placer autoerótico, uno puede pensar que el encuentro con el otro es algo de lo que se puede prescindir. Es la generalización social de la masturbación, y masturbarse es estar guapos, machacarse en el gimnasio... Hay una supremacía del goce masturbatorio, que no precisa del otro.

Existen vibrantes ejemplos de estrellas del cine y de la canción que ya han traspasado el medio siglo, como Catherine Deneuve, de la que se dice que debajo de su piel esconde un kilómetro de hilo de oro, Tina Turner, que todavía mueve vertiginosamente su cuerpo y las espléndidas piernas que le han hecho ganar el título de Abuela del *Rock*, Cher, operada de las nalgas, el mentón, las mejillas, los ojos, el ombligo, los labios, que se ha hecho extraer dos

costillas, y tiene verificados arreglos en los pechos, los dientes y la nariz, pero que sigue asombrando al mundo con su reconstruida juventud, sin contar, desde luego, con la ya citada Jane Fonda que con sus videos aeróbicos se convirtió en la precursora del culto al cuerpo.

Informática sexista

La amplia desinhibición con respecto al sexo de las últimas décadas, atrajo inmediatamente a los negocios publicitarios hacia el uso de imágenes que tuvieran que ver con ese sujeto de forma tan abierta que, en no pocas ocasiones, provocaron la reacción pública no por mojigatería, sino por la excesiva desfachatez con que se atacaba frecuentemente la dignidad personal de sectores de la sociedad. *El País*, publicación dominical madrileña, se hace eco de tal situación al mostrar una serie de esos anuncios publicitarios bajo el título de: «PUBLICIDAD SIN PAUSA»

Hay ocasiones en que los anuncios despiertan tanto interés que se convierten en noticias.

Once de esas imágenes muestran bien claramente el gancho promocional dirigido hacia el área de la sexualidad que despertó en algunas ocasiones comentarios ácidos sobre la superficie de las mismas vallas con escritos o manchas esparcidas con *spray* con lo que se muestra la repulsa ciudadana, especialmente la femenina, sector social que se siente menoscabado en su dignidad como mujer.

Los comentarios editoriales resultan bien significativos y necesarios para valorar la situación. Helos aquí:

1.- BENETTON. La marca basa sus campañas en imágenes provocativas. [Un sacerdote y una monja se besan románticamente en la boca.]

Publicidad sin pausa

Hay ocasiones en que los anuncios despiertan tanto interés que se convierten en noticia. Véase el caso.

1 Benetton

La firma italiana de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

2 Yacaré

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

3 Vertiver

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

4 Sobenano

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

5 El Quilote

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

6 El Polo

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

Toda tu eres un cullo.

SOMOS MUJERES SIN CULLOS EN LA

WATERHOUSE DE CHICAGO

7 Calber

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

8 Perrygo

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

9 Sunray

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

10 Lotti

La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

11 Condon

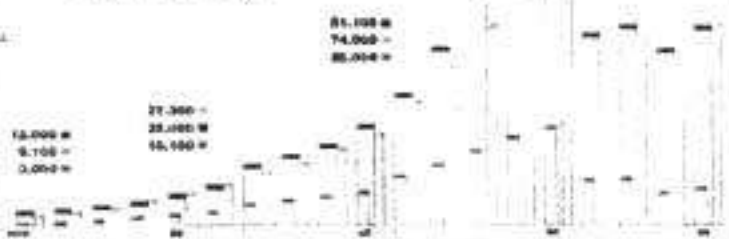
La marca de ropa de punto, fundada por Luciano Benetton, es la más conocida de Europa.

Inversión publicitaria

En millones de dólares.

Curva: 1981-1990. Fuente: Oficina de Estadística de la OEA.

■ Publicidad ■ Comercio ■ Puntos



Reportaje del diario madrileño *El País*, 20 años, de mayo de 1996 (detalles en las páginas siguientes).



2.-YACARÉ. La gente se llevaba los carteles de las cabinas telefónicas.

3.-VETIVER. Publicidad subliminal. La chica coloca su mano sobre la sombra del sexo del hombre.

4.- SOBERANO. En el vaho de la botella aparece una imagen con forma de pezón.



5.- EL QUIJOTE. El eslogan decía: «Lo que sugiere para esa noche... la chica del membrillo.»

6.- EL PAÍS. El eslogan: «Los pechos de la ministra. Los testículos del presidente», anunciaban el coleccionable de EL PAÍS la gran enciclopedia del cuerpo humano.

7.- CALBER. Este anuncio de champú desató las iras de las organizaciones feministas.

8.- FERRYS. En algunas ciudades vistieron a la modelo a golpe de *spray*.

9.- SUNRAY. El eslogan decía: «Móntela». La foto muestra la reacción feminista.

10.-LOTT. «Con una cara así, más vale que empieces a pensar en tus pies». Censurado por atentar contra la dignidad de las personas.

11.-CONDÓN. El Gobierno fue acusado de fomentar las relaciones sexuales entre adolescentes.

En relación con el comentario 2, sobre el hecho de que los carteles de las cabinas telefónicas eran sustraídos por el público, resulta interesante dar a conocer que en los Estados Unidos, en diciembre de 1992, apareció en todas las paradas de ómnibus, a lo largo del país, un cartel presentando a Marky Mark, conocido modelo de la revista *Playgirl*, en un anuncio de la marca Calvin Klein en que se mostraba con una pieza interior de *lycra* que bien ajustaba sus glúteos y la prominencia genital. Ostentaba en la cara una amplia sonrisa dirigida al espectador, mientras mostraba su pantalón desabrochado al frente y rodando por sus caderas, «como si se lo hubieran bajado a partir de su acostumbrada forma de ajustárselo a la cintura».

Daniel Harris, en su libro *The Rise and Fall of the Gay Culture*, hace constar cómo esta imagen vino a constituirse en un hito importante en el desarrollo de la moda masculina occidental. Dice que si con anterioridad ya aparecían modelos masculinos en paños menores en los carteles de las paradas de ómnibus, siempre era de una forma bastante neutra en que cuidadosamente eran borradas las protuberancias genitales para crear un aspecto antiséptico y ajeno a lo sexy. Con respecto a esta situación la foto de Marky Mark estableció una marca de imprecendente impacto, no por su parcial desnudez, sino por la manera en que enfáticamente se representaba una acción de desvestirse dentro de un bien montado incidente que implicaba un quitarse el pantalón ante el observador, quien

se veía forzado a confrontar la ropa interior en un contexto que dramatizaba el hecho de romper con una prohibida intimidad. Si los anteriores y mencionados anuncios mostraban a modelos inocuos en relación con su posible desnudez, el caso de Mark, por el contrario, aparentaba alguien que de pronto debía salir a la calle en calzoncillos encantado de la vida y en plena y desvergonzada diversión

Esta campaña de Calvin Klein representó un momento máximo en la historia de la moda occidental en que se dio rienda suelta al exhibicionismo con la autosatisfacción con que Mark rompió con aquellas convenciones de ocultamiento que tradicionalmente habían funcionado en la publicidad de la ropa interior, expurgándola de su contenido erótico.

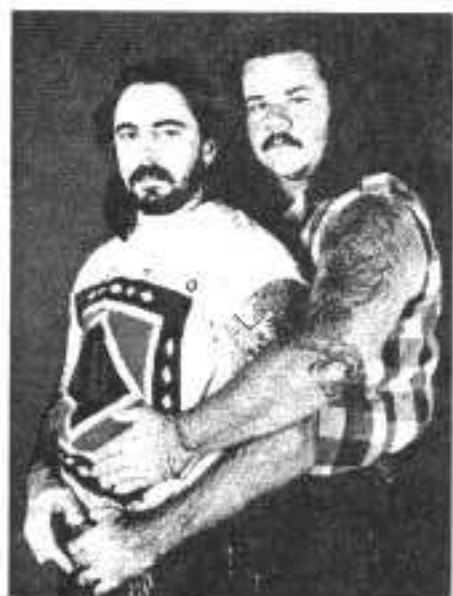
Ciencia de la transexualidad

Desde fines del siglo XIX la psiquiatría había estado muy interesada en la investigación de los procesos del subconsciente y dentro de ella el problema de la sexualidad tuvo gran importancia. Freud y sus seguidores Jung y Adler, así como más adelante Fromm y otros muchos, hicieron un profundo trabajo a través del llamado psicoanálisis, método que supone traer a la superficie de la conciencia todas aquellas situaciones internas que suelen causar traumas psicológicos en la personalidad y en los cuales se encontró que la sexualidad se constituye en un fuerte componente. Si Freud le dio un carácter fundamental, Jung y sus continuadores han sabido encontrar, además, otros factores que pueden crear choques internos en la psicología individual. Sin embargo, la sexualidad siguió teniendo un papel fundamental, ya que ella

forma parte de todo lo que ha sido reprimido por la civilización, en aras de la estabilización social.

Las ciencias médicas se han ocupado mucho de los problemas de la sexualidad, al extremo de crearse una rama científica llamada sexología. Por otra parte, muchos han sido los progresos en cuanto al control de la natalidad con los avances en las interrupciones del embarazo y el desarrollo en la invención de los anticonceptivos, como ya bien se ha hecho notar con anterioridad. También la cirugía ha tenido notables avances en los partos complejos a través de la operación cesárea. Pero el más novedoso ámbito quirúrgico se refiere a aquél que trata de las intervenciones transexuales con las que se pretende cambiar de un sexo a otro. En este campo se han obtenido algunos logros, sobre todo, en cuanto a la transmutación masculina a la femenina con la extirpación del pene y los testículos, junto a la creación de una vagina artificial utilizando la propia piel del escroto de la persona sometida a la operación. Lo que aún no ha podido lograrse es la implantación de ovarios capaces de hacer posible la procreación. En cuanto a la cirugía en relación con el cambio de mujer a hombre, su logro, hasta el presente, está en proceso de espera. José Miguel G. Cortés, en su texto *El rostro velado*, dice al respecto:

El término transexualidad fue introducido al inicio del año 1950 por Harry Benjamin quien propuso un tratamiento hormonal para aliviar al paciente. En 1952, Christian Hamburger fue el primer hombre que, después de un tratamiento con estrógenos (hormonas femeninas que sirven para cambiar el entorno de su cuerpo y su voz) y sesiones de electrolisis (para quitar el pelo del rostro), se sometió a una operación para amputarse el pene. Después de ello, tomó el nombre de Christine Jorgensen. La transformación de un hombre



Mike and Sky, foto de lesbianas de CATHERINE OPIE (superior izquierda). Pin up #1, Jennifer Miller does Marilyn Monroe, foto de ZOE LEONARD (superior derecha).

El grupo musical Queen se hace retratar travestido para la portada de uno de sus discos, con Freddy Mercury como segundo desde la derecha (inferior).

en una mujer, de modo relativamente satisfactorio, sólo es posible desde hace unos cuarenta años. A los hombres que desean ser mujeres se les realiza una mutilación del pene y los testículos y se crea una vagina mediante una escisión de once a trece centímetros de longitud entre la cara posterior de la vejiga y la anterior del recto. El cirujano invierte el pene y utiliza su tejido para formar la pared interior de la nueva vagina. Con el tejido escrotal se forman los labios vaginales y el nuevo clítoris recibe las terminaciones nerviosas de la punta del pene, que tienen una sensibilidad extrema.

Hoy en día, todavía es difícil dotar a una mujer de órganos sexuales masculinos realmente efectivos. La mujer que quiere adquirir la anatomía de un hombre, debe tomar testosterona (la hormona masculina que produce una voz más profunda, la barba, la calvicie y la dureza y angulosidad del cuerpo). Tras un año de tratamiento se realiza la operación quirúrgica que (más compleja que la anterior) consiste en cortarse los pechos, extirparse el útero y los ovarios, para más tarde someterse a la construcción (muy dolorosa y problemática) de un pene artificial con piel injertada procedente de otras partes del cuerpo (especialmente la parte interior del brazo). Sus resultados son raramente satisfactorios.

Otra noticia con respecto a este asunto, ofrecida por el mismo autor, se refiere al hecho de que estas operaciones de cambio de sexo han sido despenalizadas en España sólo a partir de 1983. Por el contrario, en otros países como Holanda, Dinamarca o Alemania es el propio Estado el que corre con todos o parte de los gastos.

Un tipo de operación quirúrgica de indudable logro es la del aumento de tamaño del pene, en la cual los cirujanos chinos

han mostrado grandes excelencias, según noticias. Pero es en el área de la creación de infantes, ajena al acoplamiento sexual entre parejas, que la ciencia parece estar en proceso de imponer cambios de mayor trascendencia a nivel sociológico. Éste es el caso de los llamados *bebés probetas*, criaturas creadas independientemente de una voluntad sexual concertada entre los progenitores. De 1978 hasta la fecha más de treinta y dos mil niños han venido al mundo por medios artificiales. Existen bancos de semen en recipientes de acero inoxidable o aluminio con nitrógeno líquido a doscientos grados bajo cero. La unión de óvulos y espermatozoides en situaciones químicas determinadas ha probado tener capacidad para crear nuevas vidas en los espacios técnico-científicos de los laboratorios. Desde 1992, es técnicamente posible elegir el sexo de los hijos. Por otra parte, la inseminación artificial, a pesar de mantenerse dentro de los límites de cierto secreto, no ha dejado de imponerse con eficacia. Quienes la practican son, generalmente, parejas matrimoniales aquejadas de esterilidad masculina por lo cual han debido recurrir a dicho procedimiento que asegure el embarazo de la esposa. De aquí, la circunstancia de ejecución a puerta cerrada para asegurar a la opinión pública convencional la legitimidad paternalicia del cónyuge. En Italia, una mujer de sesenta y tres años se reimplantó el óvulo de una joven fecundada artificialmente con espermatozoides de su marido, haciéndose madre a tan avanzada edad.

También se da el caso de inseminación artificial en circunstancias de rechazo femenino a las relaciones sexuales con hombres, sin que por ello quiera renunciarse a la maternidad. Ésta es realmente una nueva modalidad en cuanto a la procreación que abre posibilidades hasta ahora imposibles para aquellas mujeres, por ejemplo, las lesbianas, que rechazan el contacto masculino, pero no pueden desligarse del instinto femenino maternal. En cuanto a estas noveles

situaciones relacionadas con el desarrollo de la sexualidad, ajena a las convenciones establecidas por siglos, se podrán hacer diferentes preguntas, tales como: ¿Cual será el futuro de la sexualidad a partir de un momento en que la ciencia y la técnica puedan proveer de cantidad de circunstancias alternativas en que no sea necesaria la presencia del acoplamiento sexual entre parejas para el desarrollo del instinto sexual? ¿Será que se va hacia una nueva situación en que el placer no sea imprescindible al ser humano? A partir de esto podría llegar a un punto en que la coerción sexual establecida por siglos dejaría de ser ya necesariamente ejercida por la sociedad sobre el individuo. ¿El placer sexual podrá ser suplido por otro tipo de sensación psicológica, determinada por nuevas circunstancias que la ciencia y la técnica actuales provean a la sexualidad? ¿Será posible hablar de un placer tecnológico con respecto a la sexualidad? Ya se investiga sobre el placer virtual por varias empresas que buscan las posibilidades reales del «traje de sensaciones». ¿Se habrán establecido así las bases para la creación de ese hombre-robot del futuro en que primarían sobre las capacidades sensoriales de la emotividad los resortes racionalistas de un intelecto superdesarrollado? ¿La sensorialidad se convertirá en un sistema primitivo de comunicación humana y se habrá pasado a una nueva etapa en que solamente el pensamiento o facultad intelectual sean los estimuladores de todo el proceso orgánico del ser viviente? Éstas y otras muchas cuestiones sólo podrán ser contestadas en un futuro, quizás no muy lejano.

El chisme erótico y los mass media

Plutarco en sus *Eróticas* hace una evocación del dolor de Aquiles por la desaparición de Patroclo, el cual le reprocha su

muerte al haberlo separado de aquel cuerpo tan amado, con estas palabras: «Sin tener en cuenta nuestras caricias, no te has preocupado por conservarme la magnificencia de tus muslos.» Luciano, a su vez, toca ese tema en *Los amores* y pone en boca de Aquiles, ante los despojos del amado, palabras que se lamentan de «haber debido renunciar a la adoración y frecuentación de (sus) muslos...» Estos textos que bien nos informan sobre la sexualidad en la Antigüedad al tomar como referencia a sus héroes míticos frente al amor y la muerte, demuestran, primeramente, la ausencia de los tabúes sobre el sexo que han primado en nuestra civilización, y, en segunda instancia, la inexistencia de lo que ahora llamamos «medios de comunicación masiva». En aquellos días, los encargados de difundir la información eran selectos voceros literarios, hoy, por el contrario, es una maquinaria creadora de una informática tan abundante como anónima, repleta de todas las convenciones de una ideología de masas, heredera de los prejuicios y tergiversaciones posibles alrededor de cualquier acontecimiento. La sexualidad es, quizás, uno de los más propicios temas para moverse dentro del conflictivo espacio que transita desde el más estricto conservadurismo hasta la más desaforada liberalidad. A esto ha de agregarse el aspecto negociablemente económico que tiene la comunicación informativa en nuestra época a través de periódicos, revistas, libros, videos y filmes, plus la radio y la televisión, no por últimas, éstas dos, las menos importantes.

Dejando a un lado los materiales pornográficos, que como se sabe poseen un determinado carácter comercial, la prensa del momento, salvo excepciones, pone a la luz constantemente las más distorsionadas imágenes de los acontecimientos ligados a la sexualidad con la mayor crudeza posible, y las cosas que deben ser ubicadas dentro de los límites de la criminología, la psiquiatría o la sociología son utilizados como

exacerbación de fantasías propias de la llamada crónica roja. Un sacerdote sadomasoquista y sus relaciones con la prostitución masculina madrileña o un reportaje sobre las niñas prostitutas de Manila, con fotos a todo color, son algunas de las oportunidades bien gustadas para vender información de fuerte sabor sexual.

Una correcta utilización del tema puede poseer un aspecto saludable; ejemplo de ello aparece en un artículo de *The Magazine of the Year* (1947) comentando el famoso informe del doctor Kinsey contenido en su libro de setecientas páginas, *Sex Behavior of the American Male*, en que se presentan doce mil entrevistas personales y se demuestra que los conceptos de normal y anormal en la conducta sexual están enraizados en la más completa ignorancia, y que, además, son violados secretamente por la sociedad. Se establece que una tercera parte de la mitad de los varones estadounidenses tenían o habían tenido relaciones homosexuales, agregando que en el período preadolescente, cuando se comienza algún tipo de actividad sexual, siempre se hace con miembros del propio sexo. Este famoso informe puede decirse que fue, en su momento, explosivo, y actualmente puede considerarse como una de las primeras clarinadas de la revolución sexual en el mundo occidental de los años cuarenta.

Otro buen uso de la información sobre el tema de la sexualidad es el de la revista *Le Nouvel Observateur* parisiense sobre el adulterio o *vagabundaje sexual*. En la edición de noviembre de 1988 reveló estadísticamente que la fidelidad entre los franceses parece ser indispensable para un sesenta y nueve por ciento de los entrevistados, que un treinta y seis por ciento estaba en disposición para la infidelidad, y que sólo el uno por ciento se abstenía por temor al SIDA. Los comentarios de los editores de dicha encuesta fueron,

quizás, más reveladores de la realidad al preguntarse si sus resultados revelaban un retorno a la familia o el simple triunfo de la hipocresía.

Siguiendo, sin embargo, por lo más trillados caminos de la información, fácilmente podrá observarse un desmoronamiento del llamado pudor que con frecuencia se codea con la chismografía y aun la posible calumnia. El capítulo nupcial siempre ha sido una buena fuente para el escándalo de prensa. Ya desde la renuncia al trono del duque de Windsor en la década de los cuarenta para casarse con una dama ajena a la nobleza británica, Wally Simpson, la prensa mundial hizo estremecer la vena romántica de toda Europa y América. Otra información suplementaria permitió sospechar que tal enlace había sido sólo un matrimonio de conveniencia para ocultar unas identidades sexuales en los cónyuges que nada tenían que ver con la requerida heterosexualidad del caso.

Otro episodio que vino a incentivar el gusto por la vida amorosa de los reinados de opereta europea lo constituyó la boda de la actriz Grace Kelly con el príncipe Rainero de Mónaco, a manera de un gran filme en technicolor y cinemascope. Rápidamente, esta apoteosis hollywoodense se vio ensombrecida por la publicación de detalles biográficos de la estrella y su manera de escalar la fama, por frecuentes y escandalosos cambios de lecho con notoriedades masculinas del mundo del cine de la época.

El semanario mexicano *Época*, en su edición 177, de octubre (1994), ofrece desde su portada el tema de *Sexo y Poder* al interés del lector, con los títulos a primera vista de algunos de sus artículos: «Carlos y Diana pelean en público», «En video: adulterio de la princesa», «Las orgías de Mao» y «La Tigresa: Díaz Ordaz se callaba el hociquito». A partir de ello aparecen extensos comentarios sobre el escándalo matrimonial de lady Diana, princesa de Gales y el príncipe Car-

los, heredero del trono británico. *Diana, su historia verdadera*, de Andrew Morton y *Princesa enamorada*, de Anna Pasternak, la nieta del Nobel de Literatura, dan detalles por parte de cada uno de los cónyuges de la adúltera relación de Diana y el mayor Hewit, antiguo oficial de la Guardia de Caballería. Todo ello bien condimentado por el diario inglés *The News of the World*, el cual publicó que los Servicios Estatales de Inteligencia los habían filmado haciendo el amor en el jardín de la casa del mayor. Más adelante, se comenta el libro del doctor Li Zhisu, médico que fuera de cabecera por veintidós años del antiguo dirigente comunista, *The Private Life of the Chairman Mao*, publicado en los Estados Unidos. En el mismo se expone que el presidente chino, no sólo era un gran nadador, sino también un desenfrenado sexual, que poseía tres mil concubinas y que entre sus placeres eróticos incluía el gusto por los jovencitos que le daban masajes.

El libro autobiográfico de Irma Serrano, conocida por La Tigresa, ex cantante y actual senadora del Estado de Chiapas, *A calzón amarrado*, es comentado bajo la rúbrica de «Las amantes de los hombres del poder» en que se narran las relaciones de La Tigresa con Díaz Ordaz, ex presidente de la República entre los años 1963 y 1969, contadas por ella misma.

Continúa la edición con el artículo «Donjuanismo a la americana» en que se hacen comentarios sobre las dos denuncias por acoso sexual contra el presidente Clinton. Ésta es la denominación legal del nuevo delito impuesto por el feminismo contemporáneo para la protección de mujeres en el ámbito profesional. El mismo, sin embargo, frecuentemente se ha convertido en una forma de extorsión con fines políticos o monetarios. Esta publicación, de tanto colorido sexual, no obsta para que ostente en la contraportada final

la publicidad a todo color del libro, *Cruzando el umbral de la esperanza*, de Juan Pablo II con foto del papa besando un crucifijo.

El diario francés *Le Monde*, el 7 de julio de 1995, da a conocer la polémica alrededor de Heinz Eggert, ministro alemán del Interior desde 1991, bajo el título de «Saxe, un ministre en disgrace», después que éste hubo de ser acusado por varios de sus colaboradores masculinos de acoso sexual. El alto funcionario fue licenciado de su cargo pues, según consta bajo su retrato en dicho artículo: «En Alemania, la homosexualidad entre los políticos, no es aceptada, sino se oculta».

La última noticia que ha estremecido las columnas de los periódicos internacionales con fuerte sabor a sexo prohibido, es la de Michael Jackson, que puede decirse que posiblemente sea el artista de mayores ganancias en el mundo actual. La corrupción de un menor estará al inicio de la historia que aparentemente deberá terminar con un bizarro matrimonio en Jamaica, del astro de la canción, nada menos que con la hija de Elvis Presley, tan millonaria como él. Esta boda se efectuó, según noticias periodísticas, dentro de la más absoluta intimidad, pero a voz sonante de la gran prensa internacional, después de varias suspensiones de la gira mundial que Jackson efectuaba en esos momentos, de juicios que le obligaron a pagar millones al padre del niño, etcétera, acontecimientos todos a través de los cuales puede vislumbrarse el negocio de las grandes compañías disqueras y sus conflictos competitivos, sin que la verdad, realmente, se sepa hasta el momento. Todo este episodio noticioso fue además bien condimentado por la hermana menor del mismo Jackson, quien sacó a la publicidad el hecho de que papá Jackson acostumbraba a tener relaciones sexuales con todos sus hijos, según ella.

En las últimas décadas se han puesto de moda las escandalosas biografías escritas por hijas de superestrellas holly-

woodenses. Las de Joan Crawford y Marlene Dietrich, aparecidas después de sus fallecimientos y la de Bette Davis, aún en vida, se esmeraron en narrar minuciosamente los vericuetos de la vida íntima de sus famosas mamás. Estos libros, comentados ampliamente por la prensa internacional, se han constituido en un deleite literario para consumo de los grandes públicos que aplaudieron a las estrellas del cine, entregados ahora a la morbosa curiosidad y la murmuración impresa en letras de molde.

La llegada del SIDA ha sido otra espléndida oportunidad para el despliegue de distorsionada información, cuando por años quedó instaurado el criterio de la aparición de una enfermedad intrínsecamente propia de homosexuales, quienes se habían encargado de expandirla por todo el mundo. Aunque más tarde la ciencia ha establecido la falacia de esa afirmación, sigue ambiguamente mezclándose el nombre de la terrible plaga con la marginación social establecida contra la homosexualidad.

Actualmente, hay muchos que piensan que la prensa en el mundo actual se ha convertido en una magnificación de la chismografía a nivel de tecnología informática con el único fin del lucro comercial, aunque existen, desde luego, bien valiosas excepciones que se constituyen en verdaderos estudios sociológicos sobre el tema de la sexualidad.

También los faraones

En el Antiguo Egipto, el difunto debía pronunciar ante los cuarenta y dos jueces del tribunal de Osiris *una declaración de inocencia*, es decir, debía de hacer una enumeración de faltas que no había cometido, algunas de las cuales eran de

orden sexual. La naturaleza de esta declaración permite reconocer con precisión las prohibiciones fundamentales de esa civilización con respecto a la sexualidad. Entre ellas aparecía la siguiente: «No he pecado jamás contra natura con hombre.»

Estas últimas prohibiciones parecen probar que la pederastia, surgida más adelante en el oasis de Siwa y mantenida hasta nuestros días, no se expandió en el Antiguo Egipto hasta la época del dominio griego. Dicho oasis, situado a cuatrocientos kilómetros al oeste del Nilo, posee tres mil quinientos habitantes: las costumbres homosexuales son allí corrientes, y hasta previstas y reglamentadas por sus instituciones sociales. Los padres, en ocasiones, no vacilan en prestar sus hijos a sus amigos y nadie se sorprende cuando un hombre casado mantiene en su casa a algunos amantes del sexo masculino, según explica Boris de Rachewiltz, en *Eros Noir*.

Por otra parte, sin embargo, hace más de un milenio, antes de la era cristiana, se dio en Egipto uno de los más célebres amores homosexuales de la Antigüedad. Éste fue el de Amenofis IV (Akhenaton), el célebre instaurador de la primera religión monoteísta en el Egipto, teniendo como sujeto a Smenkheteré, hermano menor de su esposa Nefertitis. El faraón, después de haber establecido el culto de Atón, el disco solar y de haber procreado cuatro hijas, se enamoró del joven y lo impuso como corregente del imperio. Se considera que ésa es la primera pareja homosexual, histórica y arqueológicamente comprobada, ya que al abrirse la cámara mortuoria del faraón, en la de al lado apareció, no la reina Nefertitis, como se esperaba, sino el cuerpo de un hombre de veintidós años, Smenkheteré, según descubrimiento del egiptólogo Derry. En el Museo del Louvre, actualmente, aún puede verse una estatua del joven y en el de Berlín (según consta en el *Dictionnaire Gay*, de Leonel Povert) aparece una excepcional estela escul-

tórica, representando al faraón y al muchacho abrazados y desnudos. En «La extraordinaria aventura amárnica», ensayo sobre la escultura egipcia, de Christiane Desroches Noblecourt en el libro *El Antiguo Egipto. Nuevo imperio y periodo amárnico* aparece lo siguiente:

No se sabe con exactitud la razón profunda —se la puede imaginar— pero antes del fin del reinado, el rey herético se aleja de la reina Nefertitis que se instala al norte de la ciudad con [...] las cuatro princesas [...]. Smenjkeré [*sic*] vivía en la corte amárnica y un relieve de Berlín parece evocar lo blandamente apoyado en un bastón, vestido con traje real, rodeado de ágiles cintas, y un rostro fino, bastante afeminado. Debía de haber sido ya escogido como corregente, pues lleva sobre la frente el áureo real. Ante él, una mujer joven [...] le presenta un ramo [...] de mandrágoras que incitan al amor [...]. Esta joven reina debe ser la hija mayor de Amenofis IV y de Nefertitis. Pero la mayoría de las veces, no es con su sobrina y joven esposa con quien Smenjkeré se encuentra representado; esto se ve en dos estelas inacabadas, procedentes de El-Amarna y conservadas en el Museo de Berlín. En una de ellas ha ocupado el lugar de Nefertitis, en pie ante el soberano le escancia una bebida [...]. En la otra estela la ambigüedad es todavía más patente. Dos personajes se encuentran en ellas sentados uno al lado del otro [...] se ve que uno de los personajes es claramente Amenofis IV, Ajenaton [*sic*] [y] el otro hacia el que el rey se vuelve, y a quien coge con gesto afectuoso por la barbilla y que no es Nefertitis, no es otro que el corregente Smenjkeré. Así pues al final de la aventura amárnica en el momento en que el imperio tambaleante



Smenkhkare, hermano de Nefertitis (superior izquierda).

Akhenaton, Amenofis IV (superior derecha).

Bajo relieve con Smenkhkare y su joven esposa que le ofrece un ramo de flores de mandrágoras, símbolo amoroso entre los egipcios (inferior).

crece la protesta contra la reforma, el rey aún se esfuerza por este «sucedáneo», de mantener el sentido de la teocracia, permanente de la pareja, necesaria a la vida de Egipto [...] Esta pasión hubiera sido análoga, a la que más tarde, y en la misma región Adriano testimonió a su favorito, Antinoo, el cual, para dar la medida del amor que sentía hacia él se lanzó al Nilo.

Esta historia egipcia termina con la muerte de la pareja a mano de los antiguos sacerdotes de la religión desplazada, después de lo cual se volverá al antiguo culto de Amón, con Tutankhamon, sobrino del soberano, que bien joven falleciera y cuya tumba llena de tesoros ha asombrado al mundo al descubrirse en pleno siglo xx.

En la Antigua China (206 antes de Cristo — 9 después de Cristo), la mayoría de los emperadores de la dinastía Han fueron bisexuales u homosexuales, según el *Dictionnaire Gay* ya mencionado. Esta dinastía vivió unos ciento cincuenta años, disfrutando los favoritos de los soberanos de altas posiciones y grandes riquezas. Aunque algunos fueron talentosos astrólogos o médicos, la mayoría sólo debió su posición a la belleza física. El más famoso de ellos fue Tong-Hsien, amante del último emperador Ai-Ti, quien al no tener hijos o ningún sucesor familiar, cedió su título en el lecho de muerte a su amante. Éste, privado del favor por las fracciones poderosas de la corte imperial, se vio obligado a suicidarse, con lo que finalizó la dinastía Han. Si estos soberanos fueron víctimas sentimentales de sus vidas amorosas, sin embargo, supieron también controlar los desafueros de los señores feudales contra el imperio y además dieron expansión universal a la cultura y al arte chinos, al extenderlos fuertemente hacia el Occidente, producto de la apertura de la ruta de la seda que abriera el camino del valioso textil hasta llegar

a Mongolia, Siberia, la India, y aun hasta Roma, en donde se pagó a precio de oro la preciosa mercancía. Fue ésta la época en que Alejandro Magno expandió el imperio romano y puso de moda la valiosa tela en el área del Mediterráneo.

Alejandro Magno, por su parte, hizo bien patente su homosexualidad en la historia de la Antigüedad. Sus hazañas guerreras sometieron no sólo a Grecia, sino también a la India, el Egipto y Babilonia. Habiendo sido alumno de Aristóteles hizo penetrar la cultura helénica en Asia y África. A la muerte de su joven amante Ephestion, según cuenta Plutarco, hizo crucificar al médico que en vano lo había cuidado, y masacrar a hombres, mujeres y niños del último pueblo conquistado, celebrando de esa forma con gran esplendor los funerales de su favorito. Los despojos de Ephestion fueron exhumados sobre una impresionante hoguera, surgida de una pira de más de sesenta metros de altura construida con las proas esculpidas de navíos, que en forma de centauros, toros, sirenas y leones sirvieron de leña tierna e inflamable que bien honraron al amante de Alejandro Magno, al igual que Aquiles lo hizo con Patroclo durante la guerra de Troya.

Conspicuos ejemplos como los anteriores hacen suponer con fundamento que en los períodos arcaicos del mundo antiguo no había aún surgido una cultura homofóbica que condenara la homosexualidad como un comportamiento moralmente rechazable.

La homofobia (horror a la homosexualidad) ha sido un azote cultural añejo de veinte siglos, a partir de la instauración de la ideología cristiana en Occidente. Sus excesos llevaron a la hoguera de la Inquisición, junto a brujas y apóstatas, a miles de hombres y mujeres. En Cuba, Fernando Ortiz cita un caso ocurrido en las primeras épocas de la colonización de la Isla:

En esta isla, que sepamos, no hubo ningún «auto de fe» contra tales herejes (los judíos), pues el único que

tenemos noticias, celebrado a fines del siglo xvii en la Plaza de Armas de la Habana, no fue de «marranos», como entonces decían por escarnio a los judíos, sino de unos dieciochos «amujerados», sacados de las flotas y armadas, que cuando las estadías se depositaban en un islote de la bahía llamado *Cayo Puto o Isla de las mujeres* que duró hasta el presente siglo. Ese «pecado nefando» de sodomía era también castigado por la Santa Inquisición con pena de muerte en la hoguera, así como lo fueron la «herética pravedad», la brujería, el pacto con el demonio, la exportación de caballos, el contrabando de pólvora, etc.

El Código Napoleónico aminoró su rigor, dejándolo entre las acciones delictivas con sus correspondientes penas, situación que con variantes se mantiene aún en el mundo. En el siglo xx hubo una tendencia científica, a partir de Freud, de catalogar a la homosexualidad como una enfermedad, cuyo tratamiento llevó al fracaso a la tal teoría. Partiendo de esta tendencia pseudocientífica será interesante mostrar a manera de comentario, una publicación aparecida bajo la autoría del doctor Benjamín Tarnowsky, antiguo profesor de la Academia Imperial de San Petersburgo y que fue traducida al español y publicada en Valencia en 1932. Su título es *Perversiones sexuales. El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas*, con inclusión introductoria más láminas y fotos de una tal señorita Hildegart a quien se debe la dicha traducción, además de un Epílogo de Havelock Ellis.

La Introducción de la ya nombrada señorita Hildegart muestra su «loable» propósito al exponer:

...lo hacemos guiados por el noble y sincero propósito de hacer resaltar, ante todo, el fin aleccionador de estas páginas que revelan el infierno de las perversiones

sexuales y previenen a los hombres para evitar su caída por el precipicio fatal.

El libro posee un amplio Índice que incluye temas tales como:

El vicio griego
La homosexualidad entre los Césares
El influjo de la civilización en la homosexualidad. La seducción. Los homosexuales venales
El chantaje
Pederastia y sus clases
Pederastia congenital. Sus manifestaciones.
Su conflicto sentimental
¿Mujer u hombre?
La tendencia a la flagelación
De los «frotteurs» a los amantes de los ancianos
Fetichismo
Carácter patológico de estas desviaciones
Pederastia periódica
Casos prácticos. Flagelación
Violencias
Incitación a la pederastia
Simulación
Propiedades de estos enfermos
Necrofilia
Pederastia epiléptica
Paroxismo homosexual
Paroxismo masturbador
Paroxismo heterosexual
Erotomanía
Satiriasis
Priapismo
Pederastia adquirida
Perversión genésica

Fellatio

Coitus interfemora

Formas más degradadas de la perversión sexual

La herencia de la perversión

Influencia del momento de la fecundación

Medios de corrección

Apéndice

Epílogo — La actitud social hacia las desviaciones sexuales

Lista de homosexuales y pervertidos famosos

El libro finaliza con una especie de álbum que incluye antiguas láminas y fotos bajo la rúbrica de: «Retratos de homosexuales eélebres en la historia».

Dicho laminario abre con la figura de Jesús de Galilea, haciendo mención en un largo pie literario que: «Suponiendo que este personaje realmente místico y legendario haya existido...» Luego hace alusión al número doce, al que tanto amor le tienen los homosexuales, con lo cual formó el círculo de sus doce discípulos. La preferencia por san Juan Evangelista y la entrega de Jesús a las autoridades romanas, a través del traidor beso, se interpretan como episodios de amoríos homosexuales, haciendo hincapié en lo pasivo y activo, sexualmente hablando, de los personajes de cada uno de los apóstoles. Esa fuerte insistencia la hace aludiendo a versículos de san Mateo con respecto a «lo codiciada que era la belleza de Jesús».

Continúa el laminario con una imagen de santa Teresa de Jesús como lesbiana activa «de una inteligencia desbordada hasta los linderos de la locura y muy dada al vagabundaje» y cuyo padre para controlarla «la encerró para apartarla de las malas compañías al cumplir los 14 años» en el Monasterio de la Encarnación de Ávila donde sufría crisis de «verdaderos éxtasis eróticos causados por la insatisfacción sexual a la que estuvo condenada de por vida...»

Sigue, luego, con san Ignacio de Loyola, clasificado como pervertido sexual. Fue militar destacado y educado en la corte de Fernando el Católico. Desengañado del ejército dispone todas las luces de su inteligencia «para crearse una Orden a su hechura que satisfaga a la vez su perversión sadista y su anhelo imperialista», de donde surgió la Compañía de Jesús.

La imagen de san Juan Evangelista es ensalzada por la belleza femenina de sus ojos, nariz y boca, las crenchas del pelo que caen sobre sus espaldas, «y hasta la curva del pecho y la belleza acojinada de manos y pies». Hace bien notar su vestidura, «no usada entonces más que por las prostitutas». Consta aquí que según el Evangelio del propio san Juan, en el capítulo XIII, la última cena transcurrió con él, sentado en el regazo de Jesús y abrazado a su cuello.

Continúa con san Francisco de Asís como uno de los más típicos pervertidos sexuales. Tuvo, según la apócrifa minibiografía, una juventud disipada en la que contrajo enfermedades venéreas que le atacaron el cerebro y lo llevaron a excesos de flagelación y torturas corporales, a las que también condenaba a los demás fundadores de sus órdenes religiosas, bajo el manto del ascetismo en holocausto a Cristo «con el candor y la mirada delirante del poseso».

Imágenes de san Estanislao de Kotska y san Luis Gonzaga siguen encabezando las delirantes biografías de figuras importantes del santoral eclesiástico cristiano.

Luego se abre la sección de los grandes artistas de todos los tiempos, tales como Shakespeare, atormentado con su lucha personal entre el amor homosexual y el heterosexual; Ricardo Wagner y sus relaciones con Luis de Baviera, que llevaron al suicidio a este último. Wagner es catalogado como «un heterosexual, a quien no repugnaba, sin embargo, la desviación homosexual, aunque desempeñando el papel activo».

André Gide junto a Luis de Baviera cierran el álbum de pervertidos sexuales con las delicadezas de sus gestos, miradas y posiciones físicas, según la señorita Hildegart.

A este final visual apoteósico del laminario sigue una extensa lista de nombres de la cultura universal que va desde héroes de la Antigüedad, filósofos griegos y emperadores romanos, con su correspondiente clasificación de activos y pasivos sexuales al lado del nombre. Mujeres reales de gran prosapia histórica no se libran, como Isabel la Católica y Catalina la Grande de Rusia; reyes, desde Federico el Grande hasta Enrique IV de Castilla; papas y sultanes como Solimán el Magnífico. Escritores famosos, clasificados por sus nacionalidades: de Goethe a Nietzsche, en Alemania; de Marlowe a Lord Byron, en Inglaterra; de Molière a Rousseau y Montaigne, en Francia; el italiano Casanova y el noruego Kierkegaard. Los pintores y escultores tampoco escapan a la cruzada homofóbica: Cellini, Da Vinci y Miguel Ángel, entre otros muchos.

Por último, finaliza con una relación de escritores que ensalzan la homosexualidad o los pervertidos psíquicos, incluyendo a Balzac, Lamartine, Teófilo Gautier, Zola, Pierre Louys, D.H. Lawrence, James Joyce, Schopenhauer y Thomas Mann, dentro de una extensa lista.

Nos preguntamos, ¿de dónde la señorita Hildegart obtuvo tan copiosa información personal de tantas grandes personalidades de la cultura occidental, desde las míticas hasta las reales y de bastante reciente reconocimiento, a menos que admitamos que pertenecen a su afiebrada imaginación?

Únicamente una profunda, delirante y extraña homofobia pudo haber construido esta falacia investigativa que, en definitiva, parece querer probar, sin quererlo, que el espacio de la homosexualidad es también el de grandes personalidades de la cultura universal, cualquiera que sea o haya sido su identidad sexual.

Sólo queda de positivo en este comentario, aparte de lo curioso del volumen, algunas aseveraciones de Havelock Ellis en su Epílogo, cuya lucidez lo hacen bien ajeno al espíritu general de este extraño, aunque no del todo insólito espíritu homofóbico del libro. Mostramos algunos de esos párrafos por su valor cultural en estos momentos:

La homosexualidad ha existido siempre y en todas partes. Es una de las condiciones intersexuales, que se mantienen en la curva natural e inevitable de las variaciones. Aparte de esto, y aparte también, de fundarse en la relativa indiferencia sexual de la vida primera en algunos países o ciertas civilizaciones, se ha hecho más popular como moda, o más perseguida como ideal. No puede ser arrancada de raíz, ni por disposiciones legales, por muy severas que sean, ni por una represión social.

Aún hay mucho que hacer para contribuir al nacimiento en la sociedad de una actitud más amplia y comprensiva. Aparte de la consideración de que los actos sexuales cuando no son motivo de ofensa pública, interesan a las personas que los cometan y a nadie más, hemos de recordar que tales actos son principalmente el proceso resultante de una constitución innata.

No podemos esperar ni desear la vuelta a la moralidad griega, y su ideal de «lo bello igual en el cuerpo que en el alma» estaría ahora afuera de nuestro alcance. Pero no dudamos que gradualmente acabaremos con las falsas nociones y las rígidas tentativas de prohibir legal o socialmente hechos que han causado tantas confusiones en la historia sexual de nuestro pasado cercano.

Haciéndolo, purificamos nuestra atmósfera espiritual, y fortalecemos nuestro Código moral, apartando de él prescripciones que son meramente un reconocimiento de debilidad.

Homofobia legislada

Hoy por hoy, no puede olvidarse que la cultura homofóbica que ha regido a lo largo de dos milenios tiene entre sus excesos, inclusive, el de haber establecido una legislación dirigida hacia la constitución del llamado delito pederástico dentro de las norma del Derecho Penal occidental. Ya antes de esas concretizaciones legislativas, en el reinado de Enrique VIII de Inglaterra, la homosexualidad había sido considerada como un crimen capital y aquellos acusados por tal delito eran enviados a la horca, castrados, encarcelados o lobotomizados. En los Estados Unidos, hasta 1656, en New Heaven, la ley prescribió la pena de muerte al culpable de homosexualidad masculina, aunque la femenina no fue considerada, ya que la mentalidad puritana no concibió la existencia del lesbianismo. Judith Lynne Hanna, en *Dance, Sex and Gender*, informa que desde 1700 la sodomía estuvo considerada fuera de ley y, como tal, bajo penalidad criminal, hasta 1962, en veinticuatro de los estados de Norteamérica. Este delito incluye no solamente las prácticas por vía anal, sino también las de tipo oral y aun la masturbación mutua. Los mismos legisladores no han osado describir esos actos en términos literales y han debido recurrir a las frases de *abominable y detestable e infame crimen* o el de *contra natura y lascivo acto* para definir el delito de sodomía.

Europa hubo de esperar a la Revolución francesa para hacer desaparecer ese crimen del Código Penal de 1791, previsto en toda la legislación anterior. De ahí en adelante, la represión penal contra la homosexualidad se mantuvo a través de multas y condenas a prisión cuando era ejercido con menores de dieciséis a veintiún años, límite este para la mayoría de edad, el cual más tarde se fijará en dieciocho

años. Estos delitos llamados de pederastia fueron considerados como ataques al pudor y actos contra natura que debieron ubicar a la homosexualidad dentro de un tipo de enfermedad mental. Afortunadamente, a partir de la segunda mitad del siglo xx se ha comenzado por ubicar este problema dentro de concepciones más alejadas de las anteriores limitaciones homofóbicas. Ello ha sido posible gracias a las aperturas culturales ocurridas como producto de cambios en las costumbres capaces de tener incidencias con las políticas gubernamentales. Todo ello ha sido presionado, además, por organizaciones minoritarias de *gay* y lesbianas surgidas internacionalmente a partir de la década de los sesenta.

[Un] respeto a la pluralidad de prácticas [sexuales] también para aquéllos que no se llaman Gide, Pierre Loti, o Cocteau [...] la homosexualidad es un comportamiento sexual como otro cualquiera: su libre práctica tanto para hombre como para mujer es la expresión de una libertad fundamental. No es un hecho nuevo dentro de la sociedad, a pesar de que por largo tiempo ha sido negado, rechazado, ocultado, culpabilizado, puesto fuera de la ley. Hoy, los homosexuales quieren simplemente vivir como normales, como todo el mundo. El respeto a los derechos del hombre, es también el derecho a vivir libremente su sexualidad.

Estas reflexiones de la senadora francesa Cecile Godet, emitidas en 1980 ante la Asamblea Nacional de las dos Cámaras en Francia, plantean muy claramente la inserción del problema de la homosexualidad dentro de uno de los grandes temas del siglo xx, cual es el de los derechos del hombre. Éstos y otros muchos planteamientos se han insertado en el pensamiento del mundo actual al punto de hacer estremecer a la milenaria cultura homofóbica, de tal modo que parecen haber hecho fisuras en sus cimientos. A partir de

ello, no es extraño que hayan comenzado a surgir manifestaciones que pretenden salirle al paso a esas aperturas opuestas al chauvinismo masculino heterosexual frente al temor de perder su hegemonía. Un tipo de literatura ha comenzado a aparecer en los Estados Unidos, a través de la cual parece que se pretende proteger una pureza de la masculinidad, a manera de un sentimiento racista sexual que lucha por instaurarse.

Judith Lynne Hanna informa sobre la aparición de varios libros en que se plantean esas ideas. Sus títulos son: *A Guide Book to All That is Truly Masculine* (Libro guía sobre todo aquello verdaderamente masculino); *The Manly Book* (Manual sobre la masculinidad); *Be a Man* (Sea un hombre); *Real Men Don't Eat Quiche* (Los verdaderos hombres no comen mariscos). Estas obras parecen querer demostrar que la homosexualidad o heterosexualidad no es un problema de fondo, sino de forma, susceptible de aprenderse por fórmulas que van desde el manual cotidiano a la metáfora gastronómica. Un intento de juicio crítico sobre este asunto parece sólo conducir a dos criterios: bien se trata de una promoción empresarial en busca de ganancias financieras a costa de la inseguridad sexual de algunos estratos masculinos de la sociedad estadounidense, o bien, los primeros fuegos de artificio hacen un sexismo heterosexual de corte fascista que se entrena con esos manuales sexológicos, a la manera de Mein Kamp, que aspiran a desarrollar un sexismo de tipo totalitario. Cualquiera que sean las motivaciones, todo parece anunciar un emergente posmachismo llevado a ultranza, sobre todo si se tienen en cuenta algunos hechos ocurridos en la década de los ochenta dados a conocer por la misma autora: una fraternidad masculina de la universidad de Pennsylvania sometió a violencia sexual a una alumna de un plantel de coeducación de ambos sexos, después de haber sido obligada a

ingerir drogas hasta llegar a un estado comatoso. Por otra parte, en Massachusetts, en un lugar llamado Big Dan's Bar, un grupo de hombres violaron a una mujer, mientras era sujeta por otros que sólo miraban el hecho. En ambos casos, se argumentó por los acusados de que no se trataba de un ejercicio de erotismo sensual, sino solamente la puesta en práctica de un deporte de la masculinidad para ejercitarse contra una escondida hostilidad o miedo hacia las mujeres. Decididamente, hechos como éstos parecen demostrar el deseo violento de imponer unos insistentes estereotipos de la masculinidad, como antídoto contra los emergentes asaltos al privilegiado estatus gozado hasta el momento.

Por otro lado, parece importante subrayar que el rechazo a la homosexualidad, tanto femenina como masculina, ha estado basado, hasta ahora, fundamentalmente, en las premisas bio-socio-económicas de la procreación sostenedora del núcleo familiar, eje de las sociedades humanas. Actualmente, la excesiva superpoblación mundial y el empobrecimiento del planeta parecen hacer necesario el control de la natalidad. A partir de ello, los grupos dentro de la sociedad que no propician el aumento poblacional han dejado de ser atentatorios contra ella. Por el contrario, son útiles al futuro por haber desarrollado sistemas de vida social no basados en el núcleo familiar. Esta realidad puede ser considerada como implícita en la nueva valoración de la homosexualidad en el mundo actual. Como es natural, la fuerza del *status quo*, bien enraizado en la cultura universal, tendrá que sentirse incómodo en cuanto a admitir realidades que plantea el futuro con respecto a la sexualidad, basada en los roles sociales de la masculinidad y la femineidad vigentes hasta nuestros días. Lo que sí parece inmediato es la crisis de los estereotipos del machismo y el hembrismo impuestos hasta el momento. Le sigue la apertura hacia nuevas alternativas de la sexualidad,

dentro de las cuales no puede decirse que la homosexualidad sea un novel acontecimiento, ya que es un hecho que siempre ha existido, aunque fuertemente presionado por la ideología de la perpetuación de la especie, la que en definitiva parece que deberá ser revalorizada en un futuro inmediato.

¿Gay and lesbian movement?: ¿una nueva utopía?

A la luz de la culturología contemporánea, una de las últimas y más recientemente estrenada de las ciencias, el fenómeno de la cultura universal es estudiado como un vasto sistema lleno de otros subsistemas que, a su vez, incluyen otros más pequeños hasta así llegar a las ideologías culturales de pequeños grupos minoritarios que se integran en comunidades. Éstas, por su parte, poseen ciertas y determinadas características que pueden diferenciarlas bastante dentro de las más amplias y dentro de las cuales se insertan, lo que quiere decir que dichas culturas minoritarias, mientras más reducidas sean, más posibilidades tienen de estar marginadas. Algunos de estos grupos están precisamente en ese estado de marginación por determinados rasgos que tienen que ver con la sexualidad. Los grupos feministas que se niegan a la total asimilación de una cultura impuesta por la masculinidad son uno de ellos. Actualmente, en el mundo de la cultura occidental, ha comenzado, sin embargo, a hablarse de la honda capacidad que tiene el discurso femenino para revelar subjetividades, hasta ahora ignoradas, del alma femenina, de forma muy personal y de alta categoría expresiva.

Entre los otros grupos minoritarios de este tipo, deben ser considerados los homosexuales. Bien es sabido que estas

minorías han sido objeto del más fuerte rechazo, a través de dos milenios de la civilización occidental, dominadas por el Cristianismo, hecho que no ocurrió en la Antigüedad. Ello les ha impedido, por supuesto, ofrecer imágenes de sí mismas y de la visión del mundo que les rodea. Igual que los grupos feministas que se han organizado y hecho sentir social, política y culturalmente dentro del mundo actual, las minorías homosexuales han creado sus núcleos asociativos. En los Estados Unidos, el Gay and Lesbian Liberation Movement, o en Alemania la Gay Union, son agrupaciones que han alzado sus voces con respecto al derecho a ser respetados. En Francia, el *Dictionnaire Gay*, ya nombrado, informa sobre la existencia y avatares de veintisiete distintas organizaciones de lesbianas y homosexuales con diferentes finalidades que van desde su identificación con ideales socialistas, como la H.E.S., hasta las de filiación cristiana como el Centre du Christ Libérateur. Otras se dedican a altos estudios como el GREH (Group de Recherches et d'Etudes Sur l'Homosexualité) y no faltan las que defienden los intereses de las empresas gay contra los poderes públicos, como la SNEG (Syndicat National de Entreprises Gaies). Algunas de ellas hacen énfasis en la lucha contra el SIDA, como: Act up en París, la AJCS (Association de Jeunes contre le SIDA), o la AMG (Association de Médecins Gaies). Existen las que protegen la conciliación entre homos y lesbianas con el deseo de educar hijos, tal es la APG (Association de Parents Gaies), y aquéllas que promueven la actividad literaria y artística entre lesbianas, como las Octavianas o la ARCL (Archives, Recherches et Culture Lesbienne) con centros de documentación e información para sus afiliadas.

La publicación anual de *Spartacus* (guía internacional gay) muestra gran cantidad de organizaciones a nivel

mundial de este tipo. He aquí una lista aparecida en el número del año 1995/1996:

Arci Gay (Italia); Ataba Movimento de Emancipacao Homosexual (Rio de Janeiro, Brasil); Steffen Berg (Hong Kong); James Brasic (New York, USA); COC (Amsterdam, Países Bajos); Robin Duff (Nueva Zelandia); Federatie Werkgroepen Homoseksualiteit (Belgica); Carsten Hinz (Berlín, Alemania) Hosi Wein (Austria); Kremlins Tours (Moscú, Rusia); Charles Kubler (Zurich, Suiza); Magnus (Ljubljana, Eslovenia); Movimiento Homosexual de Lima (Perú); Occur (Tokyo, Japón); Wolfgang Lampert (Viena, Austria); Jurgen Neumann (Hannover, Alemania); LLG (Oslo, Noruega); PAN Info Switchboard (Dinamarca); RFSL (Estocolmo, Suecia); SETARY (Helsinki, Finlandia); Soho (Praga, República Checoslovaca); Steven D. Giles (Malta); Triángulo Amatista (Montevideo, Uruguay); Calamo, C. Centro de Información y Documentación de las homosexualidades de México (México); Circulo Cultural Gay, Colectivo Sol, Colectivo Masiorare, Grupo Guerrilla Gay, Ruiidodho, Serhume (México D.F.). Los últimos estudios sobre los procesos de interpenetración entre culturas son promovidos por las tendencias conocidas por Multiculturalismo e Interculturalismo. Dentro de ellas existe una total aceptación de las formas expresivas de grupos minoritarios como ricas fuentes de enriquecimiento del acervo cultural universal. Igual que los aportes de las culturas etno- raciales (indígenas, afroides) una poética feminista y una estética homosexual comienzan a ser tenidas en cuenta como factores de interés dentro del panorama mundial de la cultura.



Foto de CRAWFORD BARTON para la revista *Por Ti*, publicación mensual de la Asociación Gay-Lesbiana de Sevilla, octubre de 1998 (superior). Matrimonio homosexual, en París, 1992 (inferior).

Es importante hacer notar que a partir de 1985, una serie de estudios acerca del tema homosexual se van a ubicar dentro de los llamados *Gay and Lesbian Studies* y la *Queer Theory* para instalarse como asignaturas propias en el mundo académico de todas las universidades anglo-americanas, especialmente en las más prestigiosas del mundo como son Cambridge, Harvard, Yale, Columbia, etcétera. Los *Gay and Lesbian Studies* se instalaron en las facultades de Humanidades, Ciencias Sociales y Políticas, así como en las de Psicología, Derecho, Teología y Medicina. Los de *Queer Theory*, a lo largo de los últimos diez años, parecen haber fertilizado en los departamentos de Estudios Hispánicos, según nos hace constar Birger Ankvik en «Introducción: tentativas del amor infinito» dentro del libro de ensayos *India bonita o Del amor y otras artes. Ensayos de cultura gay en el Perú*, de Oscar Ugarteche.

Por otra parte y como señalizaciones de inquietud respecto a la búsqueda de expresiones de una estética gay, pueden mostrarse los talleres y seminarios en que se plantean investigaciones creativas en torno al tema. En Inglaterra, en un evento anual, el Otoño Jackson Lane en la comunidad londinense de Archway Road, soportado por el Haringuey Council, el London Arts Boards y la London Boroughs Grants Units, aparecen ofertas como las siguientes:

Gay Sweatshop presenta la Queer School

La Queer School está constituida por una serie de talleres, seminarios y performances que ofrecen una serie de oportunidades para trabajar junto a algunos de los principales líderes del teatro lesbiano y gay dentro de una respetuosa y nada enjuiciadora atmósfera ajena a la homofobia, y donde los participantes se sienten libres de producir obras que directamente reflejan sus propias experiencias y puntos de vista.

El *Gay Sweatshop*, ahora en sus 21 años de existencia, es la mayor y establecida compañía de teatro lesbiano y gay, que tiene la finalidad de retar la política de compromiso y reacción imperante. Haciendo giras con dos producciones anuales y promoviendo talleres y noches de cabaret, esta compañía ubica las experiencias de lesbianas y de hombres gays con firmeza en el centro de la escena.

Talleres teatrales para la juventud gay y lesbiana

Estos talleres de improvisación, guiados por Lynn Sutcliffe (Off Limits Theatre Co. Lesbian Avengers) permitirá a sus participantes hacer teatro en importantes puestas en escena. Estos talleres son para aquellos que entre la edad de 16 a 25 años sean lesbianas, gays, bisexuales, transexuales o piensen que pueden serlo.

San Agustín y la prostitución

Según es bien conocido, la prostitución ha sido, desde los albores de la historia, el más antiguo oficio ejercido por la mujer, sin que por ello también el varón haya dejado de incorporarla a su vida pública e individual. En este último caso pueden citarse ejemplos tales como el de los llamados *adolescentes volantes* de los centros urbanos del Japón feudal, los *gigolós* parisienses de nuestra época o bien en nuestro país los llamados *jineteros* de la actualidad. Tanto en la Antigua Babilonia como en la India, la prostitución femenina fue practicada en los templos como ejercicio sacerdotal. En Egipto, como en Persia, fue libremente ejercida en la vía

pública como algo completamente natural. En Grecia, el legislador Solón fue el primero en reglamentarla comprando prostitutas fuera del territorio de la República y fundando el primer lupanar. Filemón, en uno de sus escritos, dijo: «Solón, tú has sido nuestro bienhechor con esa invención tan útil para la salud pública.» En esta atmósfera, surgieron las famosas cortesanas llamadas hetairas, algunas de las cuales llegaron a influir en los destinos de su época, tales como Thais, Friné, Liceria y Aspasia.

En Roma abundaron los lupanares y los encontrados en las ruinas de Pompeya, como ya se ha expresado, dan una exacta idea de la arquitectura de estos espacios llenos de celdas, cada una de las cuales era la habitación de una mujer, comprada como esclava por el dueño del establecimiento. Las mujeres públicas o meretrices vestían un traje parecido al de los hombres, pero de color amarillo y Domiciano les prohibió usar litera.

Entre los hebreos, aunque prohibidas por las prescripciones mosaicas, existieron las prostitutas, mujeres que eran además bailarinas y músicas. Se paseaban por las calles o se sentaban a las puertas de sus casas, llamando con gestos a los transeuntes. En el *Antiguo y Nuevo Testamento*, la prostitución era ampliamente reconocida, tanto en casos concretos, como en forma metafórica, a manera ésta última de símbolo de abyección. Ejemplo del primer caso es el de Tamar, nuera de Judá, viuda de dos hijos de éste, quien la toma como ramera al verla sentada en el camino a orillas del río sin sus atavíos de viudez. Embarazada por el patriarca, ella le reclama la progenitura de los dos mellizos surgidos de esa unión. Algo que ilustra la otra forma presentada en la *Biblia* es la apocalíptica visión de san Juan en sus *Revelaciones* cuando describe la siguiente imagen en el capítulo 17:

Ven acá y te mostraré la condenación de la gran ramera cual está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra y los que moran en la tierra se han embriagado con el vino de la fornicación. Y me llevó el espíritu al desierto y vi una mujer sentada sobre una bestia bermeja llena de nombres de blasfemias y que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata y dorada con oro y adornada de piedras preciosas y perlas teniendo un caliz de oro en su mano llena de abominaciones y de la suciedad de su fornicación.

En la América precolombina, según textos del cronista de la conquista de México, Bernal Díaz del Castillo, entre los pueblos indígenas de la región existía la prostitución masculina. Dice: «...también habían de ser limpios de sodomías, porque tenían muchachos a ganar en aquel maldito oficio...» También en el Perú Antiguo a partir de la testificación de los cronistas, los colonizadores impusieron castigos por el ejercicio de la prostitución femenina en el templo de Chíncha y de la masculina en la región de Conchucos, cerca de Huánuco, según Oscar Ugarteche en «Historia, sexo y cultura en el Perú», dentro del ya nombrado libro *India bonita o Del amor y otras artes*. Todo esto prueba la existencia del fenómeno en las antiguas culturas indoamericanas, antes de la llegada del conquistador.

Tan arraigada estuvo la prostitución en las costumbres de la vida social europea que durante el Medioevo la Iglesia tuvo que transigir con ella. San Agustín, cuya juventud estuvo agitada por las pasiones mundanas, dice en *De ordine* (libro II, capítulo XII): «Suprimid las cortesanas y la sociedad sufrirá profundos desquiciamientos.» Más adelante, añade: «Los lupanares son lugares semejantes a las cloacas, que, construidas en los más espléndidos palacios, separan

las miasmas infectadas y purifican el aire.» Carlomagno quiso proscribirla, sin embargo, mantuvo un enjambre de cortesanas alrededor de la persona real. Luis IX de Francia, a quien la Iglesia hizo santo, reconoció la necesidad de la prostitución y publicó ordenanzas que durante mucho tiempo fueron la Carta Constitucional por la que se rigió este oficio en el país. También en España fue tolerada y reglamentada, tanto por los reyes de Castilla, como por los de las casas de Austria y Borbón. Ya desde un código de Alfonso IX, rey de Castilla, junto con las pragmáticas de otros reyes, aparecen disposiciones relativas al ejercicio de la prostitución. Don Jaime de Aragón la reglamentó en Valencia, donde en el siglo xv existía una mancebía de proporciones colosales «tan grande como un pueblo, cerrada por murallas y con una sola puerta convenientemente guardada. Había en este pueblo tres o cuatro calles de casitas ocupadas por doscientas o trescientas mujeres ricamente vestidas».

En Venecia, tierra clásica de las cortesanas, la República buscó mujeres extranjeras para satisfacer la necesidad de la incontinenencia pública. Hasta el momento, Roma había poseído una distinguida colección de prostitutas que fueron llamadas también cortesanas porque su capacidad intelectual competía con su maestría profesional. Sin embargo, el papa decidió expulsarlas de la ciudad y ellas se dirigieron a Venecia. Allí solían mostrarse desnudas en las ventanas para atraer al público. Eran castigadas si tenían relaciones con turcos o hebreos o si contraían el llamado *mal francés* o sífilis. No podían ejercer en las festividades religiosas y la República les imponía altos impuestos sobre sus ganancias. Casi doce mil prostitutas estaban registradas en Venecia cuando la ciudad solamente tenía doscientos mil habitantes. El precio era alto, sobre todo en aquellas muy refinadas que ofrecían a su clientela una compañía de nivel intelectual.

Así, hubo algunas cuyos salones rivalizaban con los de las más encumbradas familias, como la de Beatriz del Este y otras, abriéndoseles al público por medio de pago para entrar. Eran frecuentados por los más famosos hombres de la época, quienes acudían allí para escuchar música, bailar y entablar discusiones filosóficas. Las cortesanas para lograr un nivel cultural tomaban lecciones de canto, danza, latín, correspondencia, pintura y hasta hubo una que se hizo famosa por saber de memoria todo lo que Petrarca y Bocaccio habían escrito. Un famoso cuadro de Vittore Carpaccio muestra a dos de ellas tomando fresco en una terraza, rodeadas de sus perros y pájaros, de un pavo real y de un paje. Las cor-



Dos cortesanas venecianas pintadas en su terraza por VITTORE CARPACCIO.

tesanas hacían alarde de costosos vestidos y usaban zapatos altos, como los antiguos coturnos que aparecen en los pies de una de ellas en el cuadro. Además, se teñían los cabellos de rubio y se adornaban de costosas joyas.

Marketing sexual

Hoy por hoy, la imagen arquetípica de la prostituta callejera, popularizada en los filmes italianos *Mama Roma*, *Las noches de Cabiria*, *Adua y sus amigas* o tantas otras producciones ha evolucionado de forma sorprendente con una nueva conceptualización dentro del comercio sexual de fines del siglo xx. La sociedad de alto consumo, en que el sexo se convierte en objeto susceptible de mayor venta a través de los medios divulgativos de la prensa escrita cotidiana, presta dimensiones jamás previstas en el mundo de la prostitución. Una retórica publicitaria determinada establece un discurso de promoción presto a llenar, o por lo menos prometer al consumidor, la fácil realización de las más altas fantasías sexuales, ávidas de deshinibiciones de todo tipo. He aquí, textos de algunos de estos anuncios tomados al azar dentro de la sección de servicios clasificados del ya citado periódico madrileño *El País*, con fecha del 9 de septiembre de 1995:

TÍA Y SOBRINA. Lésbico auténtico por delante y por detrás.

¡AMA DE CASA! Sábado. Señora atrevidísima.

MIRANDA. Estudiante supernovedosa.

KATTY. Gatica viciosa.

Ya estamos de vacaciones. CAROLINA, MARÍA, SUSANA.

NEGRITA. Espectacular.

¡MELLIZAS! Hoteles permanentes.

Privado. Orgia de Champagne en las manos más expertas. Hombres de cine. Especialistas en masajes. Banana Split combinado con nata y menta. O ¿Quieres otra mezcla?

EN VIVO. Por detrás.

ORGASMO inmediato.

En mi boca.

Kamasutra.

ORGÍA entre machos.

Humilladora.

Fetichismo, lavativas.

SADOTRAVESTI de ensueño, ardiente, lo nunca visto en supermiembro 24 cm. Auténtica erección total. Morena. Pelo largo. Morboso de lujo.

ESCLAVA. Castigo máximo. Griego. Marta.

CASTÍGAME. Átame, esclava preciosa.

FLAGÉLAME. Sin piedad. Carolina.

SUMISA. Jovencita. Obediente. «Bondage». Pinzas. Dolor.

CRUELLA. Te espera.

MARGA. Te enseña a obedecer.

SADOTRAVESTI. Sindy. Morena. Pelo largo,

PRECIOSA. Ama experta en Londres. Encierro, Ataduras, humillación, lluvias, dotadísima, la más morbosa.

MIRA, nosotras somos la nueva generación. Jóvenes, pero atrevidas. Guapas, pero arriesgadas. Mariana, Rosa.

El capítulo de prostitución masculina no es menos espectacular con ofertas de este tipo:

MACHO'S . Nacionales, internacionales.

Activos-pasivos. Jóvenes aniñados.

Jóvenes deportistas.

¡COW-BOY! «Calibre 24».

DIEGO. 18 añitos.

¡MULATO! Joven caribeño.

SOLDADOS. Superdotados. Guardia jurados.

NALGAS insaciables. Tomy.

ROBIN. Enmascarados. Superculo.

MACHO ÁRABE. Superdotado. Guapísimo.

Aniñado JORDI. Un niño en tus brazos.

En esta misma sección de servicios del mismo diario madrileño, seis años más tarde (11 de julio de 2001), pueden encontrarse amplios desarrollos del tema con profundizaciones y variantes de fantasías eróticas que incluyen tarifas exactas, desde ciento dos pesetas el minuto hasta cincuenta mil, con parejas adicionales, pagos por tarjetas de crédito, incluyendo la de visa, clínicas que ofrecen posibilidades de alargamientos del pene, ofrecimientos de novatas no profesionales, esposas de diplomáticos, señoras de sesenta años, posibilidades de repeticiones incluidas en el precio inicial, especiales multiorgasmos, mujeres casadas con y sin permiso del marido, ofertas de profesionales ejecutivos, discotequeras, geishas, golfas y guarras (chusmas y sucias), hombretones velludos, travesti watusi, sin dejar de contar con poéticas y metafóricas expresiones tales como «capricho español cultural no profesional», o «esculpidas para pecar».

Pocos comentarios pueden hacerse de estos textos tan explícitos con respecto a ofertas sexuales con enunciados bien directos algunos, y otros convertidos en metáforas literarias

como Lluvia de oro, Beso negro, Griego, Esclava, etcétera, significantes todos bien conocidos dentro de la jerga *underground* de la prostitución. Como se ve, los textos se muestran como eslabones de una cadena provocativa que va desde la desacralización familiar (tía, sobrina, mujeres casadas, ama de casa o hermanas mellizas) hasta el sadotravestismo combinado; desde características raciales (árabe, negrita, caribeño) hasta las físicas (superdotados, supertetas), sin olvidar gustos psicopáticos (fetichismo, sadomasoquismo, lavativas). Los excesos de la revolución sexual parecen concretarse a la luz de estos anuncios clasificados de cualquier diario de urbe capitalina mundial. Después de ello, sólo queda por preguntarse dentro de este paisaje edénico del jardín de las delicias sexuales: ¿Qué lugar ocupa el tristemente famoso arbusto del SIDA plantado en la era de la revolución sexual?

Sexo de curso legal

Otra muy interesante noticia con respecto al tema de la prostitución aparece también en el periódico madrileño *El País*, del 10 de septiembre de 1995, bajo la rúbrica de «Sexo de curso legal. La prostitución en Holanda da un paso más hacia la despenalización con la creación del Prosex.» A continuación aparecen los detalles de la nueva organización que une a la Federación de Asociaciones de Holanda y el Hilo Rojo, sindicato holandés de prostitutas. La nueva institución llama a todas las mujeres y hombres que se dedican a este oficio a ofrecerles un espacio de mayor protección. Prosex se encarga de organizar su seguridad social, impuestos, pen-

siones, controles médicos y condiciones de trabajo de los profesionales del sector. En principio la nueva organización está dirigida a las mujeres que trabajan en clubes, que son el ochenta por ciento de las estimadas treinta mil personas que ejercen la prostitución en Holanda. Sin embargo, las que trabajan en la calle también podrán inscribirse siendo sólo excluidas las drogadictas. Entre las condiciones de trabajo que exige Prosex está la edad mínima de dieciocho años, la utilización del condón y la prohibición del comercio de personas, drogas y sexo con animales.

El Código Penal holandés que castiga la prostitución hace rato que está bajo cuestionamiento. Ya en 1993 se anunció por primera vez su abolición y en 1995 fue presentada otra proposición al Senado. Ahora es la propia ministra de Justicia quien lo intenta. A partir de esto se espera la despenalización. Desde ese momento la prostitución se convertirá en



El Barrio Rojo de Amsterdam, con prostitutas en las vitrinas de exhibición.

una profesión como otra cualquiera. La situación actual de las prostitutas es prácticamente semilegal pues los dueños de prostíbulos que las acogen para trabajar pagan por ello un impuesto al Estado. El artículo descrito viene ilustrado con una foto de una calle del Barrio Rojo de Amsterdam donde se exhiben las mujeres semidesnudas a los ojos de los transeúntes en espera de clientes. Estas imágenes, según se comenta en el diario, se ha convertido en parte de la vida cotidiana de las grandes y pequeñas ciudades holandesas.

Porno-sex

Es incuestionable que la temática sexual siempre provoca un grado de excitación sensorial, sea ésta matizada por la gazmoñería o por el hipererotismo del receptor, por mencionar sólo extremos. Cuando el objeto sexual se convierte en imagen visual o literaria podrá, quizás, incursionar dentro de los predios del arte o solamente quedar dentro de la simple y procaz obscenidad. Las costumbres e ideologías de cada época y civilización van a determinar los rasgos y carácter de la imagen sexual, según los patrones de moralidad que rijan en ella. Los falos en las puertas de los prostíbulos de la Antigüedad no poseen otra connotación que el significado relativo al carácter del lugar. Pero, sin embargo, la historia del mancebo de Pérgamo o de la matrona de Éfeso de el *Satyricon*, de Petronio, están en el umbral del arte literario y los amplios patrones de la sexualidad en la civilización greco-romana.

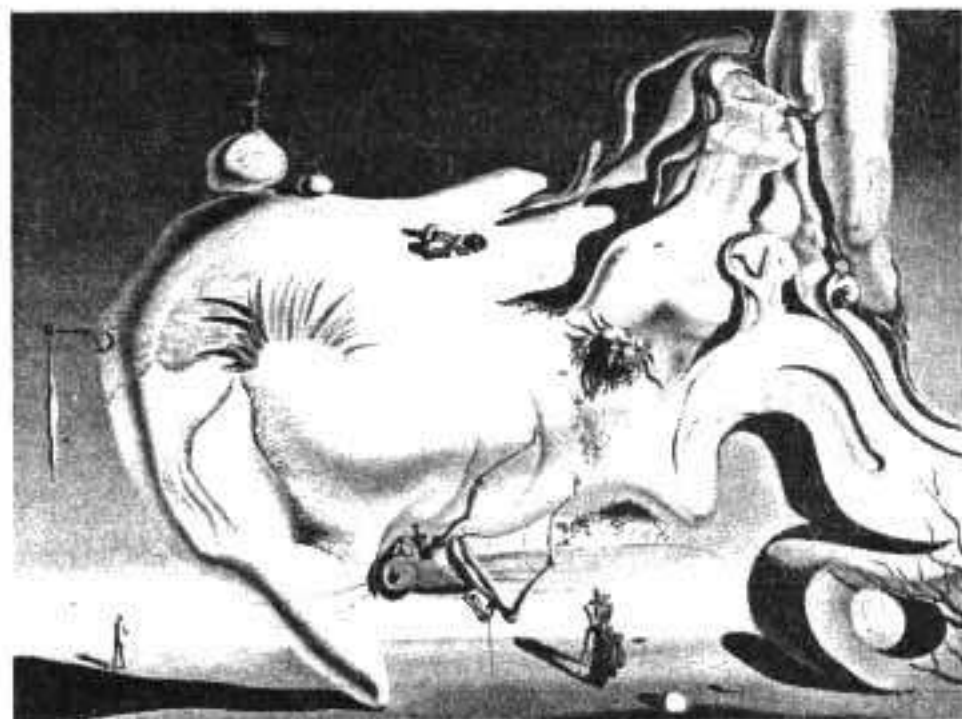
Resulta difícil, aunque necesario en nuestros días, delimitar al arte erótico de la llamada pornografía, término que

por otra parte, viene del griego PORNE (prostituta) y GRAFEIN (escribir), y que por ende se refiere a textos prostibularios plenos de una indecente lascivia. La amplia expansión del contenido pornográfico en el presente a través de los medios masivos de comunicación, poseedores de las más sofisticadas técnicas, ha hecho que comúnmente se confunda lo simplemente obsceno con las obras artísticas eróticas. Por otra parte, han existido auténticas obras de este estilo que en determinadas épocas se han considerado como pornográficas, sobre todo en las cercanías de su publicación, debido al natural rechazo contra la crudeza sexual volcada en sus imágenes literarias. Ejemplos son el *Ulises*, de James Joyce, *El amante de lady Chatterley*, de D.H. Lawrence o *Trópico de Cáncer o de Capricornio*, de Henry Miller. El tiempo se ha encargado de reivindicar los valores estéticos de muchas de esas obras, atacadas precisamente por una moral burguesa criticada en las mismas y puesta a la luz de su falacia.

En *El erotismo en el arte del siglo xx*, publicación de Benedikt Taschen, editada por Angelika Mutheis y Burkher Riemschneider con textos de Gilles Neret (1993), aparece un vasto panorama de la *borderline* actual entre erotismo y pornografía en las artes plásticas del mundo de hoy. Aquí se nos muestran, desde las versiones de amor sublimado de *El beso*, de Auguste Rodin y Gustav Klimt hasta las agresivas imágenes expresionistas de actos sexuales con dos mujeres en *Autoretrato con dos mujeres y Tres figuras* (1920), de George Grosz, las de Andy Warhold, *Partes sexuales* (1978) y las de Jeff Koons en *Butt Red*, *Close up* y *Jeff encima sucio*, todas de 1991. Este último autor ha dicho: «Para mí se trata de utilizar la sexualidad como medio de comunicación.» Robert Mapplethorpe se presenta con su refinado, elucubrado y sofisticado esteticismo homoerótico que va a

crear un nuevo capítulo en la imagen plástica fotográfica del siglo. Por su parte, Salvador Dalí se convierte en un precursor del erotismo plástico, producto de fantasías oníricas surrealistas, utilizando temas tan poco utilizados como el del onanismo en *El gran masturbador* (1929) o de gusto sodomítico en su *Joven virgen autosodomizada* (1954).

Lienzos y dibujos sobre este último tema aparecen en otras publicaciones como *Salvador Dalí. Su obra pictórica*, de Robert Descharnes y Gilles Neret, editada también por Taschen en 1994. En ella llegan a revelarse gustos sexuales del pintor, que aparecen en algunos de sus textos personales, como el siguiente: «Lo más importante del mundo es el agujero del ano.» Al comparar la vagina



El gran masturbador, de SALVADOR DALÍ.

con una coliflor, el artista pretende que ésta es una trampa de la naturaleza para perpetuar la especie, pero que el verdadero órgano del amor es el ano. Afirmaba que en la vagina se chapoteaba sin saber muy bien donde se está, mientras que en el ano no hay equívocos.

En nuestro días, la eclosión del negocio a través de fotos, videos, filmes, revistas y libros de indiscriminado material sexual hace necesaria una revalorización de las fronteras con el fin de esclarecer conceptos. Las tiendas conocidas como Porno-shop abundan en todas las grandes ciudades y capitales del mundo. Allí se pueden adquirir todo tipo de revistas y materiales gráficos relativos a la materia que nos ocupa así como instrumentos para provocar placeres sexuales tales como consoladores, vibradores, látigos, etcétera. Todo esto anuncia la era de la comercialización del sexo en su más cruda forma.

En primera instancia, el elemento *kitsch* mezclado con la expresión porno es una de las características a valorar. El teórico polaco Herzy Ziomek informa que la pornografía actual saca buen provecho de los recursos técnicos del *kitsch*, como son la baratura, accesibilidad y legibilidad, o mejor decir, el facilismo que portan los medios masivos de comunicación.

La fantasía sexual, estimulada ajenamente a una estética artística, se convierte en un pagado «voyerismo a domicilio», suplantador de la experiencia viva en la vida sexual para ser llevada a un área intelectual. Dice Ziomek: «Eludir la participación en la vivencia erótica auténtica mediante la participación pornográfica sustitutiva es eludir las obligaciones de la condición humana.» Existen, sin embargo, en estos tiempos regidos por el signo del SIDA, quienes opinan que un material porno, embellecido por la elaboración tecnológica actual puede llegar a constituir una válida manera de relacionarse con la sexualidad, evitando los peligros del contacto

real que puede implicar un contagio físico. Dejando a un lado esas argumentaciones en pro y en contra, resulta de utilidad la determinación y diferenciación entre lo artístico y lo banal, amén de la implicación cultural de ambos en el mundo actual.

Existe algo que bien define y ubica el sujeto erótico dentro de cada una de esas categorías. Ello es la situación de que cuando la sexualidad deja de ser una acción de íntimo placer, cuando los genitales masculinos y femeninos y el coito en sus diferentes manifestaciones, sea vaginal, anal o bucal, se hace espectáculo, es decir, aparece para su contemplación, es que la pornograficidad se instaura. La espectacularidad en la pornografía es, quizás, su carácter fundamental, más allá de la obscenidad, la lascivia o la indecente procacidad. Opina Ziomek: «Orgiástico puede ser el ritual. Pero hasta el ritual más salvaje no será pornografía, gracias a la participación real de todos. El ritual no es pornográfico, pero puede ser pornográfica la observación del ritual desde un lugar seguro.»

Por supuesto, que el ojo del observador es también una potente determinante en la discusión. Pero desde luego que si el material ofrecido no porta determinados signos de provocación sexual, mucho tendría que ser el esfuerzo que deberá hacer el receptor para poder ponerse en frecuencia pornográfica con el mismo. La descontextualización del acto sexual para convertirlo en acción pública, así como la individualización de los genitales que establecen un sentido de fetichismo sexual, van a elaborar sistemas relacionantes eliminatorios de aspectos complementarios como los de la sublimación del sexo en primera instancia.

Otra característica de la pornografía actual es la preponderancia de la violencia sexual y de la expresividad exaltatoria de la agresividad en las imágenes, tanto visuales como literarias. Desde la imagen desnuda de mujeres en las cajas de

fósforos o cigarrillos de los años treinta, hasta las revistas porno de hoy en día en que la velocidad de las lentes fotográficas permiten captar eyaculaciones saltando al vacío y otras imágenes por el estilo, es bien significativo que la intensidad e intencionalidad de la imaginería agresiva actual forma parte determinante del material porno. Si bien es cierto que la actividad sexual posee un cierto grado de agresión entre los cuerpos que participan en la misma, ello ocurre mezclado con otros componentes eróticos, tales como las caricias, besos y demás procedimientos de placer sensual que forman un todo dentro del acto coital. Sin embargo, precisamente el aislamiento del aspecto agresivo y su énfasis hacia lo desmesurado y procaz viene a constituir la base del carácter pornográfico de una imagen sexual.

Entre los más contundentes ejemplos de la pornografía del mundo occidental se encuentra, en primera instancia, el cine; en segundo lugar, los *comics*, y, en tercero, la llamada pornofonía telefónica. La riqueza de imágenes en viva acción que aporta la cinematografía ha hecho que ésta se convierta en una de las más eficientes vías de colocar el pornografismo en la alta frecuencia de la comercialización. La apertura de salas de cine especializado en la proyección de ese material fue una rápida consecuencia del éxito de *Historia de O* y otros filmes de igual tipo que inmediatamente atrajeron a un público deshinibido y ajeno a la convención de espectáculo para hombres solos, espacio que hasta los años sesenta era el «habitat» de ese tipo de películas. La industria del cine va a agregar un nuevo género a los ya conocidos de suspenso (*thriller*), ciencia-ficción, oeste (*western*), policiaco, comedia, etcétera. Muchas estrellas del firmamento galáxico del cine actual comenzaron sus carreras en ese tipo de cinema, entre ellas Madonna y Sylvester Stallone. Igualmente, este género ha producido sus propios

divos y divas, como es Jeff Strike, famoso por su longitud genital y exhibido en filmes tanto hetero como homoeróticos. Otro ejemplo bien conocido es el de Divine, famoso travesti, *star* del porno-cinema estadounidense de los años setenta, lanzado por el realizador John Waters, quien se constituirá en clásico del cine *underground gay*, aclamado por el éxito de *Polyester* (1981) y *Hairspray* (1988), año este último en que su paquidérmico y voluminoso astro falleciera a los cuarenta y dos años de un ataque cardíaco.

Andy Warhold, el señor del por-art, no desdeñó producir una serie de filmes, calificados como «vulgares y obscenos» por la crítica, a pesar de ser presentados como obras de arte. *Glow-Job* (1963) y *My Hustler* (1965) estuvieron entre ellos. Lanza como estrella a Joe Dallessandro, como estereotipo sexual de la vida de Manhattan, dentro de un mundo de drogadictos, libertad sexual y anarquía cultural, todo lo cual es bien recibido dentro del frenesí cultural del consumo de masas del tercer decenio del último cuarto del siglo xx estadounidense.

En cuanto a la línea del video-filme porno, Williams Higgins se llenará los bolsillos con sus realizaciones, también *gay*: *The Boys of San Francisco*, *Pacific Coast Highway*, y *The Boys of Venice*.

En Francia, el Cinema X florece con características bien propias y con un mercado en las salas especializadas del género que va a sufrir un *crack* con el advenimiento del SIDA. Un canal televisivo, el Plus X, difunde los filmes porno, en general, aunque la legislación en vigor penaliza severamente el porno homosexual. Esto no impide que existan cuatro canales de cine porno *gay* en el país: French Art, Ragtime Video, I.E.M., todos en París, y Renard, en Nantes. La última innovación en el porno-cinema resulta ser el camscope, que ofrece a sus propietarios la posibilidad de ser su propio realizador filmico, así como el protagonista dentro de su pro-

pio ambiente familiar, como su habitación y, por supuesto, en su propia cama.

El *comic* o tira de dibujos que narra una historieta con personajes creados al efecto, fue en un principio una modalidad visual-literaria dirigida a un público infantil y adolescente que tuvo sus inicios en los diarios estadounidenses a fines de los años veinte y que alcanzó gran auge en la siguiente década de los treinta. Personajes como Popeye, Dick Tracy, Flash Gordon y el más exitoso de todos, Mickey Mouse, fueron los pilares originarios de los dibujos que luego se animaron para crear un nuevo género de filmes de alto entretenimiento bien orientados en principio hacia la comedia con destino a la infancia. La proyección de la película principal en las salas cinematográficas se hizo acompañar con otros cortos de relleno, tales como los episodios de vaqueros o viajes al cosmos, y los llamados «muñequitos» animados que con tanto éxito se fueron convirtiendo en verdaderas joyas del género en manos de su creador Walt Disney.

Los originales *comics* o tiras de dibujos de los periódicos y semanarios continuaron su carrera, no sólo dentro del público norteamericano, sino que se expandieron al resto del mundo. Los *Tebeos* españoles fueron publicaciones dedicadas totalmente a esas tiras cómicas en folletos que salían periódicamente y podían ser coleccionados, ya con los textos en español, llenando los gustos tanto del público infantil como del adulto, a partir de los años cuarenta. En el resto de Latinoamérica, las tiras cómicas siguieron apareciendo en periódicos y revistas. Pancho y Ramona, Cuquita, la mecanógrafa, el Príncipe Valiente se publican a todo color en los diarios dominicales cubanos, junto a los ya nombrados Popeye, Dick Tracy, Flash Gordon y el cada vez más gustado Mickey Mouse, con su novia Minnie Mouse,

a los que siguieron Tom y Jerry, Batman, Tarzán y tantos otros de nueva promoción.

Prontamente, surgieron los *comics* porno para gusto y regusto de aquéllos que ya conocían el género infantil por su amplia difusión en los medios de comunicación de la época. Ediciones La Cúpula de Barcelona en su publicación *Dirty Comics. Comics porno satíricos de los años 30*, nos cuenta en la Introducción los avatares de su surgimiento en los Estados Unidos.

En los años 30, los «comics» eróticos se vendían ilegalmente. Las llamadas «Ocho páginas» o «Biblias de Tijuana» (nombre de una ciudad de México) florecieron en una breve época dorada y desaparecieron rápidamente del mercado erótico americano. En la cumbre de su popularidad, las «Ocho páginas» fueron dibujadas en obscuras buhardillas, impresas en garages abandonados y distribuidos en todo el país por el rey de los vendedores especializados: el viejo verde.

Esta época fue la de los difíciles años de la depresión estadounidense en que el desempleo estuvo a la orden del día, cuando los negocios que mantenían la economía del país, se vinieron al suelo. Fue el momento también de la famosa llamada prohibición en que la venta de bebidas alcohólicas se convirtió en ilegal y florecieron los garitos expendedores de esas bebidas. Fue, además, la etapa en que Al Capone y Dillinger se hicieron héroes populares, al mismo tiempo que «un contrabandista era un hombre de negocios y un oficial de la policía era visto como un cobrador de soborno».

Lo interesante de todo esto es que las «Ocho páginas» no eran un producto del hampa, la cual estaba demasiado organizada para hacer negocios de esa

manera. Por el contrario, parece que fueron producidas por pequeños y apretados grupos que florecieron en distintas partes de los Estados Unidos.

Los personajes de estas tiras cómicas parodiaban a los bien conocidos *comics* infantiles, copiados por artistas de «trastienda», a pesar de la oposición de los dibujantes originales que denunciaron el hecho, pero contra el cual los tribunales y la policía fracasaron.

En el período de 1935 a 1939 se hicieron un total de dieciseis redadas a los cargamentos de «Ocho páginas»[...] Ni un solo arresto fue realizado en estas redadas que podían llegar a ser de varios centenares de miles de «Ocho páginas». Las autoridades no pudieron localizar a los destinatarios. Los envíos se perdieron y «los distribuidores» no aparecieron para reclamar las mercancía.

Puede decirse que estas tiras cómicas eróticas se constituyeron en libelos satíricos, a manera de «perversos mordiscos» al *establishment* imperante en aquel difícil momento, siendo, además, utilizadas mordazmente las grandes figuras de la política internacional como Gandhi y Wiston Churchill, en desacralizantes historietas eróticas en que aparecían esas personalidades en forma pornográfica en el área de sus vidas privadas.

De aquellos días a la actualidad ha llovido demasiado como para tratar de seguir la trayectoria del asunto. Basta saber que hoy cualquier publicación de gran prestigio presenta secciones de este tipo dentro de sus lujosas ediciones. Tal es el caso, por ejemplo, del *Playboy* estadounidense que bajo el rubro de «Playboy Funnies» en la edición por su vigésimo quinto aniversario, en 1979, muestra un amplio repertorio de estos *comics* mezclando el sexo con los deportes y el pistoleroismo, y el sexo-porno intergaláxico

con el racismo porno, todo presentado con una refinada factura visual. Bajo el título de «Shaggy Dog Store» aparece un mujer aficionada a hacer el sexo con animales, que comparte su lecho con un perro negro mostrándose en diferentes coitos con el mismo hasta que aparece la visita amenazadora de un perro blanco que irrumpe imperiosamente desde la puerta abierta de la habitación, reclamando sus derechos de raza blanca.

Pornofonía

Pero, quizás, uno de los más sorprendentes inventos en el área porno sea el de las líneas telefónicas dedicadas a entablar conversaciones sobre estos temas, de antemano establecidas por el que utiliza el servicio telefónico y que, desde luego, es pagado según las tarifas de la pornofonía, sea ésta grabada o en vivo. Véanse algunos de los anuncios aparecidos en *El País* madrileño, del 9 de septiembre de 1995 dentro de la llamada Línea Erótica:

Teléfono ardiente. Señoritas
directamente. Permanentemente.
Sadomasoquismo telefónico.
Charlas eróticas.
Grabación en dormitorios.
Sexo en directo. Diálogos sin censura.
Conversaciones porno en vivo.
Gays en directo.
Cita entre hombres. Orgasmo telefónico.
Sexo orgásmico en vivo.
Garganta profunda.

Dos minutos es todo lo que necesitas. Lo más rápido.

Lo más rápido posible. La más sucia acción triple.

X sin cortes ni censuras está esperándote.

Teléfono erótico. Seguimos haciendo realidad tus fantasías. Marta, Carolina, Alicia, Vicky.

Directo con ninfomaniacas.

Señoritas cachondeo.

Gay sexparty.

Boys to boys.

Orgia entre machos.

Esta línea telefónica sigue ofreciendo fantasías de última promoción tales como:

Abuela cachonda busca nieto travieso.

Lesbiana virgen busca macho para iniciarse.

Telemasturbación con señora adinerada.

(Éstas han aparecido en recientes fechas de julio de 2001 en *El País*.)

Para cerrar estos ejemplos de producción porno pueden citarse las versiones de los famosos cuentos infantiles de todos los tiempos, no exentas de humor, en que se narran las violaciones del príncipe por Cenicienta, del lobo por Caperucita Roja, o las orgías de los siete enanitos con Blancanieves. Agréguese la versión porno de la novela de Daniel Defoe que cuenta las incidencias de la instaurada vida conyugal entre Robinson Crusoe y el salvaje Viernes en la isla desierta.

Existe una línea general de opinión que se inclina a pensar que el arte erótico es simplemente aquél que puede

representar lo referente a la sexualidad con belleza propia de una estética artística y que los parámetros formales del mismo se ajustan a patrones de expresividad, regidos por delineamientos de técnicas bien sublimizadas, de las cuales carece por completo la llamada pornografía. Esto, en la actualidad, resulta bastante cuestionable, sobre todo en lo que respecta a la proyección de imágenes. El desarrollo tecnológico de los últimos decenios es tan sofisticadamente elaborado que puede confundir por medio de la belleza física de los modelos o la presencia de personalidades de la cinematografía internacional, así como por el uso del color. A veces, partiendo de estos presupuestos, resulta controvertido el ubicar una manifestación dentro del área del arte erótico o de la pornografía, más aún con la eventualidad que la segunda se ha introducido subrepticamente dentro del primero. Ejemplo de esto se ve constantemente dentro del cinema actual en que imágenes del todo pornográficas aisladamente vistas, pueden convertirse en parte fundamental dentro del contexto de la narración del filme. La filmografía de Almodóvar es una buena ejemplificación del caso. Para nadie es un secreto que Almodóvar, antes de hacer cine, escribía historietas porno para distintas revistas madrileñas. Patty Difusa, la heroína de estos relatos, ha plasmado con posterioridad un tipo de «chica Almodóvar», reiteradamente aparecido en su filmografía, lo que bien le ha asegurado un éxito tanto nacional como internacional. También los filmes de Bernardo Bertolucci rozan constantemente el filo de la navaja con sus atrevidas escenas de sexualidad, justificadas, desde luego, por su ubicación dentro de la contextualidad de la historia filmada. Tales son, por ejemplo, la violación y el asesinato del niño en *Milnovecento* o las secuencias del coito vestido y bajo el sol del desierto en *Bajo el cielo protector*, y también la utilización de elementos morbosos en la actividad sexual, como el uso de la mantequi-

lla para la penetración o la aparición de la rata muerta bajo la almohada en escenas de *El último tango en París*.

La revista estadounidense *Playboy* puede ser un ejemplo paradigmático en su total contenido en cuanto a rupturas de las fronteras entre el arte erótico y la pornografía. Especializados técnicos de la cultura de masas han elaborado, para mejor vender a amplios círculos de lectores, una publicación lujosa que conjuga una vasta gama de intereses visuales y literarios de calidad con temas clásicos e imágenes del todo porno. La edición por el vigésimo quinto aniversario, de enero de 1979, ofrece una buena oportunidad de estudio sobre la materia a través de sus cuatrocientas diecinueve páginas que incluyen secciones astrológicas; anuncios publicitarios de alta factura visual, orientados hacia un misticismo oriental; una entrevista a Marlon Brando; artículos sobre el desarrollo muscular masculino; críticas a la televisión; una colaboración de Ray Bradbury; imágenes de Brigitte Bardot y Marilyn Monroe desnudas; escenas de fuerte acción sexual entre Sara Miles y Kris Kristofferson, tomadas de un filme protagonizado por ambos; un ensayo de Gore Vidal: *Sex is Politics and Viceversa*; un fotodrama de Drácula sometiendo al tribadismo a dos de sus víctimas para luego yacer con ambas en el ataúd; más una encuesta a doscientos hombres y mujeres sobre las excelencias del sexo oral, todo mezclado con profusión de desnudos a todo color y a veces de doble página de las modelos y de todos aquellos que constituyen el *staff* de esta publicación que se autotitula *The America's Leading Magazine for Men*. El artículo editorial de la revista celebra sus principios conceptuales con la exposición de la *Playboy philosophy*, basada en la idea de que el sexo está relacionado con la belleza, la felicidad, la salud y los sentimientos de placer y de realización personal. La represión de ese instinto natural y su asociación con la

vergüenza y la culpa producen en la humanidad frigidez, impotencia, masoquismo, sadismo y todos los tipos de perversiones sexuales, enfermedades sociales y psicológicas, neurosis y psicosis.

Erotismo versus pornografía

Como buenos ejemplos de arte erótico por la total excelencia de sus significaciones formales, pueden citarse los filmes de Pier Paolo Pasolini, realizador de *Las mil y una noches*, *Los cuentos del Decamerón*, *Los cuentos de Canterbury* y otros filmes en los que se presentan amplios frescos de erotismo, donde la sexualidad aparece, a manera de juegos de indudable belleza, tanto visual como significativa por el equilibrio logrado entre sensualidad física y sublimación amorosa. Sin embargo, puede decirse que en su último filme *Saló o los 120 días de Sodoma*, basado en una novela del marqués de Sade adaptada a los excesos del nazismo en los últimos días de su existencia en la Italia del fin de la Segunda Guerra Mundial, hace un alarde más que soportable a los ojos y las emociones del espectador sobre la idea de la degradación del sexo por el poder. El filme tuvo muchos problemas para su proyección, tanto nacional como internacional, aunque opinamos que independiente de los usuales sistemas de censura de la moral hegemónica del *establishment*, muestra una pérdida de los valores de sus anteriores películas en que aparecía una exaltación del sexo, para caer en una filosofía negativa que ya había hecho aparecer en algunos de sus escritos por la época de la filmación de *Saló*. Allí decía que había dejado de creer en el

sexo alegre, punto culminante de un cuerpo feliz; había dejado de creer en eso pues había descubierto que era sólo una ficción. El poder tenía una natural capacidad para transformar al cuerpo en una cosa, algo que bien lo ha caracterizado siempre y en ello la represión nazi-fascista ha sido maestra. Agregaba que la sociedad se había degradado en una falsa permisibilidad y «...también yo me estoy adaptando a la degradación. Me estoy olvidando como eran antes las cosas. Estoy ante el presente y me he adaptado a una mayor legibilidad». Estas declaraciones aparecen en la revista italiana *L'Europeo*, del 28 de noviembre de 1975 dentro de una serie de artículos bajo el rubro general de «El caso Pasolini» a raíz de su controvertida muerte que tanto dividió a la opinión del país en los días del suceso.

El capítulo VIII de *Paradiso*, de José Lezama Lima, es un buen ejemplo de erotismo artístico cuando narra el periplo erótico de un adolescente favorecido por las circunstancias físicas del superfalo que recorre en diversas aventuras sexuales un ámbito familiar que va desde la sirvienta hasta el dueño de la casa, pasando por un chico también sirviente y la propia señora. Un relato de estructura completamente porno se transfigura por la magia literaria del autor en bellas páginas de arte erótico, bien diferentes a las de *Una noche de placer*, de Alfredo de Musset o *Las once mil vergas*, de Guillaume Apollinaire.

He aquí algunos de los fragmentos de *Paradiso*, que bien ilustran lo dicho anteriormente:

La viviente intuición de la mujer deseosa, la llevó mostrar una improvisada especialidad en dos de las ocho partes de que consta un opoparika o unión bucal, según los textos sagrados de la India. Era el llamado mordisqueo de los bordes, es decir, con la punta de dos de sus dedos presionaba hacia abajo el falo, al

mismo tiempo que con los labios y los dientes recorría el contorno del casquete. Farraluque sintió algo semejante a la raíz de un caballo encandilado mordido por un tigre recién nacido. Sus dos anteriores encuentros sexuales, habían sido bastos y naturalizados, ahora entraba en el reino de la sutileza y de la diabólica especialización. El otro requisito por el texto sagrado de los hindúes, y en el cual se mostraba también la especialidad, era el pulimento o torneadura de la alfombrilla lingual en torno a la cúpula del casquete, al mismo tiempo que con rítmicos movimientos cabeceantes, recorría toda la extensión del instrumento operante. Pero la madona a cada recorrido de la alfombrilla, se iba extendiendo con cautela hacia el círculo de cobre, exagerando sus transportes, como si estuviese arrebatada por la bacanal de Tanhauser. Tanteaba el frenesi ocasionado por el recorrido de la extensión fálica, encaminándose con una energía imperial hacia la gruta siniestra. Cuando creyó que la táctica combinada del mordisqueo de los bordes y del pulimento de la extensión, iban a su final eyaculante, se lanzó hacia el caracol profundo, pero en ese instante Farraluque llevó con la rapidez que sólo brota del éxtasis su mano derecha a la cabellera de la madona, tirando con furia hacia arriba para mostrar la arrebatada gorgona, chorreante del sudor ocasionado en las profundidades.

Los grabados de la última época de Pablo Picasso plasman toda una gran fantasía sexual, vista a través de la ancianidad. Esta colección de dibujos muestra la imagen del propio pintor en acto de voyerismo detrás de los cortinajes de su atelier, mientras una modelo desnuda se entrega a un Eros desenfrenado con un pintor juvenil ataviado a la mane-

ra renacentista. De estos grabados, sometidos a un estudio junguiano, Rafael López-Pedraza, en el libro *Hermes y sus hijos*, expresa:

Él dejó tras de sí un legado que nos dice que la vejez tiene sus propias maneras de vivir sus fantasías sexuales. A partir de una sexualidad vivida personalmente, estas fantasías se hacen más y más arquetipales en su contenido, esos contenidos arquetipales con los que estamos lidiando [...]: fantasías sexuales, pornografía y la fantasía del trio.

Sobre esta temática de la diferencia entre el erotismo y la pornografía Vargas Llosa ha opinado:

La frontera [...] sólo se puede definir en términos estéticos. Toda literatura que se refiere al placer sexual y que alcanza un determinado coeficiente estético puede ser llamada literatura erótica. Si se queda por debajo de ese mínimo que da categoría de obra artística a un texto, es pornografía. Si la materia importa más que la expresión, un texto podrá ser clínico o sociológico, pero no tendrá valor literario. El erotismo es un enriquecimiento del acto sexual y de todo lo que lo rodea gracias a la cultura, gracias a la forma estética. Lo erótico consiste en dotar al acto sexual de un decorado, de una teatralidad para, sin escamotear el placer y el sexo, añadirle una dimensión artística. Ese tipo de literatura alcanzó su apogeo en el siglo xviii. Los de ese siglo son grandes textos eróticos que a la vez son grandes textos literarios. [...] Los autores de esa época creían que escribir de esa manera, reivindicar el placer sexual y darle al cuerpo ese tratamiento reverente era un acto de rebeldía, un desafío a lo establecido, al poder. Los escritores eróticos, eran pues, pensadores revolucionarios.

La *Erotica biblion*, de Mirabeau; las *Confesiones*, de Juan Jacobo Rousseau; *Las amistades peligrosas*, de Pierre Choderlos de Lanclos; *Manon Lescaut*, del abate Prevost; *Justina*, del marqués de Sade y tantas otras obras del período fueron actos literarios de libres pensadores que creían que «...el reconocimiento del derecho al placer es en el siglo XVIII un instrumento para conseguir un mundo mejor, más libre, más auténtico, menos hipócrita, un medio para liberar al individuo de las iglesias, de las convenciones». Véase un luminoso ejemplo de esta opinión de Vargas Llosa en los siguientes textos de la *Erotica biblion*, de Mirabeau, quien en un alarde delirante de erudición erótica de la Antigüedad, se regodea en estos curiosos datos de un supuesto diccionario de la voluptuosidad helénica:

Cuando una mujer había *corybolado* (hecho ejercicios) media hora, era secada por muchachos o muchachas, según el gusto, con dos plumas de cisne. Tales jóvenes eran llamados *Jatraliptrae*. Seguidamente, los *Unctores* esparcían bálsamos; los *Fricatores* aseaban la piel. Los *Alipilarii* depilaban, los *Dropacistae*, eliminaban los callos y durezas, los *Paratliltiae* eran niños que limpiaban todos los orificios del cuerpo, las orejas, el ano, la vulva, etc. Las *Picatrices* eran muchachas encargadas exclusivamente de peinar todo el pelo que la naturaleza ha repartido por todas las partes del cuerpo, para evitar los enmarañamientos que dificultan las introducciones; finalmente las *Tactatrices* daban masajes voluptuosos por todas las articulaciones para hacerlas más flexibles. La mujer, así preparada, se cubría con una de esas gasas que, según la expresión de un antiguo, parecía *viento tejido*, y dejaban que brillara todo el resplandor de la belleza; pasaba, ya, al gabinete de los

perfumes, donde al compás de instrumentos musicales, que inundaban su alma con toda clase de voluptuosidades, se entregaba a los arrebatos del amor.... ¿Extremamos nosotros los refinamientos del placer hasta tales extremos?

Una escueta y sencilla nomenclatura de una pequeña parte de las palabras del diccionario de la voluptuosidad, si se nos permite llamarlo así decidirá la cuestión...la *cleiteroide* la fricción del clítoris, la *corintiana* la movilidad de los labios de la vulva; la *lesbiana*, la mujer que tenía la lengua dispuesta para procurar placer, la *siphnissidiana* el bujarrón, la *fisidiana* la masturbación infantil, *sardanapalizar* era revolcar-se entre eunucos y doncellas; *calsidisar*, lamer los testículos, *felatrizar* chupar el glande, *fenicizar* derramar miel, etc.

Por ejemplo, no conocemos hoy lugares lo suficientemente depravados como para hacernos una idea de lo que en Samos se llamaban *jardines de la naturaleza*. Eran casas públicas donde los hombres y las mujeres, revueltos todos, unos con otros, se entregaban a toda clase de lujuria; utilizar aquí la palabra voluptuosidad sería prostituirla. El nombre de *jardines de la naturaleza* se debía a que allí ambos sexos ofrecían los mejores modelos de belleza. Incluso las viejas participaban, en lugares a ellas destinadas, con los rescoldos de su lubricidad. Su comportamiento era hasta tal punto impúdico, que se les comparaba con los animales que tenían el olor, el ardor y la lascivia de los cabrones.

Vargas Llosa, sobre el erotismo en la historia humana, al llegar a la actualidad de nuestra época, dice:

La liberalidad de las costumbres, que es un progreso moral para la sociedad, ha jugado tradicionalmente en contra de la literatura erótica. Ha hecho que el erotismo pierda la carga de inconformismo, de desafío a la moral establecida que tenía cuando los de talante erótico eran libros para leer a escondidas, volúmenes que estaban en los infiernos de las bibliotecas, lo que les daba una aureola especial. Eso ha desaparecido y ha hecho que el erotismo se haya vuelto previsible, convencional, mecánico, es decir, que se haya degradado en pornografía. Hoy escribir un libro erótico es mucho más difícil que en el pasado porque ya no es la censura lo que hay que flanquear, sino el escollo de la banalidad y del estereotipo. Hay una permisibilidad tal que todo es aceptable y aceptado. El efecto escandaloso ha desaparecido. Ahora hay un erotismo más de lujo, refinado, como un juego elegante.

En la literatura moderna hay textos de una gran libertad de expresión, insolentes, hasta vulgares, pero el erotismo no es eso, sino que exige cierto refinamiento. El erotismo no es de sociedades primitivas. Requiere una evolución en las formas y una adquisición de grandes espacios de libertad para el individuo. Sólo en ese contexto la relación sexual se convierte en un juego, en un teatro, en una ceremonia, en un rito, y adquiere una connotación artística. El amor se practica entonces como un espectáculo de formas. Eso no se da en culturas muy represivas ni muy reprimidas, y por supuesto, no se da en sociedades primitivas. La tradición erótica presupone un elevado nivel de civilización.

Por eso el mejor erotismo es el que aparece en obras que no son sólo eróticas, aquellas en que lo erótico es un ingrediente dentro de un mundo diverso y comple-

jo. Y eso nos lleva, de nuevo, a la gran literatura. De ahí que pueda decirse que sin erotismo raramente hay gran literatura. Y al revés, una literatura que es sólo erótica difícilmente llega a ser grande.

Francisco Nieva, literato y dramaturgo español, ya citado, ha volcado su creación teatral dentro del gusto dieciochesco erótico que tanto elogia Vargas Llosa. Nieva se siente atraído por la denominación de un llamado por él «teatro libertino» que surgido dentro de «los teatros privados y de sociedad con inflexión libertina» se gestó en los sótanos de la Ilustración, constituyéndose en vocero clandestino de la literatura erótica de la era de los Enciclopedistas. Fue un teatro festivo, crítico y de una compulsiva relajación moral, heredera del espíritu de Aristófanes y Rabelais, con los procedimientos de personajes fijos propios de la *commedia dell'arte* italiana. Al respecto, opina Nieva:

Es incontable lo que aún se puede decir y especular sobre el teatro libertino del XVIII. Éste fue un tema que me fascinó desde el principio de mis trabajos literarios o escénicos. La generación de los sesenta, en la cual cuentan internacionalmente escritores como Italo Calvino, Pasolini, García Márquez, Mishima, practicantes digamos de un «realismo mágico» ha sentido verdaderamente fruición por estos temas graciosos y desorbitados, las formas populares y arcaicas, el cuento mágico, el teatro menor.

Fue el segundo descubrimiento de Freud y la entronización formal de Sade en la gran literatura. Fue también la aparición de Foucault, con sus trabajos científicos sobre la culpa y la enfermedad y de la revisión crítica del hasta entonces coactivo marxismo.

Sobre las tablas de ese antiguo teatro libertino [...] se produjo una dramaturgia de la trasgresión que nos

conduce hasta Jarry, pero que también tiene el encanto de una rosa prensada y seca, un mundo fabuloso donde el teatro vive como un duende tutelar de la fiesta, la risa y el placer.

La risa desacralizadora

Mucho se ha hablado del poder de desacralización que ejerce el humor sobre el material pornográfico. Ello quiere decir que la risa disminuye el carácter violento de la imagen, ya sea visual o literaria, del material porno y aun del hablado. De ahí, la carrera de éxito del chiste obsceno popular y del llamado «teatro para hombres» donde florecieron diálogos y acciones escénicas en que el equívoco o doble sentido, llenos de crudo erotismo, estallaron con el estrépito de la carcajada. La fuerza de liberación de energía sexual que permite la expansión del humor erótico, preserva usualmente, aunque no siempre, por supuesto, de hacer caer una manifestación en el abismo de la vulgaridad y el procaz mal gusto porno. Ya Aristófanes, uno de los grandes del teatro universal, conoció ese secreto y supo utilizarlo en sus obras.

Un antiguo género literario, hoy en desuso, el epigrama, debió al humor un alto porcentaje de atractivo por su carácter satírico, sin perder las fronteras de lo poético, convirtiéndose en una especie de crónica crítica de las costumbres de la época de la poderosa y turbulenta Roma, en la pluma de algunos de sus más notables epigramistas, cuya más alta cima fue ocupada por Marcial en el siglo I de nuestra era.

Nacido en el año 42 en los territorios ibéricos cerca de Calatayud (recuérdese la famosa copla aragonesa de La

Dolores), se trasladó a la cabeza del imperio, bajo la protección de Séneca y Quintiliano, también españoles, literatos de gran prestigio. Desde el epigrama, Marcial supo trazar y dejar para la posteridad un gran fresco riente, en la gran mayoría de los casos, de las costumbres ciudadanas de Roma, dueña del mundo de la época y populosa urbe en que bullían patricios, esclavos, comerciantes y toda clase de ralea en sus ajetreos de negocios, trabajos y placeres.

La gracia y el ingenio español se instauran en las letras del imperio a través de este grande de tan pequeño género literario, desaparecido hoy, pero que tuvo su florecimiento inclusive en la Edad de Oro de la literatura española en ilustres cultivadores, como Quevedo. El epigrama se constituyó en cortos mensajes, prácticamente notas, que debían ser fijadas en monumentos que recordaran algún hecho o personaje importante. Surgido en Grecia, como todo lo culto helénico, fue acogido en Roma, ampliándose su uso para acompañar el envío de regalos, obsequios, una flor, una invitación, y aun hasta un desafío. Esa breve nota era utilizada, dentro de una calidad poética para plantear ingeniosas sutilezas, ya con fines de alabanzas o de críticas, alrededor de la personalidad de alguien a quien iba dirigida. Una definición de Casares lo concreta como «una expresión poética breve en que con precisión y agudeza se expresa un pensamiento festivo y satírico». Un tipo de agresividad ingeniosa con humor festivo podía convertir una idea sonriente en un dardo agudo, especie de graciosa picadura de avispa dirigida al que se le enviaba.

El tema erótico dentro de la libre ética sexual de la época ha dado sabrosos comentarios epigramáticos de los cuales presentamos algunos que retratan la atmósfera escandalosa con respecto a ese tema en la Roma imperial, llena de urbana picaresca. Es característico de Marcial el no ser un

moralista, sino un poeta humorístico que utiliza la ética moral solamente para divertirse y sacar provecho de ella, sin profundizar en las ideas. La poética epigramática de Marcial acude más a la sonrisa cosquilleante y el entretenimiento del ocio ciudadano que a la profundidad de los conceptos morales. Su crítica es indulgente y simplemente usa su vena satírica sin gusto por la ofensa enojosa que siempre parece merecer la materia del mundo social de cualquier época.

Véanse algunos de los famosos epigramas de Marcial sobre el tema erótico:

Lo que vale un esclavo.

Un mercader de esclavos me ha pedido cien mil sextercios por un joven; me he puesto a reír, pero Febo lo ha dado sin chistar. Mi virilidad ha sufrido por ello y se queja de mí en secreto mientras que a mis espaldas aprueban a Febo. Pero por otra parte la virilidad del joven ha valido a Febo un pequeño y agradable don de dos millones de sextercios. Dádmelos a mí y lo compraré a más alto precio

A Clipto.

El miembro que ya no tenía fuerza para atiesarse ha sido, Clipto, objeto de una operación quirúrgica. ¡Gran loco! ¿Qué necesidad tenías del hierro? Eras ya un Gallo.

A Gallo.

Huye, te lo aconsejo, de las redes artificiales de un adulterio notorio ¡oh Gallo!, tu cuyo cuerpo es más bello que las conchas de Venus. ¿Confías en tus nalgas? El marido no hace caso de ellas; sólo usa dos cosas: la boca o la vagina.

A Hillo.

Aunque en tu caja fuerte a menudo no hay un solo denario y encima más usado, Hillo, que tu culo, no son

ni el panadero ni el tabernero los que se aprovecharán sino el primer recién llegado que pueda enorgullecerse de su virilidad. Tu vientre infortunado contempla los festines que aquel se da y el desgraciado siempre tiene hambre mientras que el otro devora.

A Labieno.

Si depilas tu pecho, tus piernas y tus brazos; si tu virilidad después del trabajo de la navaja, solamente está envuelta de pelos traviesos es porque Labieno, ¿quién no lo sabe?, esperas gustar a tu amante. Pero, ¿a quién esperas gustar, Labieno, cuando te depilas el trasero?

A Papilo.

Tu virilidad es, Papilo, igual en longitud a tu nariz, y puedes cuando estás en erección, olfatearla.

Carino.

Carino no conserva ni vestigio de su trasero, hundido hasta el ombligo, y, no obstante, una comezón le quema hasta allí. ¡Qué prurito es el que atormenta al desgraciado! No tiene trasero y, sin embargo, le gusta lo que es contrario a la naturaleza.

Cinna.

Marulla te ha hecho, Cinna, siete veces padre, pero ninguno de tus hijos es libre; porque ninguno es tuyo, ni siquiera de un amante o de un vecino. Concebidos sobre camastros o esteras, muestran en sus rostros las faltas de la madre. Esed, el moro que marcha con ensortijados cabellos, demuestra en su aspecto que es hijo del cocinero Santra. Aquél, con su nariz chata, y los labios gruesos, es el retrato de Panico, el luchador. ¿Cómo ignorar que el tercero es hijo del panadero, que es conocido y considerado por el legañoso Dama? El cuarto, con su aire vicioso y su tez pálida, ha nacido de las maniobras de tu pequeño Lygdo;

puedes hacer con él lo que haces con el padre, si así te gusta, sin que cometas ningún crimen. Ese otro, con su cabeza puntiaguda y largas orejas, movibles como si fueran las de un asno, ¿cómo es posible que no denoten el hijo del bufón Cirta? Las dos hermanas, una negra y la otra rubia, son hijas del flautista Croto y del campesino Carpo.

Y tendrías ya una turba de esclavos más numerosa que los hijos de Niobe si Coreso y Díndimo no hubieran sido eunucos.

Cresto.

Si no intercambias regalos, Cresto, con nadie, a mí tampoco me ofreces ni me das regalo alguno; te considero muy generoso. Pero si los devuelves a Apicio, a Lupo, a Gallo y a Titio o a Cesio te habrás de ver no con mi virilidad que es honesta y de modestas proporciones, sino con la de un judío escapado del incendio de Jerusalén y condenado recientemente a pagar tributo.

Galla.

Llevas ya Galla, seis o siete uniones con prostitutas; te enloquecen sus cabellos y su bien peinada barba. Después —habiendo experimentado su falta de virilidad que no puede levantar ni siquiera tu mano— parece que renuncias a los combates de amor, a un marido sin nervio, y todo para volver a caer en los mismos amores de antes. Busca un hombre que sólo tenga en la boca los nombres de Curio y de Fabio, que tenga el pelo hirsuto y que tenga cierto aire de rusticidad fiera y áspera. ¡Lo encontrarás! Pero el grupo de rostros tristes, también cuenta con invertidos. Es difícil, Galla, casarse con un hombre verdaderamente macho.

Amilo.

Es con la puerta abierta, Amilo, que gozas de tus jovencuelos ya adultos y deseas que te sorprendan en tal ocupación; temes que tus libertos, los esclavos que te han legado tu padre y un cliente, peligrosos por sus malignos propósitos, charlen por doquier... Eso, Amilo, es igual al que quiere probar con testigos que no se prostituye, pero a menudo hace lo que hace sin testigos.

Filenis.

Filenis con mano presta sodomiza jóvenes y más furiosa que un macho en celo, deja exhaustas en un solo día a once jovencitas con sus caricias. De otra parte, se arremanga para manejar el harpasto. Está roja de la arena con que se frota y menea con brazo fuerte haleras con manos demasiado pesadas para los jóvenes; después con el cuerpo sucio por la polvorienta carrera, se hace masajear a mano por el dueño del gimnástico, que unta su piel. No come, no se pone a la mesa hasta que ha vomitado siete medidas de vino puro, cifra que alcanza mientras se embaula dieciséis panes de los que comen los atletas. Puesta a punto con todo esto no se dirige a los hombres, pues eso le parece poco viril, sino que ataca frenéticamente con sus labios el vientre de las jóvenes. Puedan los dioses, Filenis, darte una mentalidad adecuada a tu sexo, tu que estimas que la virilidad consiste en usar la lengua.

Pontico.

Como que nunca haces el amor y tu mano izquierda te sirve de concubina, dócil a tus deseos, poniéndose al servicio de Venus, ¿crees que no hay nada más? Es un crimen, créeme, un verdadero crimen cuya enormidad tu espíritu no puede calibrar. De hecho, le fue

suficiente una vez al viejo Horacio para engendrar tres hijos; una vez necesitó a Marte para que la casta Ilia le diera dos gemelos. Pero nunca le habrían nacido si el uno y el otro hubieran querido que sus manos se encargaran de satisfacer sus inmundas satisfacciones. Créeme, la misma naturaleza te habla de esta manera: «Lo que tus dedos pierden, Pontico, es un hombre.»

Policarmo.

Cuando posees una mujer, Policarmo, ordinariamente acabas descargando tu vientre. ¿Qué haces, Policarmo, cuando te ensartan?

Marulla.

Tantas veces como Marulla sopesa entre sus dedos la virilidad de un hombre la mide y dice el peso en onzas, libras y sextos; pero luego, cuando el trabajo está terminado y los ejercicios la dejan como una correa floja, Marulla dice cuánto se ha aligerado. No es una mano eso, sino una balanza.

Ligeia.

¿Por qué, Ligeia, depilas tu sexo tan viejo? ¿Por qué remover las cenizas de tu propio cuerpo? Estos trucos elegantes son convenientes a las jóvenes —pero tú ya sólo puedes pasar por vieja: lo que tú haces, Ligeia, créeme, no es propio de la madre de Héctor sino de su esposa. Te engañas si todavía crees que tienes un sexo cuando los deseos del hombre han dejado de prestarle atención. Si tienes, pues, algún pudor, Ligeia, no arranques la barba al león muerto.

Almo.

Almo siempre está rodeado de eunucos y además es impotente; y después de eso, ¡todavía se queja de que Pola no le dé hijos!

Ya basta.

Que con tu rústico rostro despellejes los tiernos labios de Galeso de cara como la nieve, que duermas con un Ganimedes desnudo, sabiéndolo todos, es ya bastante. Pero ha de ser suficiente; no quieras excitar más deseos con tu libertina mano. Respecto a los adolescentes imberbes, es más culpable que tu miembro viril; tus dedos desfloran la pubertad; de aquí ese olor a chivo, esos pelos prematuros; esta barba de la que su madre se extraña. Es por eso que no queremos verte bañar con los adolescentes a pleno día. La naturaleza ha producido el macho en dos partes; una está reservada a las mujeres y la otra a los hombres. Usa la que te pertenezca.

Lino.

Tu tan licenciosa virilidad y tan familiar a muchas mujeres he aquí que ha perdido su fuerza. Ponte en guardia, lengua.

Enfado.

Habiéndome sorprendido con un afeminado, me diriges, mujer mía, palabras furiosas y añades que tú también tienes posaderas. ¡Cuántas veces dijo lo mismo Juno al pillastre de Júpiter! ¡No por eso deja de acostarse con Ganimedes ya mayor! El héroe de Tirinto descansaba su arco para acariciar a Hyllas; pero, ¿crees por eso que Megara no tenía muslos? Diana, huidiza era el tormento de Febo, mientras tanto el joven hijo de Eballo hizo que el dios olvidara su amorosa llama. Criseia se complacía en presentarse de espaldas al hijo de Eaco; su imberbe amigo estaba más cerca de él. Evita, pues, dar nombres masculinos a tus asuntos, y dite mejor, mi mujer que posee dos sexos.

Mevio.

Solamente soñando se yergue tu virilidad, Mevio, y empiezas a orinarte; tu órgano —una piltrafa— es excitado por tus fatigados dedos y a pesar de ello no levanta su cabeza muerta. ¿Por qué molestar en vano sexos y posaderas? Dirigete a las alturas; allí puede todavía vivir una virilidad agotada por la vejez.

Filomuso.

Nos miras insistentemente, Filomuso, cuando nos bañamos y me preguntas sin cesar por qué tengo poco pelo a pesar de que el sexo está desarrollado. Responderé con franqueza a tu pregunta: Porque ensarta a los importunos.

Caridemo.

Antes eras rico, pero entonces eras un sodomita y durante mucho tiempo no has sabido lo que era una mujer. Ahora corres tras las viejas. ¡Oh, poder irresistible de la indigencia! Te ha convertido, Caridemo, en un hombre.

Flaco.

Tantas veces como te entregas a los abrazos de los perversos, piensa, Flaco, que metes la cabeza en una piscina.

Telesilla.

En una noche puedo cuatro veces; pero si dentro de cuatro años puedo una sola vez, Telesilla, perezca yo.

Alauda.

Tu mujer te llama perseguidor de esclavas, pero ella corre detrás de los portadores de literas. Sois, Alauda, parejos.

En Cuba, nuestro teatro Alhambra también lo supo hacer, a través de varias décadas con un tipo de teatro sólo para

hombres y al cual no tenían acceso las mujeres ni los niños, dada la restrictiva moral burguesa heredada del siglo XIX, y aún vigente en las primeras décadas del XX en nuestro país.

Dice Ziomek: «La comicidad suprime la pornografía.» Y agrega: «El humor [...] actúa antipornográficamente.» Es decir, que el distanciamiento establecido ante la imagen porno, capaz de encarnar con su espectacularidad las fantasías del espectador, se rompe al estallar la burla risible. De esa manera, el humor actúa como un antídoto contra la vulgar lubricidad.

En la actualidad dicho humor sigue jugando un gran papel en consorcio con el material porno al ser utilizado magníficamente por muchos artistas contemporáneos igual que lo han hecho los del pasado. En el área del cine, quizás, quien lo haya usado con mayor eficacia sea el ya repetidamente citado Pedro Almodóvar en su filmografía. Excelentes ejemplos pueden ser las escenas de las violaciones de las protagonistas en *Tacones lejanos* y *Kika*. La primera efectuada por un supuesto travesti y la segunda por un psicópata sexual. Esta última es considerada como la secuencia más larga, jamás filmada en la historia del cine universal, de una violación. Sin embargo, su carga de risibilidad es tan fuerte en la situación general de la acción del filme que la obscenidad y la indecente procacidad se convierten en un juego de imágenes que llega a un hilarante clímax, cuando el violador aquejado de eyaculación retenida es obligado a la fuerza a interrumpir el coito y sale corriendo al alto balcón de la terraza que da a la calle a masturbarse, cayendo el semen en la cara de la extravagante reportera que entra en ese momento al edificio en busca de noticias escandalosas.

Otro ejemplo de fino humor desacralizante de la cruda pornografía nos lo da el escritor cubano Abilio Estévez en su

novela *Tuyo es el reino*, merecedora del Premio al Mejor Libro Extranjero del año 2 000, en Francia. En uno de sus fragmentos expresa:

Desnúdate, vamos. En apariencia, él está mirando el dorado de los halos, las alas y el traje del ángel de la Anunciación, en realidad ve a Sandokán desnudándolo, zafando enérgico los botones de la camisa que cayó al piso con suave recato. Las manos de la virgen se doblan sobre el pecho con una delicadeza inusitada, él tiene delante, en cambio, las manos grandes, viriles de Sandokán que se acariciaba a sí mismo. Pasando la página, ve un detalle de *La Anunciación*: Adán y Eva expulsados del Paraíso. En el azul oscuro del cielo ve otra vez la piel blanca del muchacho, limpia hasta el exceso, el cuerpo de proporciones perfectas. El cuerpo desnudo lo sacudió con placer anticipado. Se detiene en la tabla de *La Coronación de la Virgen* y recuerda cómo se inclinó para besar las tetillas sonrosadas, las abultadas tetillas, y recuerda cómo, al mismo tiempo, apretaba con las dos manos la cintura. Qué bien dibujado el perfil de la virgen, dice, tratando de justificar, quizá, el que en ese instante se vuelva a ver en la cama con aquel hombre furioso encima. Sandokán lo estudia con ojos entre pícaros e ingenuos, en silencio. Rolo se aparta para mirarlo desnudo. (La sábana es un eufemismo.) El fresco de *La Coronación de la Virgen*, que está en el convento de San Marcos, tiene colores que impactan por su delicadeza, no obstante, está mirando los muslos de Sandokán. Son maravillosas las telas de Cristo y de la Virgen, de un blanco sorprendente, y Rolo está mirando la blancura de la piel de su amante. Es imponente el fresco de *La Transfiguración*: él se ve la-

miendo la virilidad triunfante de Sandokán. Y pasa la página y llega a *La Crucifixión*, en el minuto en que el joven se lanzó sobre él y lo penetró brutalmente y Rolo se quejó, pero abrió las piernas, se entregó resignado, gozoso, sudando él también, uniendo su sudor al de Sandokán que lo hacía disfrutar hasta las lágrimas. Experimentó algo que no sentía desde hacía mucho, ¿el mundo se había detenido? Es maravilloso este detalle de *La Transfiguración*, apunta con tono conocedor, la verdad que el Beato Angélico...

Joaquín Sabina, cantautor que plasma en sus textos una imaginería bien reveladora del erotismo urbano de nuestra época, evoca en una de sus canciones, a ritmo del *twist* de los años sesenta, ese consorcio de humor y pornografía que caracteriza a algunos aspectos del arte contemporáneo, encarnado en una especie de burla a la sexualidad espectacular de nuestros días.

OCUPEN SU LOCALIDAD

*Vengan, pequeños y grandes, que no olvidarán
El fabuloso programa que les voy a presentar
Mientras el siglo cansado va acercándose a su fin.
Animense, no lo duden, que se van a divertir: Ocu-
pen su localidad y presten toda su atención.
A punto está de levantarse el telón.*

*Aprenderán aquí todos los misterios del amor
Con el señor Casanova y su eyaculación precoz;
Perversas virgenes rubias se masturban para Ud.
Mientras sus gordas madrastras les preparan de
beber.*

*También contamos con la inestimable participación
Del enano de la orquesta Mondragón;*

*Hermosos jóvenes nazis bailan un rock'n roll
Con un famoso travesti, capitán de la legión
Más tarde alguna muñeca toda vestida de azul
Se quita su camisita y su breve canesú.*

*También contamos con la inestimable participación
De Ivonne de Carlos y Jack el Destripador;
El joven marqués de Sade actuará a continuación
Sodomizando a una monja del Sagrado Corazón;
El Conde Drácula chupa sangre de un espectador
Cuando se escuchan disparos y muere el apuntador.*

*Ocupen su localidad y presten toda atención
A punto está de levantarse
A punto está de levantarse el telón.*

El cuerpo trasvertido

La revolución sexual que tanto asombro nos ha producido en las últimas décadas al derrumbar muros más sólidos y, al parecer, más inconmovibles que el de Berlín, ha abierto un espacio bien controvertido como es el de un área ambigua, conocida por travestismo en que se mueven personas de ambos sexos que gustan cambiar sus imágenes exteriores, usando vestimentas y otros accesorios diferentes al de su género y exhibirse con ellas públicamente. Pocas ciudades de la actualidad mundial dejan de mostrar en lugares abiertos (calles, plazas, avenidas) o privados, aunque de acceso público (bares, teatros, cabarets), a personas —especialmente hombres— que deambulan travestidas de un lugar a

otro, y con preferencia en horas nocturnas. El arte se ha hecho receptor de ellas y un público de diversas manifestaciones culturales encuentra en novelas, filmes, obras de teatro y danza y exposiciones de arte fotográfico, imágenes de ese tipo para solaz de muchos y escándalo de tantos otros. El superpremiado filme de Almodóvar, *Todo sobre mi madre*, hace de algunos de los personajes del mismo, vivos ejemplos de esa ambigüedad de imagen, tanto visual externa como psicológica, al extremo de que uno de los trucos dramáticos usados reside en que hasta determinada sección el filme la audiencia no está segura de que uno de sus personajes es un hombre travestido. Ya Almodóvar había jugado con esa situación en *La ley del deseo*, en que la hermana de uno de los protagonistas, interpretada por Carmen Maura, es un transexual que ha logrado el cambio de sexo por los pertinentes medios quirúrgicos de la actualidad según se sabe hacia el final del filme. En *Priscilla, la reina del desierto*, se narran las aventuras de tres travestis, uno, homosexual, otro, bisexual, y, el tercero, un transexual, en una *tournee* de pesadilla por los desérticos caminos australianos portando todo su oropélico vestuario.

En literatura Severo Sarduy en su novela *De donde son los cantantes* crea, con Auxilio y Socorro, dos delirantes personajes que hacen caer al lector, a lo largo de muchas de las páginas del libro, en duda con respecto a su identidad sexual. Este procedimiento también lo ha seguido otro escritor cubano, más joven y menos experto, Pedro de Jesús, en *Sibilas en mercaderes*, parangonando o haciendo cita de Sarduy con Cálida y Gélida en sus aventuras fantasmales por una ciudad de La Habana, de no se sabe qué época ni tiempo. El mundo de la danza de la actualidad, gusta presentar bailarines varones con grandes y amplias sayas, como las de los *derviches* de la secta sufi del Oriente Medio, confundidos en el escenario

con las bailarinas. Mats Ekt ha creado una bien punzante versión de *El lago de los cisnes*, en que los poéticos animales son interpretados conjuntamente por mujeres y hombres travestidos, inclusive, uno negro, con el convencional tutú de tules blancos de la obra original. Con esto podemos observar que la subversión de los géneros está a la orden del día, no sólo psicológica, sino también socialmente, tanto individual, como espectacularmente. En *La cage aux folles*, comedia musical norteamericana sobre el tema aparecen una buena cantidad de personajes femeninos en la escena, de los cuales solamente uno es una verdadera mujer, pues todos los actores-cantantes-bailarines del reparto son hombres travestidos. Esta obra ha sido llevada al cine, tanto en Europa como en los Estados Unidos con gran éxito de taquilla.

En la década de los setenta, el famoso grupo rockero Velvet Underground presentaba a su cantante Lou Reed, fabulosamente travestido dentro de un agresivo espectáculo que ha quedado en la leyenda de aquella mítica década y que acaba de ser llevado a un filme. Los Rollings Stones se vistieron de azafatas con aire perverso en 1966 y en uno de sus discos, *The New York Dolls* aparecen en la carátula como prostitutas de Broadway. Los también famosos Queens nos han dejado sabrosas imágenes travestidas entre las cuales podemos descubrir fácilmente a Freddy Mercury, no menos coquetonamente ataviado que sus compañeros musicales.

Otra manifestación artística que se ha solazado en la divulgación del travestismo es la fotografía artística liderada por una buena cantidad de profesionales, algunos de los cuales se constituyeron en modelos de sus propias fotos como Claude Cahun, Pierre Molinier, Cindy Sherman y Pierre et Gilles, entre otros.

Una amplia exposición de estas fotos fue exhibida en San Sebastián, España, del 12 de junio al 6 de septiembre de

1977. El catálogo-libro bilingüe en vasco y español, con el título de *El rostro velado*, tuvo como autor a José Miguel G. Cortés. En el mismo se hace un profundo estudio del fenómeno en función de la exposición fotográfica, mostrando en los títulos de sus capítulos bien provocativos temas, tales como: «El travestismo: un desafío histórico a las diferencias»; «El andrógono en el siglo XIX: entre el mito idealista y el deseo sexual»; «Acerca de la construcción social del sexo y el género». Estos tres capítulos teóricos son seguidos por otros tantos en que se penetra concretamente en el mundo subjetivo de los artistas expositores. He aquí sus títulos: «La ambivalencia de la máscara: de Rose Sélavy a Claude Cahun»; «Pierre Molinier y el autofetichismo de los años setenta»; «Explorando la identidad y el deseo: de Cindy Sherman a Pierre et Gilles.»

Este catálogo-libro, nada fácil de conseguir, por cierto, exhibe un material inapreciable de fotos y una copiosa bibliografía sobre el tema, que transita desde Freud y Foucault hasta Mishima y Genet, pasando por Barthes, Sontag, Warhold y tantas otras personalidades.

Me parece bien interesante la ubicación de este fenómeno, que, no por difundido en la actualidad, ha dejado de estar presente en toda época, desde los danzantes travestidos de los rituales agrarios hasta los personajes carnalescos de las escuelas de zamba brasileñas, desde las comparsas habaneras o las de Santiago de Cuba hasta los lujosos transformistas como los presentados en el Casino de París o los modestos, aunque no por ello menos vistosos, del Mejunje villaclareño cubano de los últimos años.

El capítulo 3 de la primera parte ofrece un amplio panorama con un enfoque profundo del fenómeno utilizando como punto de partida el clásico texto de Freud que dice: «No existe masculinidad ni femineidad alguna en estado puro en

los seres humanos, sea desde el punto de vista psicológico o biológico.» Más adelante, se utiliza otro texto del mismo autor: «En ningún individuo masculino o femenino, normalmente desarrollado, dejan de encontrarse huellas del aparato genital del sexo contrario.» Y después: «...cada individuo presenta una mezcla de rasgos pertenecientes a su sexo y al opuesto, y se muestra al tiempo activo y pasivo, independientemente de si estos últimos rasgos de personalidad coinciden con su biología o no». Este basamento biocientífico va a ser confrontado con el sociológico, según el cual:

El cuerpo humano es un material rico y complejo, un generador de mitos, un productor de símbolos mutables que se escapan de cualquier estructura rígida, verdad fundamental o significación dada, de contenido arquetípico. Sin embargo, las personas tenemos un constante deseo de controlar y codificar nuestro cuerpo para que éste emane un conjunto de mensajes y toda suerte de fantasías. Los individuos llegamos a domar nuestro cuerpo mediante un proceso de aprendizaje cultural en el cual se asimila el control y las limitaciones que el sistema social impone a la utilización del cuerpo como modo de expresión.

Esto implica que «la expresión corporal está relacionada [...] y determinada por la cultura», ya que «el control corporal constituye una expresión de control social», según Mary Douglas; lo cual quiere decir, por supuesto, que un área donde bien se hace sentir sobre todo ese poder social es «el campo de la conducta social». Como consecuencia: «La concepción corporal y sexual de la persona está estrechamente vinculada al poder cultural», en que, lógicamente, el hombre es la medida de todas las cosas y la mujer no existe como categoría ontológica definida.

A partir de las incidencias de estos dos aspectos, el biológico y el social, se debe arribar a la idea de que el sexo

masculino o el femenino se refieren a lo biológico, mientras que el género, sea uno o el otro, tiene que ver con lo sociológico. De ello se infiere también que desde el punto de vista biológico no existen rasgos, actitudes, temperamentos o estereotipos propios o intrínsecos de uno u otro sexo, sino que es la evolución histórico-social la que marca modelos de comportamientos seleccionados y fijados por la cultura de cada sociedad en un tiempo y espacio determinado.

De ahí que, el humano es un ser en continuo proceso de construcción, a través del contacto con el medio social del cual va a surgir el género masculino o femenino, que crea sentimientos, actitudes y tendencias que contribuyen con un particular efecto en la sociedad, siguiendo modelos de comportamiento que dotan de códigos bien claros y concisos, capaces de constituir un sistema de jerarquías que no solamente establecen la diferencia entre los dos géneros, sino que también lo hacen con respecto a que el masculino es superior al femenino. Es a través de esos códigos y esas jerarquías que se satisfacen las necesidades sociales y se establecen los medios válidos para cumplimentarlas, junto con los modos en que se relacionan las personas dentro del conglomerado social. Tales diferencias marcan también una desigual distribución de responsabilidades en la producción social que claramente deben de beneficiar a la masculinidad.

Ese proceso comienza desde el nacimiento y prosigue en la enseñanza y aprendizaje de situaciones que identifican al sujeto, dentro de los roles asignados. Es decir, primero, la familia, después, la escuela y, luego, la cultura, van creando modelos de socialización arquitectónica del género que dictados por el entorno social son transmitidos por el lenguaje y la apariencia externa volcada en posturas, movimientos, gestos y expresiones junto a tonos de voz y tipos de ropas para vestir, a través de los cuales «percibimos, interpretamos,

etiquetamos y usamos la información que nos llega». Un amplio sistema de demarcación social construye una intrincada red de símbolos, integrados en códigos, nada neutrales, por cierto, que sirven para mostrar la identidad genérica con sumisión a roles sociales, trasgresión de cuyas normas, puede ocasionar una fuerte marginación social.

Los códigos vestimentarios ocupan una alta posición en la regulación de los géneros, ya que la ropa es, quizás, el más importante símbolo externo que permite a todo el mundo identificar inmediatamente el rol genérico. Junto a la vestimenta se inscriben accesorios tales como adornos, joyas, y maquillajes suplementarios que complementan la imagen femenina. Algo, sin embargo, es necesario hacer notar, y es que una mujer puede usar una vestimenta masculina sin que pierda estatus social, pero un hombre no podrá utilizar vestidos femeninos sin que menoscabe su superioridad social como varón. Junto con ello, es necesario saber que esto también se refleja en otros registros, tales como la clase social y la opción sexual. En relación con lo último, con rapidez se hace sospechoso de afeminado el que viste de mujer, lo que implica pérdida de favor en la supremacía del varón, para ingresar dentro de la grey homosexual que tanto rechazo homofóbico produce en la sociedad.

Esa trasgresión de género que aparece en el travestismo con todas sus implicaciones, supone que el sujeto no está de acuerdo con el rol social que le ha sido asignado o, por lo menos, que demuestra una actitud no congruente con las expectativas que la sociedad le pide. La subversión de los códigos vestimentarios señala nuevas y múltiples posibilidades de la evaluación del género, cuestionando las identidades masculinas y femeninas, y abordando también miedos sociales del varón hacia la mujer y los homosexuales, al plantear una sensación de inestabilidad, anarquía y desafío, a manera de crítica contra las representaciones de sí mismos.

«Con el travestismo, saltan hecho añicos los sistemas binarios de oposición a los que la dialéctica occidental es tan aficionada [...], se mina el orden implícito que existe en la sexualidad dominante [...] eligiéndose otro u otra distinta del que se ha nacido o del que se nos ha otorgado», desfamiliarizando, desestabilizando y desnaturalizando con ello los signos del sexo y del género.

El travestismo juega con los fantasmas de la masculinidad y la feminidad, potenciando una ambigüedad que se opone a las demandas de control que emanan de una sociedad patriarcal. En una sociedad cuya cultura define a la masculinidad como norma, el travestismo, «abre un abanico de juegos con los signos vestimentarios, morfológicos y gestuales que no pueden más que enriquecer las experiencias personales», según nos afirma el texto *El rostro velado*, de José Miguel G. Cortés.

Es importante tener en cuenta que no todo travesti es homosexual, ni que todo homosexual es travesti, como usualmente se cree. Una persona travestida puede ser heterosexual, homosexual, bisexual o asexual. Existen muchos casos de travestis heterosexuales, para los cuales la masculinidad y la virilidad resultan esenciales. Según investigaciones efectuadas en los Estados Unidos, se ha encontrado que estos últimos pueden surgir dentro de niveles sociales con fuerte imagen varonil, tales como los de la profesión de banqueros, ingenieros, pilotos, administradores, abogados, o de oficios de mecánicos, carpinteros, e incluso atletas profesionales. Dichos estudios han definido bien claro el hecho de que: «...estas personas han reprimido oficialmente el lado femenino de su personalidad para triunfar en el mundo de los hombres, aunque se permiten mostrar ese aspecto en privado».

En cuanto a los travestis homosexuales, el caso parece ser a la inversa, y al vestir ropas de mujer lo hacen buscando

aquella parte femenina de su existencia que han tenido que dejar forzosamente a un lado, cayendo en el error, según algunos, de entender que es necesario ser, o parecer externamente una mujer, para recuperar la identidad femenina. De esta forma, usan pelucas, lentejuelas y altos tacones los hombres, mientras que las mujeres se dejan barbas y bigotes, masculinizan sus cuerpos y visten como leñadores del oeste americano.

José Miguel G. Cortés finaliza por dejarnos una bien informada conceptualización de las famosas Drag Queens y los correspondientes Drag Kings. Comienza por descifrar la sigla del nombre Drag, el cual responde a las iniciales en inglés: *Dressed As Girl* (vestido como una chica) y Queens, un término utilizado dentro de la comunidad gay para referirse a alguien muy femenino. Habla de este fenómeno de la manera siguiente:

Cuando un homosexual desea imitar a una mujer, se decide (mayoritariamente) por una mujer que tenga poder y prestigio, por una actriz profesional más que por una mujer real, pues quiere ser admirado. Y para ello, pasa horas y horas maquillándose, encerrando su cuerpo en corsés opresivos o caminando en superplataformas, siempre a punto de romperse la crisma. Todo esto para salvar los valores de una feminidad profundamente cuestionada desde que el movimiento feminista irrumpió con fuerza. Con esas actitudes y comportamientos, muchas veces, no hacen más que subrayar los valores misógenos. Sus imágenes, son esencialmente sexuales al recoger lo más ostentoso del otro sexo y prestar muy poca atención al sistema de valores. En su actitud no hay replanteamiento del poder social ni cultural, todo es mascarada cómica y maquillaje que no subvierte nada. Las Drag

Queens, en general, proyectan una imagen bastante tranquilizadora para el mundo heterosexista, se han convertido en una figura sexual y socialmente inofensiva, en un espectáculo más.

Es interesante recordar, sin embargo, que fueron un grupo de estas Drag Queens quienes iniciaron el rechazo a la policía y armaron las barricadas del histórico momento de Stonewall, acontecimiento crucial para el movimiento *gay* estadounidense primero, y después, universal

Por otra parte, G. Cortés ubica a los Drag Kings dentro de un movimiento formado por lesbianas que se visten de hombres y se comportan como *gay*. Este movimiento, nacido en los Estados Unidos en 1990, ha llegado muy recientemente a Europa, vía Londres. Los Drag Kings constituyen un movimiento estético, aunque también político y militante a favor de la transgresión cultural de los roles designados para el hombre y la mujer. Alejados del fenómeno apolítico de las Drag Queens, los Drag Kings, desean jugar un papel políticamente más subversivo, activamente sexual y radicalmente transgresivo. Quizás se deba esperar unos años más para ver cómo se desarrolla el movimiento y poder opinar sobre el mismo. Hasta el momento sólo se pueden leer algunos de sus textos escritos, donde muestran su deseo de no estar obligados a llevar a cuestas el sexo marcado en su carnet de identidad.

La pandemia del SIDA

El SIDA se ha constituido en la peste del siglo xx, a la manera de las antiguas pandemias medievales, pero con un poder

de destrucción mayor que aquéllas que hicieron perecer comunidades completas en Europa. Hoy, a nivel de la superpoblación y a pesar de los grandes adelantos científicos, todavía no ha podido encontrarse la vacuna que pueda detener el mal que tiene como vía primordial de contaminación las relaciones sexuales.

Descubierto en 1980 en la costa del Pacífico estadounidense, rápidamente apareció en otras localidades del país y a fines de ese año ya había saltado el Atlántico y llegado a Europa. De ahí, arribar al resto del mundo fue cuestión de poco tiempo. Tres años después, apenas se sabía que era transmitido por la sangre o los fluidos sexuales, que causaba la muerte en poco tiempo y que afectaba principalmente a los homosexuales muy promiscuos, lo cual dio pie a la falacia de que era una enfermedad propia de ese sector de la población. Estas falsas informaciones después se cambiaron para ampliarse hacia otras no menos falaces. La enfermedad de las cuatro H fue la próxima denominación por considerarse que los homosexuales, los hemofílicos, los heroinómanos y los haitianos eran los únicos propagadores de la epidemia, ampliándose la leyenda negra a otros sectores sociales.

Para 1983 emergió la sospecha de que el causante era un virus que en 1984 fue descubierto por un equipo norteamericano, dirigido por Robert Gallo, siendo ubicado dentro de la familia de los retrovirus. Mientras tanto, en París los investigadores del Instituto Pasteur, dirigidos por Luc Montagnier, quedaron estupefactos, pues allí se creía haber descubierto el virus hacia unos meses en el ganglio de un enfermo. A partir de ese momento, se armó la algarabía internacional, igual que ocurrió con el invento del teléfono, entre Francia y los Estados Unidos, por la coincidencia de la invención. Desde luego que detrás del asunto estaba la guerra económica por la adjudicación de la

patente sobre aplicaciones diagnósticas y millones de dólares de ganancias tras las bambalinas del asunto. A fin de cuentas, los Estados Unidos se impusieron, a pesar de que pudo probarse que el virus descubierto por Gallo era una copia del de Montaigner del Instituto Pasteur. Los Estados Unidos ganaron la batalla obligándose solamente a pagar la mitad de los *royalties* al gobierno francés, provenientes de la concesión que se había hecho a cuatro compañías.

Luego vino la lucha por los medicamentos. El AZT se hizo famoso, pero después de una amplia administración a pacientes en todo el mundo, se demostró que no tenía el efecto terapéutico esperado. Ahora, se provee en combinación con otros fármacos que lo hacen más efectivo. Este híbrido es conocido dentro de la jerga médica como «el cóctel». Sin embargo, con ello no se ha logrado ir más allá de una mejora en la calidad de vida del enfermo y un alargamiento en relación con la supervivencia, que va en búsqueda de emplazar a la enfermedad dentro del ámbito de los males crónicos como pueden ser la hipertensión, el asma o la diabetes.

Las noticias de la Organización Mundial de la Salud (OMS) siguen siendo espeluznantes en razón de hacer abrir los ojos hacia la prevención. Véanse algunas de ellas difundidas por todos los medios de información internacionales:

- En los países del África subsahariana, una de cada 40 personas está infectada por el virus.
- En el año 2000 habrá entre 30 y 40 millones de infectados en todo el mundo.
- El SIDA es la principal causa de mortalidad entre los 20 y 34 años de edad.
- En el año 2000 habrá diez millones de huérfanos por causa del SIDA.

—Cada 20 minutos, una nueva persona se infecta en el mundo.

—Alrededor de 18,5 millones de personas han sido infectadas en todo el mundo. De ellas, 4,5 millones han desarrollado ya la enfermedad, aunque sólo se han notificado 1.291.810 casos.

La irrupción del SIDA detuvo, en 1989, la revolución sexual iniciada en 1968, paralizando también la libertad ganada en algo tan negado por siglos, como había sido la libre expresión de la sexualidad. La violenta llegada de la enfermedad en los predios de la libertad sexual fue inmediatamente aprovechada por los reaccionarios sectores religiosos que se dedicaron a lanzar apocalípticos ditirambos, tales como que se trataba de un castigo divino reservado a los pecadores contra el sexto mandamiento, especialmente los homosexuales que bien rechazados eran dentro de las iglesias. El mismo Dios debió cargar con la responsabilidad de infringir un daño tan extraordinario a sus propios hijos, a aquéllos creados por él mismo, según los dogmas eclesiásticos.

Todo esto ocurrió, a pesar de que la ciencia estableciera que el origen de la pandemia estaba en una de las mutaciones poco frecuentes en el origen de una enfermedad, como era el salto de una especie a otra, después de haberse probado que los monos de África portaban el virus y lo propagaban, sin que afectara a su sistema inmunológico. Desde luego, esta situación dio lugar a que el más alto porcentaje de afectados exista en ese continente, respaldado por la miseria y la desnutrición del subdesarrollo. Tanto en África como en Asia, el SIDA es un jinete espantoso montado sobre los corceles de la pobreza y la ignorancia.

Esta enfermedad continúa siendo un tema nada difícil de hacerse interminable dentro de cualquier disertación. Actualmente, sigue acaparando el interés de todos, ya que se

mantiene en situación de ser un mal que tiene en su haber nefasto la desaparición de grandes personalidades de los más altos valores dentro de la cultura del siglo xx como son Michel Foucault, gran figura de la filosofía contemporánea; Rock Hudson, famoso astro del cine; Rudolf Nureyev, quizás la estrella más importante del ballet del siglo xx; Freddy Mercury, ídolo del *rock* de las últimas décadas; Robert Mapplethorpe, el más atrevido fotógrafo de arte de este fin de siglo recién finalizado, junto a tantas otras luminarias de la intelectualidad y el arte.

Sexo posmoderno televisivo

El fin del siglo xx y el principio del nuevo milenio parecen estar muy interesados en patentizar la espectacularidad en todo orden de cosas, como parte de la estética del posmodernismo cultural emergente desde las finales décadas. El espectáculo ha dejado de ser patrimonio exclusivo de las artes escénicas para ampliar su área de acción dentro de toda la vida de las sociedades contemporáneas. Partiendo del espacio cultural, se ha expandido tanto hacia la vida pública social como para darse el lujo de inmiscuirse en la política, la economía y aun la ecología del planeta. Los medios de comunicación han espectacularizado cualquier acción que ocurra en el mundo, por medio de la prensa diaria, las revistas y semanarios, el cine y el video y, desde luego, por el más inmediato y penetrador de los medios masivos que es la televisión y después el Internet computarizado. La vida individual ha dejado de ser privada y la constante y rápida reproducción de

todos los movimientos e ideas del hombre a través de los medios de comunicación masiva nos han sumergido en la llamada cultura del simulacro que reproduce con inmediatez lo que Fredric Jameson ha llamado «una sociedad de la imagen o el simulacro y una transformación de lo "real" en un conjunto de pseudoacontecimientos». Cada evento que ocurre en la sociedad actual seguidamente es transmutado en imágenes para su distribución seriada a partir de los medios de comunicación que recorren el planeta en toda su extensión hasta llegar a las pantallas del televisor o la computadora con mayor rapidez que la luz de las estrellas cuando alcanza a nuestros ojos. Esto trae como consecuencia que la saturación de imágenes nos haya desprovisto del asombro producido por la novedad de la percepción de lo desconocido. Toda acción o acontecimiento se hace familiar con rapidez, cayendo irremisiblemente al suelo el concepto de la intimidad para abrirse hacia al de la pública aceptación. Según Jameson, «la revuelta posmodernista» expone «...desde la oscuridad y la inclusión de materiales sexuales explícitos hasta la pobreza psicológica y las expresiones abiertas de desafío social y político, que trascienden cualquier cosa que hubiera podido imaginarse en los momentos más extremos del modernismo» fenómenos que «ya no escandalizan a nadie y no sólo son recibidos con la mayor complacencia, sino que han sido ellos también institucionalizados y forman parte de la cultura oficial de la sociedad occidental».

La intimidad de la vida sexual ha sido transgredida y las acciones sexuales se han convertido en simulacros irreales de acciones reales, perdiendo frecuentemente el nexo entre la realidad del hecho y la irrealidad del simulacro. Desde luego, que lo que pierde en un aspecto lo gana en otro, que es el de la espectacularidad. El sexo convertido en espectáculo de masas comenzó por hacer su aparición en el teatro y el cine;

ahora la televisión parece habérselo apropiado y lo presenta como un plato más en la succulenta mesa sueca que es ofrecida diariamente en las pequeñas pantallas de los televisores domésticos, de determinadas áreas del mundo contemporáneo.

La vía satélite y las antenas parabólicas han facilitado el consumo de material explícito relacionado con el sexo con tales niveles de calidad expresiva como para no ser acusado de mal gusto y chabacanería, lo cual no quiere decir que estas últimas formas de expresión dejen de ser omitidas con bastante frecuencia.

Un documental de la HBO (uno de los canales vía satélite), *America Under Cover*, de 1998, merece atención a este respecto. Avisada la audiencia con las acostumbradas advertencias de:

Strong sexual content

Nudity

Adult content

Adult language

Se hace también un llamado, a la manera de los productos del tabaco cuando dicen en las cajetillas de cigarro que ese producto daña la salud, con el siguiente altisonante aviso:

WARNING

The following film contain

Sexually explicit scenes from

Television shows from

Around the world. Viewer

Discretion is advised

Este video-filme hace una recopilación de presentaciones televisivas que han aparecido en las pantallas europeas en los últimos meses del recientemente terminado siglo xx, incluyendo países como Inglaterra, España, Holanda, República Checa, Países Bajos, Alemania, Eslovaquia, Bratislava, Rusia y también más allá de Europa, Japón, Canadá y Australia.

Entre sus más llamativas ofertas está la presentación de deportes y juegos sociales en que sus participantes aparecen totalmente desnudos. Tales son el golf, el billar, el surfing acuático, el paracaidismo, y, además, se muestra una Olimpiada nudista en Alemania en que sus participantes concurren en carreras de sacos, tirar de sogas, carreras en la arena, finalizando el evento con un certamen de glúteos masculinos en que el jurado está formado por mujeres que tantean las nalgas de los hombres para reconocer su fortaleza muscular.

Otro atractivo programa de bastante buen gusto, por cierto, presenta obras antiguas de arte pictórico con desnudos de Tiziano, Durero, Da Vinci y del Piombo para luego mostrar imágenes en vivo de modelos desnudos imitando el cuadro.

El *strip-tease* masculino tiene su lugar, tanto con modelos de alta presencia física, incluyendo erecciones del miembro en los movimientos danzarios, como con otros que se acercan más al tipo medio masculino, haciendo una paráfrasis del filme *Real Monty*, con más modestas exhibiciones de cuerpos que no tienen mucho que mostrar, por supuesto.

Los japoneses hacen alarde de buen gusto con dos certámenes televisivos, sin estridencia erótica, pero de alta sensualidad. Uno, en que una chica se sumerge en una gran tina de agua llena de un líquido termal del país y los concursantes, cuando ella sale envuelta en una gran toalla chorreando, deben de acertar por el olfato en su piel cual es la región de donde proviene el agua del baño. El otro certamen se trata de descubrir por el olor del calzado de varias chicas a cual de ellas pertenece el zapato, debiendo los concursantes olfatear los zapatos y los pies de las jóvenes.

Aparecen secuencias de programas dedicados a placeres sadomasoquistas con uso de aparatos con púas, o por sensaciones producidas por contacto de pies y piernas con peces y

hasta aparece la insólita exhibición de hacerse penetrar frijoles por las fosas nasales que después serán expulsados por la misma vía con gran placer de quien hace el acto.

Una buena colección de secuencias porno narra, entre otras, una historieta de la visita de una esposa a su esposo cubierto de vendajes, incluyendo la cara, en el hospital, a quien ella satisface sexualmente para después descubrir que es otro accidentado pues su marido ha sido trasladado de cuarto temprano en la mañana. Otra secuencia llamada *Sexercises* muestra insólitas posiciones coitales sobre trampolines, sobre la red de la cancha de *tennis*, sobre una carretilla de jardín, etcétera. Otra, expone cuán óptimo puede ser el uso lingual para las mujeres, con ilustraciones lesbiánicas. El sexo anal posee también su secuencia informativa con recomendaciones respecto al uso de cremas y la posición llamada del mono.

Dentro de este rubro porno hay que situar los cartones animados de la sección *Sexanimation* en que rusos y franceses compiten presentando a mujeres que hacen sexo con animales fabulosos y con penes antropomorfos y condones parlantes.

Pero, quizás, la más llamativa de las secuencias y que ejemplifica al más alto nivel de extravagancia erótica es aquel de la confección de una pasta de bocaditos a base de placenta que es repartida como un goloso manjar en un *party* de aspecto casero, con imágenes de la cocinera elaborándolo y después todos los asistentes mientras lo ingieren con una bien estudiada complacencia, no exenta de cierto asco. El producto no industrializado, por supuesto, es valorado por sus altas dotes alimenticias. Otro de los rubros de la extravagancia erótica es el llamado *Pubis Fashion* en que los especialistas en la materia decoran genitales masculinos y femeninos con las necesarias rasuraciones, en primera instancia, y luego con imaginativos diseños sobre penes y vellos

públicos teñidos a todo color para formar caprichosos dibujos. Una pasarela de modelaje dentro del taller de dibujos muestra una buena diversidad de opciones al ojo del asombrado espectador televisivo. Estos diseños también suelen hacerse en la cavidad anal, mientras el decorador explica las «excepcionales» posibilidades que posee ese agujero del cuerpo para poder construir diseños fantasiosos, a la par que un travesti con traje de monja atiende muy interesado y divertido la disertación.

Una de las más soeces bromas televisivas es el material del certamen de defecación en que se exhibe una sala llena de espectadores, ante tres cabinas con puertas cerradas en donde deben penetrar los concursantes para efectuar su deposición. Transcurrido el tiempo adecuado, la animadora de programa penetra en cada una de dichas cabinas, tapándose cuidadosamente la nariz con los dedos y anuncia quién ha sido el feliz ganador, que recibe, bajo los aplausos del público asistente, su premio. Esta secuencia puede considerarse como de alta escatología televisiva y de fuerte originalidad en cuanto a pésimo gusto más allá de cualquier frontera.

Bajo el rubro de *Animal Heat* aparecen diferentes personas pintadas con manchas animalescas, algunas bellas, como la gruesa modelo que personifica a la cebra, y otras más burdas, como el del leopardo. Hasta un hombre-perro aparece en la televisión rusa, completamente desnudo y con una cadena al cuello, amenazando con sus ladridos y mordidas a los transeúntes callejeros.

Los consejos para bien filmar videos pornos dentro de su propia habitación y propia cámara da indicaciones sobre la iluminación y mejor colorido de paredes y colchas de la cama al feliz poseedor de ese equipo que puede, al mismo tiempo que efectúa el acto sexual, disfrutarlo en la pantalla de su

televisor, frente al lecho, y, por supuesto, guardar los *cassettes* y coleccionarlos.

Es importante hacer notar que este video, como otros muchos que debe haber por el estilo, no pertenece a ningún canal porno estadounidense de los conocidos bajo el nombre de *Extasis*, *Blue Chanel* o *Ten*, el cual como dato curioso no presenta nunca eyaculaciones ante las cámaras. Esto quiere decir que el material porno ha tenido una alta aceptación entre los públicos televisivos y por lo que el ojo debe sentirse ofendido ante la pequeña pantalla, al menos en Europa y Australia.

Este video resulta un muy interesante ejemplo de la ya referida cultura del simulacro en que la sexualidad ocupa un lugar de prominencia dentro de imágenes dirigidas con una intención de espectacularidad, acorde al gusto de una época hedonista, impuesta por el gusto posmoderno y sus implicaciones culturales. A través de todas estas imágenes, como bien puede verse, el sexo ha sido desprovisto de los milenarios tabúes que tanto lo han amordazado, pero también puede notarse la otra cara de la moneda que implica la pérdida de los valores de la intimidad y el refinado regodeo sensual humano en su más amplio sentido de goce y expresividad.

Quizás éste es el momento en que sentimos que la tecnología está comenzando a pasarse de rosca, al caer en una comercialización espectacular capaz de vulgarizar una de las más potentes fuentes de energía vital del hombre y la mujer contemporáneos y de todos los tiempos dentro de su entorno planetario.

Me gustaría terminar esta disertación con el texto que aparece en la enjundiosa contraportada del volumen I de *Historia de la sexualidad*, de Michel Foucault, que dice:

El hombre occidental se ha especializado durante los tres últimos siglos en el ejercicio de registrar minuciosamente sus placeres. En nuestra sociedad, la *scientia sexualis* ha desplazado al *ars erotica*. Se han multiplicado los sermones sobre «lo» prohibido. Hay placer en saber sobre el placer. La sexualidad se transforma en discurso permanente. El Estado ejerce de administrador de los cuerpos. ¿Por qué? ¿Por qué la burguesía victoriana forjó e impuso normas tales a los cuerpos? ¿Por qué tanta prolijidad, tantas reglas pastorales, tanta multiplicidad de discursos, tanto oído abierto hacia el sexo? ...¿Cuáles fueron las relaciones históricas «entre el poder y el discurso» que forjaron el dispositivo de sexualidad que nos afecta?

BIBLIOGRAFÍA

- APOLLINAIRE, GUILLAUME. *Los once mil falos*. México, Ediciones Coyoacán, 1997.
- ARMITAGE, MERLE. *Dance Memoranda*. New York, Duell, Sloan & Pear, 1947.
- BRUSENDORFF, OVE y PAUL HENNINSENG. *Libro de los cuadros del amor. (Historia del placer y de la indignación moral desde los días de la Grecia clásica hasta la Revolución Francesa.)* Copenhague, Thaning & Appels Forlag, 1963.
- CAVAFIS, CONSTANTINO. *Poemas completos*. México, Editorial Diógenes, 1979.
- CELEBRACIÓN DE LA POESÍA ERÓTICA DE LENGUA INGLESA. (Antología de Mauricio Schoijet.) México, Juan Pablo Editor, 1975.
- CORTÉS JOSÉ MIGUEL G. *El rostro velado. Travestismo e identidad en el arte*. Exposición en Donostia, San Sebastián. Diputación Foral de Guipúzcoa, 1997.
- DESHARNES, ROBERT y GILLES NERET. *Salvador Dalí. Su obra pictórica*. Alemania, Benedikt Taschen, 1994.
- DESROCHES, NOBLECOURT CHRISTIANE. «La extraordinaria aventura amárnica». En: *El Antiguo Egipto. Nuevo imperio y periodo amárnico*. Barcelona. México, Editorial Noguer S.A., 1960.
- EL MUNDO DE LOS MUSEOS. *Real Museo de Bellas Artes de Amberes*. Madrid, Editorial Codex S.A., 1967.
- El Museo del Louvre*. Madrid, Editorial Codex S.A., 1967.
- ESTÉVEZ, ABILIO. *Tuyo es el reino*. Barcelona, Tus Quets Editores, 1997.
- FERNÁNDEZ DE CASIRO, CHIMO. *La otra historia de la sexualidad*. Barcelona, Ediciones Martínez Roca S.A., 1990.
- FOUCAULT, MICHEL. *Historia de la sexualidad*. México. España, Siglo XXI Editores S. A., 1998, v.1, 2 y 3.

- FOWLER, VÍCTOR. *La maldición*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1998.
- FRANKO, MARK. *Dancing Modernism Performing Politics*. Indiana University Press, 1995.
- GIESE, HANS. *El homosexual y su ambiente*. Madrid, Ediciones Morata, 1965.
- GIDE, ANDRÉ. *Corydon. Cuatro diálogos socráticos sobre el amor que no puede decir su nombre*. México, Distribuciones Fontamora S.A., 1999.
- HALEBY, OMER. *El libro secreto de las leyes del amor*. Barcelona, Ediciones Obelisco, 1994.
- HARRIS, DANIEL. *The Rise and Fall of the Gay Culture*. New York, Hyperion, 1997.
- IHARA, SAIKAKU. *Historias de amor entre samurais*. México, Distribuciones Fontamora S. A., 1999.
- KAUFFMAN DOIG, FEDERICO. *Comportamiento sexual en el Antiguo Perú*. Perú, Kompaktos G.S. Editores, 1978.
- KINSEY, ALFRED. «Sex Behavior of the American Male». *The Magazine of the Year*, Estados Unidos, 1947.
- Le Nouvel Observateur*, París, noviembre de 1988.
- LEDDICK, DAVID. *The Male Nude*. Alemania, Editorial Benedikt Taschen, 1998.
- LEZAMA LIMA, JOSÉ. *Paradiso*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2000.
- MARCIAL. *Epigramas*. Madrid, Ediciones Zeus, 1969.
- MARTIN JOHN. *The Dance. The Story of the Dance Told in Pictures and Text*. New York, Tudor Publishing Company, 1946.
- Meaning in motion. New Cultural Studies of Dance*. Durham & London, Duke University Press, 1997.
- MILLER, HENRY. *Trópico de Cáncer*. México, Editorial Azteca, 1960.
- _____. *Trópico de Capricornio*. México, Editorial Azteca, 1991.
- MILLOT, LORRAINE. «Saxe, un ministre en disgrâce». *Le Monde*, París, 7 de julio de 1995.
- MIRABEAU. *Erotica biblion*. España, Libertarias Hufi, S.A., 1991.
- MOLINET, MARÍA ELENA. *La piel prohibida*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1996.
- MOMPRADE, ELECTRA L. y TONATIUH GUTIÉRREZ. «Danzas y bailes populares». En: *Historia general del arte mexicano*. México. Buenos Aires, Editorial Hermes S. A., 1976.

- MORRISROE, PATRICIA. *Robert Mapplethorpe: una biografía*. Barcelona, Circe, 1996.
- NOTTINGHAM WALSH, MEG. «Out of the Darkness. Michelangelo's Last Judgment». *National Geographic*, vol. 185, no. 5, mayo, 1994.
- OJETTI, PAOLO. «El caso Pasolini. La censura de Pasolini». *L'Europeo*, Roma, 1975.
- ORTIZ, FERNANDO. *Historia de una pelea cubana contra los demonios*. La Habana, Impresores Ucar García S.A., 1959.
- PETRONIO. *Satyricon*. Madrid, Editorial Cátedra S.A., 1993.
- PIJOAN, JOSÉ. *Historia del arte*. Barcelona, Salvat Editores S.A., 1963, t. 3.
- POVERT, LEONEL. *Dictionnaire Gay*. Paris, Jacques Grancher Editeur, 1994.
- RACHEWILTZ, BORIS DE. *Eros Noir*. Milán, La Jeune Parque, Longanesi Editeur, 1963.
- RELGIS, EUGENE. *Historia sexual de la humanidad*. Argentina, Editorial Merlin, 1970.
- SARDUY, SEVERO. *De donde son los cantantes*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1995.
- SCHNABEL, SIEGFRIED. *El hombre y la mujer en la intimidad*. La Habana, Editorial CientíficoTécnica, 1978.
- TARNOWSKY, BENJAMÍN. *Perversiones sexuales. El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas*. Valencia, Biblioteca Cuadernos de Cultura, 1932.
- VARGAS LLOSA, MARIO. «Sin erotismo no hay gran literatura». *El País*, España, 4 de agosto de 2001.
- WELTER, GUSTAVE. *El amor entre los primitivos*. Barcelona, Luis de Caralt Editor S.A., 1977.
- YOURCENAR, MARGUERITE. *Memorias de Adriano*. Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1955.
- ZALAMEA, JORGE. *La poesía ignorada y olvidada*. Premio Ensayo, Casa de las Américas, 1995.

ÍNDICE

El síndrome del placer / 7
Eros y Tanatos / 11
Sexualidad sin culpa / 13
¿Amor versus sexo? / 17
Sexo-familia-religión / 24
La mujer como objeto mercantil / 28
Códigos sexuales / 34
La homosexualidad en la Antigüedad / 38
Imaginería diabólica medieval / 47
Renunciación monjil / 50
Azotes venéreos intercontinentales / 51
Honra y donjuanismo / 54
¿Egalité, liberté et fraternité? / 61
Una oculta fraternidad / 64
Los tres Villalobos / 67
La sublimación erótica marcusiana / 69
¿El sexo débil? / 71
El divorcio y la familia / 76
El sexo como deporte espectacular / 78
Ocio, rock y erotismo / 81
Desnudo y encuevez / 83
¡Viva la pequeña diferencia! / 91
Hedonismo narcisista / 98
Informática sexista / 101

Ciencia de la transexualidad /	106
El chisme erótico y los mass media /	111
También los faraones /	117
Homofobia legislada /	129
¿Gay and lesbian movement?: ¿una nueva utopía? /	133
San Agustín y la prostitución /	138
Marketin sexual /	143
Sexo de curso legal /	146
Porno-sex /	148
Pornofonía /	158
Erotismo versus pornografía /	162
La risa desacralizadora /	170
El cuerpo trasvertido /	182
La pandemia del SIDA /	191
Sexo posmoderno televisivo /	195
Bibliografía /	203

Pocos años nos separan de ese tremendo acontecimiento en la historia del *Homo sapiens* que ha sido la revolución sexual.

La evolución del hombre se ha visto marcada por profundos acontecimientos psicológicos, sociales, políticos y culturales, reveladores de la misteriosa naturaleza del ser pensante que se ha llamado a sí mismo soberano del mundo que lo rodea. Pero nada como su biológica sexualidad, capaz de desarrollar las más amplias posibilidades de fantasía imaginativa y de operante acción, ocultándose, a veces, resurgiendo, otras, incansable y rompiendo tabúes.

De la libertad a la constricción, del agresivo descaro al represivo ocultamiento, el hombre y la mujer han sabido jugar con sus instintos sexuales para crear cambiantes ámbitos de acción en busca del placer —espiritual o pedestre— para regodearse en la seducción y en la explosión de sus fuerzas eróticas.

Ese misterioso mundo del erotismo y la sexualidad humana es el tema de estas reflexiones en que se revelan la luz y la sombra que rodean la autenticidad del hombre y la mujer de ayer, de hoy y de siempre, en su devenir histórico y social.

ISBN 959-263-020-4



9 759592 650208



COLECCIÓN MARGEN APASIONADO